



JOSE ANTONIO MUÑOZ ROJAS

OBRA COMPLETA
EN VERSO



La importancia de la presente edición es su carácter eminentemente testimonial. Ésta es la poesía completa autorizada y revisada, verso a verso, por el propio autor, tras años de trabajo conjunto en sus archivos. Hoy ya es una realidad que Muñoz Rojas es generalmente considerado uno de nuestros «clásicos modernos», como diría Dámaso Alonso desde que lo leyó por primera vez. Y si ha permanecido en ese rincón discreto, si «huye del mundanal ruido y sigue la escondida senda», ha sido porque allí es donde estaba su centro, donde ha podido mantener su aventura poética, su verdadera vocación, la llamada de su corazón (contemplador innato) en lugar sereno, a donde hoy acude ya nuestra admiración con la certeza de que todo está en su sitio. En realidad, nuestro autor no ha cambiado nunca de lugar. Quizá por eso su principio y su fin, como para Eliot, coinciden. Clara Martínez Mesa



José Antonio Muñoz Rojas

Obra completa en verso

La alacena olvidada

ePub r1.1

Titivillus 03.07.2020

José Antonio Muñoz Rojas, 2008
Edición de Clara Martínez Mesa
Retoque de portada: AlNoah

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



PRÓLOGO

[...] escribir, que es el andar del alma; no lo dejes, escribe y guarda y vuelve sobre lo escrito. Y rompe o no lo escrito según te lo pida al releerlo, y eso sí, comunícate, viértete en el papel o en el momento con el amigo o con la tarde que te invite al diálogo.

Lo que se guarda se pierde, lo que no se da no se tiene. La intimidad es personal, el secreto es de la vida y del mundo; somos parte de ese secreto, un rompimiento de poesía que surge, lo desvela. Pero del secreto, del misterio vivimos, en él están nuestras raíces.

(CARTA DEL AUTOR A CLARA MARTÍNEZ MESA, 17 DE JUNIO DE 1994)

NUESTRA EDICIÓN

La importancia de la edición que nos ocupa es su carácter eminentemente testimonial. Ésta es la poesía completa autorizada y revisada, verso a verso, por el propio autor, tras años de trabajo conjunto en sus archivos. El proceso de edición ha nacido de la amistad y la cercanía lectora, una vez abierta la puerta de una alacena olvidada que el olvido roía.

José Antonio Muñoz Rojas es poeta magistral, artesano del verso, transmisor de un léxico profundamente arraigado en su cotidianeidad y casi extinguido, y creador “de unas pocas palabras verdaderas” que cree no haber hallado todavía. Amante de la vida por encima de la poesía, como dijo Vicente Aleixandre de sí mismo, pero consciente y amante del don cultivado. Desde mi infancia y adolescencia, la obra de Muñoz Rojas ha sido mi norte, y la amistad con el escritor, un privilegio. Durante mis estudios universitarios comencé a visitarle con asiduidad, y al cabo de poco tiempo, surgió de forma casual el ayudarlo a revisar y ordenar su archivo literario personal. Hubo que empezar por reunir ingentes carpetas y documentos desordenados, guardados durante casi un siglo, donde se mezclaban manuscritos y autógrafos propios, recortes de revistas con fuentes primarias y secundarias, correspondencia literaria, folletos, libritos y demás documentos aparentemente azarosos que, como en un enorme rompecabezas, fueron tomando forma y conformando el testimonio documental de todo su mundo literario. Pasados los años, cada vez iban creciendo más mis responsabilidades sobre el cuidado y catalogación de su archivo de autor. Comenzó entonces la tarea de dictarme uno a uno sus poemas y textos recientes, previamente a su edición, y de revisar además todos los textos que iban apareciendo abandonados, inéditos o relegados a publicaciones en revistas antiguas, tarea que surgió a partir de mis sucesivos hallazgos de los textos según los iba clasificando. A través de la revisión de los cuadernos manuscritos originales donde aparecían los distintos poemas y libros, nos fuimos dando cuenta de que las versiones definitivas de los textos (las publicadas), distaban mucho de unos cuadernos a otros, ya que el autor había reescrito sus poemas varias veces a lo largo de los años, volviendo una y otra vez al sentido y variando la forma de muchos textos, hasta la última versión, que fue la que se publicó para cada libro. Esta tarea nos ha servido para fijar aquellos textos que presentaban alguna variante entre distintas publicaciones y, sobre todo, para la revisión final de los inéditos incluidos en nuestra edición.

Todo este trabajo mutuo ha delimitado la *constitutio textus* en nuestro trabajo. El privilegio de aprender del poeta de forma natural, simultáneamente al trabajo con su archivo literario, ha aportado la mayoría de las razones de ser de la edición que nos ocupa. Todas las fases descritas por Alberto Blecua (1990) han sido llevadas a cabo mayoritariamente en el taller del autor, en el *taller* del autor, y han sido contrastadas

con él continuamente. No puedo ocultar que fue el autor quien un día me pidió que realizara “el estudio definitivo” de su obra poética y quien ha dejado a mi criterio su producción íntegra. La personal forma de escribir de Muñoz Rojas y mi conocimiento directo de ella, ha llevado necesariamente a una adopción de su criterio en la transcripción de los poemas, por lo que nos hemos dado cuenta de que la puntuación de anteriores ediciones de sus poemas no ha sido la adecuada en algunos casos: durante la revisión conjunta de sus manuscritos y el dictado inmediato desde sus borradores, al contrario que su amigo y maestro Pedro Salinas, nunca estaba pendiente de los signos de puntuación, sólo del contenido, del mensaje, y era mi forma de entender su dicción y sentido lo que llevó a comprender la forma idónea de su discurso. No es que las demás ediciones estuvieran mal planteadas, sino que el autor entregó, por ejemplo a Cristóbal Cuevas, los manuscritos o textos mecanografiados apenas sin puntuación, ya que suele escribir sin atender a ella, y cada editor hizo después el arreglo a su modo de entender. Además faltaban siempre manuscritos o autógrafos inéditos que con el tiempo hemos revisado e incluido en el texto de nuestra edición, como iremos explicando. El poeta necesita un transcriptor in situ, por sus continuos hipérbaton, encabalgamientos, ausencia de puntuación en muchas ocasiones y otros rasgos propios, y surgió la complicidad natural, brindada por el tiempo y la paciencia, en su manera de encadenar o truncar los versos. Había que variar o, en la mayoría de los casos, eliminar muchas comas que andaban retardando innecesariamente una lectura fluida y profunda.

Es importante destacar que Muñoz Rojas adoptó a partir de 1990, aproximadamente, un rasgo de estilo propio que hemos respetado en sus últimos libros, sólo en aquellos casos en que la edición ya incluía dicho rasgo: al modo inglés, en los enunciados interrogativos y exclamativos sólo escribe el signo final de interrogación o exclamación. Esto se debe a que gran parte de sus lecturas de siempre han sido las anglosajonas (Shakespeare, John Donne, T. S. Eliot, Dylan Thomas...) y ha hecho suya esta forma al escribir. Es el caso de la puntuación en *Objetos perdidos*, *Entre otros olvidos* y *La voz que me llama*. Estos contienen enunciados cortos, llenos de dubitaciones, perífrasis, etiologías y comunicaciones y, tratándose además generalmente de poemas muy breves, la adopción de este rasgo no entorpece la comprensión de lectura; sin embargo, en anteriores libros, hallamos enunciados interrogativos y exclamativos muy extensos, como es el caso de *Abril del alma* u *Oscuridad adentro*, y la supresión de los signos iniciales hubiera obstaculizado el inicio de enunciados de este tipo y su diferenciación con el resto del discurso. Por tanto, hemos decidido mantener dicho rasgo únicamente en esos tres libros, de modo que respetamos de paso todas las ediciones que se han hecho, antiguas y recientes, considerando este rasgo como distintivo de dichos libros y en ningún caso de los anteriores.

Su negativa a publicar de forma inmediata sus creaciones, permaneciendo sus libros inéditos en muchos casos hasta décadas después, planteaba además la tarea de

revisar lo ya publicado, contrastándolo todo con los manuscritos u originales. Por tanto, cada poema de esta edición ha sido contrastado con el original a través de borradores, originales o autógrafos, ya que abundan los distintos escritos de este tipo en sus archivos y cuadernos. Esto sucedió con los libros que editó Cuevas (1989)^[1], además de los poemarios *Consolaciones* y *Rayo sin llama*, con las octavas que insertamos en el *Cancionero de la Casería* y con los poemas sueltos que hemos añadido a los libros principales. En las notas finales se ofrecen todos los datos sobre los poemas que fueron publicados aisladamente en revistas, aparte de cuantos datos documentales que hemos considerado útiles y necesarios para la comprensión de su trayectoria creativa.

En cuanto a la ordenación de los textos, el criterio ha sido cronológico, con algunas salvedades justificadas desde el criterio temático o semántico. Todos los libros se suceden en el tiempo, de forma que pueda descubrirse su evolución creativa, observarse sus relaciones intratextuales y entenderse su testimonio vital como poeta. Pero cuando no se suceden en alguna ocasión los libros linealmente y se solapan, ya que su composición ha sido paralela tratándose de libros distintos, el criterio supera al puramente cronológico por una razón muy sencilla: por ejemplo, *Canciones* se escribió entre 1933 y 1940, y *Al dulce son de Dios*, entre 1936 y 1945. Nuestra sucesión se debe a la separación temática que existe entre ellos, y a que ningún poema del segundo pertenece al libro original del primero, aun cuando no se publicaran como libros independientes hasta su inclusión en la edición de Cuevas. Por eso, aunque a veces se solapen las fechas de composición, consideramos acertado el orden finalmente adoptado, por superponerse de ambas formas correctamente. Se toma, pues, como partida el primer año del periodo de composición, y le sigue el siguiente desde este criterio, suponiendo cada libro un conjunto temático coherente, que es lo que en el fondo debíamos respetar, dada la redacción paralela de varios libros que a veces ha llevado a cabo el autor.

Sólo existe una excepción propiamente dicha a este criterio, incluidas las salvedades explicadas: el libro *Cantos a Rosa* contiene los poemas de la primera edición, más los dos libros con que amplió éste en los años noventa (*Novísimos a Rosa* y *Postumos a Rosa*). No considerábamos lógico para la lectura de toda su obra seguida el hecho de que estos dos poemarios, que nunca se publicaron como libro aparte, se incluyeran por separado en nuestra edición, ya que pertenecen a los *Cantos a Rosa*, constituyen su prolongación, su discurso de madurez sobre el símbolo original de su *rosa*. Realmente sólo se antepondrían, sin seguir la línea cronológica, a *Oscuridad adentro*, ya que su composición fue entre este libro y los que aparecen después. Por tanto, concluimos dejarlos como un todo y no truncados entre sí.

La composición de algunos libros como tales ha sido posterior a su escritura, ya que algunos se componen de las producciones del autor en un periodo determinado, no publicándose el conjunto de poemas como libro hasta el de Cuevas —en lo sucesivo CC— o hasta nuestra edición. Es el caso de *Poemas de juventud*, *Al dulce*

son de Dios, Dedicatorias y divertimientos y Oscuridad adentro. El autor nos recuerda sus inicios poéticos:

Mis primeros versos son del colegio en los años veinte. Salvo los *Versos de retorno*, unos impacientes principiantes del 29 cuando la Imprenta Sur rompía genialmente en Litoral, aprendí la lección de dejar dormir algún tiempo lo que escribía para que madurara y hasta los *Sonetos de amor* de los 40. La verdad es que no he sido un poeta abundante sino más bien tardío y escaso.^[2]

Poemas de juventud contiene la selección definitiva de los primeros poemas del autor, como muestra de su producción inicial. En un principio, el autor deseaba que no se incluyera nada anterior a *Ardiente jinete* en nuestra edición (dijo literalmente: “Una poesía completa es eso, poesía y completa; y esos versos no son poesía ni completan nada”), pero finalmente accedió a incluirlos por tratarse de un capítulo testimonial. Contiene a su vez la selección definitiva del librito *Versos de retorno*, que sí se publicó como tal. Pero el conjunto del capítulo no se publicó más que, en una pequeña parte, como primero de la edición de *CC*.

Al dulce son de Dios se compone de todos los poemas de temática religiosa pertenecientes al periodo de 1936 a 1945. Está a caballo entre dos libros de temática totalmente distinta: *Canciones* y *Sonetos de amor por un autor indiferente*, todo sonetos de amor y publicado como libro independiente. Por tratarse de poemas de esa época, todos de temática religiosa, los reunimos bajo el mismo título que les dio el autor para *CC*.

Dedicatorias y divertimientos incluye todos aquellos poemas de entre 1940 y 1970 que fueron escritos a personas concretas (es el caso de las *Dedicatorias*) o por entretenimiento del autor, sin más propósito que el disfrute de su composición (caso de los *divertimientos*). No podíamos de ninguna forma, a pesar de que muchos poemas superaban cronológicamente a los del siguiente libro, *Cancionero de la Casería*, incluirlos aparte, ya que pertenecen temáticamente al título que se les da, y agrupan en un solo capítulo, ya de por sí doble, todos los textos de dicha índole.

Oscuridad adentro consta de todas aquellas composiciones de 1950 a 1980 que poseen una temática exclusivamente metafísica y metapoética —el poeta desgrana los motivos y dilemas de su vida y de su propia escritura— y que, por tanto, merecen un capítulo aparte. Se adopta el título del poemario “Oscuridad adentro” dedicado a Aranguren, por compendiar el sentido total del conjunto de poemas. Por razones temáticas no pueden separarse del conjunto textos de este apartado por meras razones cronológicas, que en casos como éste pesan menos.

Ante las notas finales, ofrecemos un glosario del mundo del campo, que consideramos imprescindible para la comprensión de su poesía, ya que es característico de su obra el empleo de un léxico particularmente inusual y exclusivo, no existiendo otras voces de difícil interpretación más que las pertenecientes al

mundo rural y su naturaleza. Las acepciones aportadas para cada vocablo están tomadas en su mayoría de María Moliner.

En nuestra tesis doctoral se estudian y comentan en profundidad los capítulos necesarios para una mayor comprensión de la trayectoria poética y vital de Muñoz Rojas, de su retórica, de la crítica existente sobre su obra, de las perspectivas generacionales y, en fin, de todo aquello que conforma el comentario completo de su poesía^[3]. Allí ofrecemos además una exhaustiva bibliografía de la obra completa del autor.

No existen en la obra de Muñoz Rojas apenas variantes significativas entre las distintas ediciones de su poesía, ya que el poeta siempre ha mantenido el criterio de que, una vez publicados, los textos no deben cambiar; a no ser que se publicara algún poema suelto en revistas durante su juventud y fueran revisados hasta su versión definitiva para la publicación del libro al que pertenecían (para la edición de CC, casi siempre). Por esta razón han permanecido inéditos numerosos libros y poemas sueltos tanto tiempo, debido a su constante revisión y corrección de manuscritos y copias, hasta que por fin, décadas después, en muchos casos, ha decidido publicarlos. Dichas variantes quedan descritas en las notas finales.

Los textos inéditos que se aportan en nuestra edición son, por orden cronológico: de *Consolaciones*: todos los poemas en alejandrinos excepto el último (“Sueño adentro”), que ya rescatamos en 2005. De *Cancionero de la Casería* las diez octavas reales (“A ti que en esta tierra consentida...”). De *Lugares del corazón*: “Era para los años que cumplía...”. Pero la mayor aportación de esta edición es la de numerosos textos que permanecían aislados y olvidados. Los publicados únicamente en revistas antiguas o ediciones de difícil acceso, minoritarias y/o agotadas son: De *Poemas de juventud*: “Caminemos, caminemos...”, “Noche de San Juan”, “Romance (Los ecos de la verbena...)”, “Madre, por la calle pasan...”, “Domingo (Ahora ya fina seda...)”, “Pastor dulce de recuerdos...”, “Muriendo ya, clavel...”, “Dingle Lañe, 1932”, “Dover, 30 de octubre de 1933”, “Amor de todas las cosas”. De *Canciones*: “Poema a lo divino”, “Sáficos”, “El quicio”. De *Al dulce son de Dios*: “Dios en el campo”. De *Cancionero de la Casería*: “Olivos de mis gentes, yo quisiera...” De *Cantos a Rosa*: “Rosa tardía” (*Novísimos a Rosa*). De *Lugares del corazón*: “Ahora que cielo, vega, mar, collado...” De *Dedicatorias y divertimientos*: “Verano de 1928. Antonio Machado”, “Un hombre cabal”, “Hace ya mucho tiempo que Carmeta...” “Quiero, Carmen amiga, en la blancura...”, “A este Febrero, que se equivocó y se vistió de Abril en 1966”, “Cuarenta de Abril”. *Rayo sin llama* (libro íntegro). De *La voz que me llama*: “Si me preguntas qué es sentir...”.

En 2005 realicé junto a Antonio Carvajal una selección de textos inéditos o ilocalizables (*Rescaldos*), que han sido ubicados en la presente edición cada uno en su correspondiente libro; los textos escogidos en verso fueron: “Sueño adentro” (último poema de la primera parte de *Consolaciones*, hasta ahora inédita); “A Jesús Martínez Labrador, amigo” [*Dedicatorias y divertimientos*], que allí aparecía bajo el

título “Como tu barro”; los cinco poemas que en *Oscuridad adentro* aparecen bajo el título “Calma y espera” (parte 9.^a).

Por último, existe un brevísimo corpus de inéditos o textos en publicaciones sueltas (la mayoría en la revista malagueña *Caracola*) que, tras haber sido revisados por el autor, se han omitido en nuestra edición. Respetamos completamente su suprema decisión a este respecto. Ofrecemos por tanto la totalidad de la poesía en verso actualmente autorizada por el autor y que consideramos definitiva.

Sin desestimar las metodologías seguidas de hecho en este trabajo, no he encontrado ningún método académico que haya resultado más empírico que el de la conversación permanente, el del acercamiento real desde mi infancia a la persona que escribe, surgido de la contemplación de la tierra, de las estaciones, del instante pleno y fugaz a su lado. Ese método, sin pedirnos permiso ni a él ni a mí, ha desembocado irremediablemente en una consecuencia testimonial. Nada ha sido impuesto a una complicidad latente y creciente. Los primeros y últimos cauces de estudio sobre su poesía han sido la amistad y el tiempo detenido. De su silencio he aprendido a veces más que de sus palabras. A su poética, a su *dolorido sentir*, se llega andando por el campo, recogiendo nardos, rosas y fresas de su huerto. A Rosa se la encuentra uno en el aire tras unas pocas impresiones compartidas sobre la hermosura del olivar y las herrizas, en el rosal mismo o en su mano, que coge la nuestra con ternura. Su Abril se comprende paseando en abril por la sierra de la Camorra, oliendo la tierra mojada, contemplando el prodigio de la primavera en los trigales cercanos, sorprendiendo el canto del ruiseñor y celebrando la llegada de los vencejos.

Infinitas son las posibilidades de expresar todo lo aprendido desde este prisma, y sin embargo, la simple forma de un jirón de nube sobre el horizonte del eterno trigal, lo resume todo sin voz alguna. Lo entraña todo un paseo con el poeta, en la última hora de luz del verano, y “a beberse la tarde”, como él llama a dejarse caer por el angosto caminillo entre almendros y cipreses, con las sierras azules de Rute y el Torcal de fondo, alma y mirada deslizadas en la serenidad que nos aísla del mundo y a la vez nos conciba con su vertiente dichosa. Nada hay ajeno al instante, y hasta las incontables horas y años de trabajo entre estanterías y archivos, hasta el agotamiento innegable de la investigación subyacente, descansan bajo la sombra del árbol de Judas, se vuelven eco del chorro de agua sobre la alberca, obedecen de continuo al canto de las aves que retornan al oscuro silencio que se siente en aquel campo tras los grillos.

Cuando la soledad de dos almas se entrelaza y habla el mismo idioma, y ríe el corazón por el mismo costado, es posible entenderse y admirarse por encima de todo. Los desencuentros son nimios, los avatares son velados, el miedo porque nos falte el amigo a la culminación de nuestro trabajo sobre su vida y poesía, se tiñe de una fe ciega en que no nos faltará nunca. Y es joven el amigo, tenga la edad que tenga, aunque diga que cada día va muriendo un poco más, aunque asegure que lo único que hace desde que Marilu se fue es ir muriendo, y que sólo unas pocas ilusiones, como

ésta, le mantienen vivo. Precisamente por su inconsciente insistencia en vivir el presente, nunca he conseguido plasmar en un diario tantos y tantos momentos que me han marcado como persona y que quizá vayan perdiéndose sembradas en la memoria. Porque lo necesario y real ha sido vivirlos, no escribirlos. Porque, al igual que su poesía, han nacido de la vida y vuelven a ella en continuo movimiento, en vuelo inasible.

El cuidado de la obra de Muñoz Rojas es ya para siempre responsabilidad que asumo desde la ética del amor. Ojalá, al menos, quede cumplida en esta edición, la primera parte de mi labor, por él encomendada.

BIOGRAFÍA ESENCIAL DE JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS

José Antonio Muñoz Rojas nace el 9 de octubre de 1909 en Antequera, Málaga, quinto hijo de Carmen Rojas Arrese-Rojas y Juan Muñoz Gozávez. A los dieciséis meses queda huérfano de madre, siendo criado por su abuela materna, Teresa Arrese. Sus años de colegial transcurrieron entre Málaga (Colegio Jesuita San Estanislao de Kostka, Miraflores del Palo) y Madrid (Colegio de Nuestra Señora del Recuerdo en Chamartín de la Rosa), adonde deben trasladarlo por razones de clima, ya que enfermó de pleuresía. Conoce allí a José Luis López Aranguren, amigo en su madurez. Comienza la carrera de Derecho en Madrid, donde don José Castillejo anima su vocación jurídica. En las vacaciones de 1927 lee por primera vez a Antonio Machado: impresionado por el verso del que sería ya su poeta para siempre, escribe su primer libro de poemas, *Versos de retorno*, que sale de los talleres de *Sur* en 1929, gracias a lo cual conoce a Prados, Altolaguirre, Hinojosa y José Luis Cano. Después, en Madrid, conoce a los poetas profesores, a Juan Ramón y a los demás del 27, cuyo seno de vida literaria, en la que participó como joven discípulo, le traerá a tres de sus *amigos y maestros*: José Moreno Villa, Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre. Poco después conoce a Ridruejo, Leopoldo Panero y los de la llamada generación del 36, con los que funda *Nueva Revista* y junto a los cuales aparecerá en las páginas de *Cruz y Raya* años más tarde. Antes y después de la guerra publica textos poéticos, narrativos y ensayísticos en revistas de talante tan variado como *ínsula*, *Cántico*, *Escorial*, *Revista de Occidente* o *Papeles de Son Armadans*. En 1934 termina la redacción de *Ardiente jinete*, que no se publicará hasta 1984 y cuya mayor parte arderá en los archivos de *Cruz y Raya*, sólo salvado *Este amor*. Con este librito de poesía gana uno de los premios del Concurso Nacional de Literatura, junto a Aleixandre, Cernuda, Altolaguirre y otros. Ese mismo año participa con los del 27 en el homenaje dedicado a Pablo Neruda y comienza su contacto personal con Miguel Hernández y, ocasionalmente, con García Lorca. En 1933 muere el padre del autor.

Atraído desde siempre por la poesía de John Donne y de T. S. Eliot, y no por el oficio de abogado, en 1936 marcha a Cambridge, donde estudia las relaciones de la poesía metafísica inglesa con el Siglo de Oro español y traduce con éxito a Eliot, Hopkins, Dylan Thomas, Crashaw... Allí conoce a Unamuno y al propio T. S. Eliot. De vuelta a España estalla la guerra civil y su hermano Javier es asesinado por miembros del bando republicano. Tras ser refugiado por el cónsul de Holanda, unos amigos de la familia consiguen trasladarle a Cambridge como lector de español, donde continuará sus investigaciones, sumido en la nostalgia y el dolor por lo que deja atrás.

En 1939, tras la muerte de su abuela, vuelve a España y conoce a M^a Lourdes Bayo Alessandrí, su futura esposa, con la que contraerá matrimonio cinco años más tarde; tendrán siete hijos: Teresa, Rafael, Lucas, Eduardo, Gracia, Pablo y Pedro. Hasta 1951 vive entre Málaga y Antequera, época en la que inicia junto a Alfonso Canales la colección malagueña “A quien conmigo va”. En La Casería del Conde (cortijo cercano a Alameda, comarca de Antequera), su residencia desde entonces, lee a Fray Luis y, como él, disfruta de la contemplación del campo y de la experiencia de una vida rural que le viene dada tras la regeneración de las extensas tierras familiares y su cultivo. Además de dar trabajo en el campo a muchas familias durante la posguerra, funda y patrocina las Escuelas San Francisco Javier (hoy Virlecha/La Salle), para transformar en bien la pérdida de su hermano. Sigue viajando a Madrid, donde continúa su vida literaria. En 1942 publica en Málaga los *Sonetos de amor por un autor indiferente* (Ediciones Meridiano) y un año después, en Adonais, *Abril del alma*, ambos entonces aclamados por un público selecto. En 1945 publica *Historias de familia* en la *Revista de Occidente*, obra que tuvo un éxito considerable entre la narrativa de los cuarenta, y que Gerardo Diego consideró “narrativo a su manera, entre realista, biográfico y fantástico”.

En 1951 se publica en la colección malagueña El Arroyo de los Ángeles su libro más conocido, comentado y editado, *Las cosas del campo*, que escribió únicamente para dar rienda suelta a sus vivencias con las gentes en un diario del campo; la segunda parte del libro, *Las musarañas*, de ensoñadora recreación de la infancia, se edita en *Revista de Occidente* en 1957. Impulsa, desde su consejo directivo inicial, la revista malagueña *Caracola*.

Un año después, de la mano de Juan Lladó, se hace cargo de la Sociedad de Estudios y Publicaciones del Banco Urquijo, donde dirige una admirable labor de mecenazgo cultural durante un período de verdadero humanismo en la España de entonces. En 1954 publica en Adonais *Cantos a Rosa*, su gran libro de poesía amorosa, que aumentará en su vejez con *Postumos a Rosa* y *Novísimos a Rosa*, obras en un tono muy diferente al de los sonetos y alejandrinos de los cuarenta, engarzado en endecasílabos blancos, más cercano a la naturalidad de *Ardiente jinete* y de *Objetos perdidos*.

Entre 1954 y 1980 escribe dos grandes poemarios, *Consolaciones y Oscuridad adentro*, y otros libritos como *Lugares del corazón...*, *Coplillas* y *Cancionero de la Casería*, todos ellos recogidos por primera vez en 1989, en cuidadísima edición de la poesía casi completa del autor hasta 1980 por Cristóbal Cuevas, cuyo buen hacer, por la exhaustividad de su ensayo introductorio y por la presentación de toda su trayectoria poética, marcó un hito en la justa valoración de la calidad literaria y humana de Muñoz Rojas. Uno de los poemas de *Oscuridad adentro*, “Salmo”, refleja con rotundidad la actitud vital del autor durante su madurez. En 1976 se reedita *Las cosas del campo* en Destino, momento en que aparece por primera vez el texto de *Las sombras*; un año después aparece *Antequera, norte de mi pluma*, dedicado a su tierra

natal. En 1979 se publican por fin sus *Cuentos surrealistas*, que fueron redactados en los años treinta. Antes de la referida edición de *Cuevas*, fue realmente el poeta Antonio Carvajal quien dio el primer impulso a la consolidación de su obra, cuando en 1984 reeditó en Granada sus *Sonetos de amor por un autor indiferente*.

En 1992 comienza una nueva etapa de edición definitiva de su obra, de manos de Manuel Borrás y la editorial Pre-Textos, recuperadores primordiales de su legado; ese año aparece *Amigos y maestros*, como homenaje a todos los escritores y pensadores del siglo xx a los que Muñoz Rojas trató y de quienes se considera admirado discípulo. En *La gran musaraña*, publicada en 1994, plasmará, tras su jubilación, sus memorias en una prosa poética impecable y reveladora, similar a la que hallamos en 1995 en *Dejado ir*. Los *Ensayos anglo-andaluces* de 1996 suponen un tributo a las letras inglesas desde el prisma de su propia tradición. En 1999 se reedita *Las cosas del campo* y en 2000, *Historias de familia*.

En cuanto a sus últimos libros de poesía, en 1997 nos sorprende con un nuevo tono lírico, entre lo coloquial y humorístico, lo metafísico y lo religioso, con sus *Objetos perdidos*, que le traen el Premio Nacional al año siguiente. Este tono ha culminado en la amargura y la clarividencia de *Entre otros olvidos* (2001), poemario de lo más profundo del alma humana y del misterio de la palabra poética. En 2002 se reedita *Las musarañas*.

Entre 1992 y 2006 recibe diversos premios que reclaman su olvidado e indudable valor literario: Hijo Predilecto de Andalucía en 1992, Medalla de Oro de la ciudad de Antequera en 1992, Hijo Predilecto de Málaga en 1998 (junto a sus desaparecidos Altolaguirre, Prados, Hinojosa y Moreno Villa), Medalla de la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo 1995, Premio de Ensayo y Humanidades José Ortega y Gasset 1997 (por *Ensayos anglo-andaluces*), el ya citado Premio Nacional de Poesía 1998 (por *Objetos perdidos*), Premio Luis de Góngora y Argote 1998, Medalla de la Fundación Menéndez Pelayo 2004 y Premio Andalucía de la Crítica 2007 en Narrativa (por *El Comendador*). La concesión en 2002 del Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana supone el eslabón fundamental del tardío y merecido reconocimiento público a su trayectoria creativa. La elegancia, la extraordinaria humildad y el humanismo que definen a Muñoz Rojas (y que la crítica, desde Fernando Ortiz, ha reconocido unánimemente) han hecho que, entre otros factores, su obra haya permanecido en un plano discretísimo con respecto a generaciones y grupos literarios, antologías y estudios de historia literaria española; sirva como complemento a esta hipótesis el hecho de que el autor rechazase en su día la posibilidad de un asiento en la Real Academia Española de la Lengua. Además, su labor creativa presenta, por sus características originales e individuales, un difícil encasillamiento dentro de este tipo de estudios.

En 2005 se publica *La voz que me llama*, su última obra en verso, y en 2006 *El Comendador*, narración con tintes líricos que permanecía inédita desde los años sesenta. Se reeditan *Las sombras*, y surgen importantes antologías de su obra poética.

Hoy ya es una realidad que Muñoz Rojas es generalmente considerado uno de nuestros “clásicos modernos”, como diría Dámaso Alonso desde que lo leyó por primera vez. Y si ha permanecido en ese rincón discreto, si “huye el mundanal ruido y sigue la escondida senda”, ha sido porque allí es donde estaba su centro, donde ha podido mantener su *aventura poética*, su verdadera vocación, la llamada de su corazón (contemplador innato) en lugar sereno, a donde hoy acude ya nuestra admiración con la certeza de que todo está en su sitio. En realidad, nuestro autor no ha cambiado nunca de lugar. Quizá por eso su principio y su fin, como para Eliot, coinciden.

I
POEMAS DE JUVENTUD^[1]
[1929-1935]

DE *VERSOS DE RETORNO*^[2]
[1929]

I

CAMINEMOS, caminemos
lentamente hacia la aldea
con la paz puesta en la boca
y con el alma serena.
Y en los ojos los cristales
que nada enturbian, que llenan
este paisaje de otoño
de nostalgia y de tristeza.
Los humos de los hogares,
azules, sobre la tierra;
de los hogares templados
en donde al fuego se sueña,
con otras llamas más hondas
que no consumen y queman.
Las niñas de ojos azules
y de frente de quimera
y castillos en el aire,
áureos castillos que encierran
el tesoro de los cuentos
de Blanca Nieve, la buena.
Las niñas que aguardan siempre,
aguardan a quien no llega,
¡niñas tristes de los pueblos,
siempre al amor de la reja!

Soñemos todo lo bueno
caminito de la aldea,
con la paz puesta en la boca
y con el alma serena.

II NOCHE DE SAN JUAN

En el remanso de la tarde
se ha posado un recuerdo
—su dulce sombra triste,
sus ojos negros.

La fiesta de San Juan
ardía en el pueblo.
Nosotros en la seda del silencio
bordábamos mirándonos
nuestros pensamientos.
Y la luna en lo alto
nos descubrió el secreto.
En el mundo, nosotros,
la luna y el silencio.

III ROMANCE

Los ecos de la verbena
se los lleva la alborada
sobre sus caderas finas
de sangre, de oro y de nácar.

Está la noche borrosa.
Están tocando campanas.

Que es domingo, niñas, hoy;
vamos a misa de alba.

Caerán los golpes de pecho
sobre la roja mirada
de aquel clavel incendiado
en tu corazón de plata.

Y dirás: “Señor, perdón”
con la vocecita clara
con que dijiste: “Te quiero”
cuando la luna alumbraba.
Y pensarás: “¡Oh! Dios mío,
tú el señor y yo la esclava”,
como pensaste en la noche:
“¡Tú el amado y yo la amada!”.

IV
SALMO

Levavi oculos meos in montes.

SALMO CXX, 1.

A los montes altos
levanté mis ojos.
Estaban en mí, desenfrenados,
todos los instintos.
A los montes altos
levanté mis ojos
cubiertos de llanto.
Invoqué al Señor Dios
de los Santos:
¿Me darás auxilio?
Los montes, callados.
Rodaban quebrados,
de mis altas cimas,
todos los pecados;
mas otros subían.
A los montes altos
levanté mis ojos
cubiertos de llanto.

V
ROMANCE DE LA LUNA SOLA

LA luna es rueda de un carro
que tenía cuatro ruedas.
Yo le pregunté a la luna:
¿Dónde están tus compañeras?
—¿La de oro? Ésa se fue,
rueda que te rueda, rueda,
a juntarse con su hermana
dormida sobre las trenzas
de tu novia.

La de diamante
también se fue hacia la tierra,
y se encontró allí un hermano
en su corazón de piedra.
La de cristal se rompió
caminito de la tierra;
yo supe después que fue
porque los hombres no vieran
que era negra turbiedad
la que creían transparencia.

—¿Y tú, Luna?

Aquí me tienes,
rueda que te rueda, rueda,
sin compañeras ni carro,
esperando que me quieras.

VI

Madre, por la calle pasan
carros de Caballería,
vienen cargados de paja.
Me traen sabor de era,
olor de tarde romántica
—¡tardes de agosto,
riberas aún no mojadas!—,
caminito de la era
y color de mies trillada
que vimos ponerse verde,
pálida
después, y luego crujir
al hacerse paja.
¡Tardes de agosto! ¡Caminos
silenciosos de la Infancia!

VII

Porque dice el Señor
que será en vano
adelantarse al alba,
después de amanecer me he levantado
a comer el pan
amargo
que nos puso la vida.

pensando que algún día
pueda partir mi pan con otros labios.

He llorado

VIII DOMINGO

AHORA ya fina seda
el corazón latiendo
sin rozadura amarga,
¡qué dulce la subida
de vuelta de la tarde!
¡Qué grata la bajada
retorno sobre el césped!
Y no importa que sea
el aire gasolina;
que los colores sean
amarillo canario
y verdes inmorales:
por encima de todo
el aire sigue siendo
el aire. Hay vencejos
que en la boca al oído
y en la vista al recuerdo
me traen la silueta
de una torre de pueblo.

IX

Pastor dulce de recuerdos,
vestido triste de ausencias,
por montes de soledades
guardando las tardes muertas.
Por montes de soledades
y esperando que otras vengan;
cayado débil de lágrimas
oyendo balar estrellas.
Mis ganados son tan mansos
que pintan lienzos de aquellas
colinas, de no sé dónde,
ilustradas con presencias
de algún cuando reclinado
aquí lejos, o allá cerca.
Cuandos y dondes ausentes
que no eran, cuando eran,
y que muertos os mecéis
a mi vera, vera, vera.

X

El Sol era el pastor único
de una manada de estrellas.

Mientras que el pastor dormía
se escaparon las estrellas
y se fueron a clavar
en lo azul de una moneda.
El buen pastor indignado
las busca y no las encuentra,
arde que te arde —día—.
Ya se han ido las estrellas
silenciosas a clavarse
en lo azul de la moneda.
Noche y día, día y noche,
cara y cruz de una moneda.

XI

Papeles viejos
de mis estantes,
decidme vuestros secretos.

Los ha escrito
con su tinte amarillento
y su pluma de ave vieja,
el tiempo.

Maestros,
decidme vuestro saber
—oro viejo.

Papeles de mis estantes,
los estantes de la casa
de mi pueblo,
decidme lo que en vosotros
escribió el tiempo.

Nada nuevo,
dicen los papeles nuevos.

XII

*... a ver si con partirlo y con sembrarlo
la primavera le mostraba al mundo
el árbol del amor puro y eterno.*

J-R-J.^[3]

Muriendo ya, clavel,
y tu mejor aroma derramando.
Yo, en el aire más dulce
—mi corazón ahora—
te abriré sepultura.
Tú verás si se mezcla
con el tuyo mi aroma,
qué árboles de amor
alumbrarán la tierra.
Y en sus ramas qué pájaros
cantarán qué canciones
de dulzura y de aroma.
Se verán los olores,
los cantos se olerán,
se tocará al amor
en este solo árbol.

XIII COPLAS

Al fin y al cabo vereda,
unas veces por el llano
y otras veces por la sierra.

Caminitos del vivir,
tan ligeros al bajar
y tan tardos al subir.

En verano polvorientos
los caminos^[4] de la vida,
y encharcados en invierno.

Arroyo que andando vas,
dime si el mar es tu fin
o si la tierra es tu mar.

Y si la sierra es tu mar,
¿por qué, arroyo de mi vida,
por qué tan despacio vas?

Fue vereda al empezar,
más tarde se hizo camino,
luego camino real.

Nació camino real,
luego se quedó en camino,
y en vereda al acabar.

A la corta o a la larga,
el valor que menos vale,
el valor de las palabras.

Los dos seres de mi yo
aunque son hombres distintos
tienen sólo un corazón.

El corazón da consejos
tan buenos como una madre,
tan sabios como los viejos.

Junto a la muerte la vida,
junto a la luz el misterio;
se adivinan las paredes blanqueadas
y los yertos cipresales del cementerio.

En otros odres distintos
vertamos el vino añejo,
los odres hacen el vino.

Lo que importa únicamente^[5]
caminante,
es caminar.
Caminar siempre de frente,
sin mirar
lo que tuvimos delante
o lo que está por andar.

¡Oh!, los pobres ojos míos,
de piedra son, aunque abiertos;
de mirar sin ver, cansados;
de cerrarse y ver, sedientos.

¡Lira de mi corazón,
has destemplado tus cuerdas
y apagado tu canción!

POEMAS TEMPRANOS
[años treinta]

DEL AIRE^[6]

Mirada, negro copo definido,
cortando leve y ágil la nevada.
Paralela nerviosa mano helada,
otro copo del aire retenido.

Ya la batalla empieza. Artillería
celeste, derribando torreones,
alzados porque triunfen tus cañones
en la blanca victoria de este día.

Muerte del Sol encima de las nubes.
Tarde, entierro. Mañana, funerales.
Vida del Sol si hasta las nubes subes,
y ciego Sol si bebe en tus cristales.

Los árboles sus sombras han perdido
y la hoja se queda en pensamiento.
Cartas urgentes al Otoño han ido.
(En el sello un caballo vence al viento).
“No vendrá hoja. Suspende tu viaje”.
—El Otoño, escribiendo sus memorias.
Me iré a la Luna. Lo que llevo traje
a contar como nuevas mis historias.

Y al Viento por el hilo desatado:
¿Qué hará, Viento, sin hoja, tu lamento?
Sobre su tumba el Aire arrodillado,
encomendando está el alma del Viento.

Hay una bella forma que se va.
La nieve dulcemente retenida.
Apenas iniciada, yerta huida.
Sobre mi corazón la nieve está.

DE PAR EN PAR^[7]

Mirador 1

¿A DÓNDE la saeta?
El niño está presto,
que ha cruzado la calle
sin amor ni recuerdo.
Arco que tú no sabes,
aljaba de misterio;
blanco que no sabrás.
¡Oh muerte de lo incierto!
De una acera a la otra,
puente de movimiento;
que es ahora, que no es,
que ha sido, ¿cuándo? Luego.
Línea recta en potencia.
Un punto: no me acuerdo
del punto que me sigue,
ni yo del que procedo.
Continuidad, no hay nada,
continuidad, concreto.

Mirador 13 Acacia

Hasta que mueren todos,
o callan los ruidos
de la tierra, no abres
al aire sus heridas
con tus lanzas de aroma.

Tus hermanas, arriba,
también de luz lo hieren.

Qué heridas placenteras,
brotando luz, si aroma
es la lanza; qué finas
brotan aroma, si es
luz la lanza brillante.

Acacia, tú compendias

estrellas, mundo, seno.

No se abrirá mi flor
hasta que sea de noche.

CUATRO POEMAS^[8]

A Vicente Aleixandre

1

Yo te quisiera decir
la fuerza de las arañas,
los caracoles al sol,
las cinco letras mayúsculas.

Pero el alto muro intacto,
la rebeldía de las horas,
las lágrimas que han hundido
mis omoplatos serenos.

Tú no tendrás epitafio,
y vendrá un hombre mañana,
llenas de humedad las manos,
para escribirte con humo.

2

El lucero de los vientos
cantará mi desventura.

Mas no sabrá como yo
el temblor y la palabra,
la almohada y el espejo,
el libro y la pena antigua.

El corredor que se pierde
en el cuarto de las lágrimas.

Y el mar contenido y suelto,
sin playas ni corazones.

3

A la derecha del pecho,
donde termina el latido
y empieza el descubrimiento.

Donde tu hermana encontró
la sortija y el secreto
de cómodas conciencias,
la razón de las huidas
de tempestades y tórtolas,
y los estremecimientos
de tigres y enredaderas.

Cuando las noches de invierno,
la desnudez de las sábanas.

4

Se iban. Todos se iban
más allá de tus dos manos.
Profetas y emperadores
por el espejo se iban
a vaciar tardes y lagos,
a resucitar los muertos
que murieron sin pedir
la libertad de tus senos.
¡Qué cabalgar luna adentro
músicas y tentaciones!
(Mi alejamiento llorando
en un rincón su belleza).
Se sabe que no vendrán
esta noche a tus espaldas
caballeros y rebaños.

DINGLE LANE, 1932^[9]

Mira este campo verde, estas encinas
y estas rosas, llévalas contigo siempre,
sin olvidar que el día nunca acaba
cuando cada reloj, en cada alma,
dé doce golpes lentos al silencio.
Mira este campo verde, las encinas
reposan en la niebla, la niebla
enreda paz y paz sobre los campos.
Quién pudiera perderse en esta niebla,
quién pudiera perderse sin sentirse.
Yo nunca olvidaré que tu palabra,
tu palabra, mi amor, vino a buscarme
frente a encinas también, frente a rosales,
campos secos y sin lluvia,
y tomando mi mano me condujo.
Te esperaré, mi amor, pero la lluvia,
la lluvia sobre el campo, sobre el alma.

DOVER, 30 DE OCTUBRE DE 1933^[10]

SE quedan las rocas blancas, las aves blancas y la espuma.

Esto es cuanto tenía que decir la rosa.

Marineros, no llorad por un decir tan breve.

Tiempo y libertad tienen el mar para contarla,

empezará diciendo que octubre y alejarse,

al que saben barco y lágrima y orilla.

AMOR DE TODAS LAS COSAS [1935]

Amor de tantas cosas bajo el sol como existen,
de troncos y de cuellos, de hombros y de playas,
a los que sólo amor dicen mar y destino.

Amor de cuántos ríos y cuántos horizontes,
de cabellos de niño y cuerpos que descansan,
de lomos de animales, y de huellas recientes,
de árboles y nubes que a los ponientes hablan
con una voz de fuego en las aguas tranquilas.

Amor de tanto amor como no tiene nombre
y tiene residencia en estancias o pechos,
de palabras y labios que se buscan sin suerte,
de besos y de cantos que el aire no recoge,
de tanta mano inútil como el amor ignora.

Amor de tanta frente que se reclinaría
si una peña dijera: ahí está mi ternura,
y de tanta mejilla como la muerte siega
sin que un signo de amor lleve sobre sus pétalos.

Amor de tantos ojos que se abren a esperar,
de tanta rosa inútil que esperando se cierra,
de la lluvia y el alba que aparecen reunidas
cuando el invierno muestra el dedo sobre el labio.

Amor de tanta herida y tanta dulce frente,
de tanto vuelo libre y tanto surco abierto,
amor de la firmeza con que los miembros aman,
de la brisa que viene y el pájaro que vuelca
un arroyo de amor cada vez que enmudece.

Amor, ¡a cuánta cosa y tiempo donde ir!
¡Cuántos juegos en ti en que tocar la vida!
¡Y cuántas mudas aguas en que ver la muerte!

II
ARDIENTE JINETE
[1931]

En ardiente jinete que apresura

GARCILASO

PRÓLOGO^[11]

Aquí está este Ardiente jinete^[12], descabalgado desde mediados los treinta, y vuelto a cabalgar. Veremos si puede, porque los años pesan y más bien pienso que aquellas piruetas juveniles no tienen ahora la mínima vigencia que en su día pudieran haber tenido. Mucho desde entonces han cambiado los terrenos de aquellas cabalgaduras. Del primitivo Ardiente jinete, anunciado en las páginas de todos los colores de Cruz y Raya, sólo ha sobrevivido la parte primera, Este amor, que hoy, tardíamente, aparece. El resto del libro pereció en los archivos de Cruz y Raya y en las ruinas de mi casa. Sólo se salvó Este amor, al cuidado de un grandísimo amigo de los tiempos de Nueva Revista, Amalio Gimeno, recientemente fallecido, a quien desde aquí rindo el tributo de mi gratitud y mi cariño.

De lo que no estoy seguro es de si no hubiera sido mejor la desaparición total del libro, porque así cabría, al menos, pensar que se habría perdido algo más importante. No recuerdo las otras partes que acompañaban a este Jinete, sí que eran ciertamente posteriores a 1931, fecha de su composición, y en mi memoria, hartamente vaga, bien distintas. El libro se presentó a los premios nacionales de 1934 y le cayó uno de la pedrea, si bien es verdad que tuvo la competencia de palabras mayores de la poesía española en los demás participantes, entre los que contaban Vicente Aleixandre, Manolo Altolaguirre y creo que Luis Cernuda.

Se me ha ocurrido completar esta edición con otros poemas amorosos, ya publicados y agotados desde hace tiempo, para que el jinete no vaya tan solo. Abarcan desde 1931 a 1954 —con la excepción de la coda—, y constituyen jalones de un solo amor verdadero. Creo que el tono ligero, y hasta ingenuamente cínico, de Este amor tiene una contrapartida en la intentada profundidad melancólica de los Cantos a Rosa, aparecidos veintitrés años después, no sin un puente intermedio que incluye la sonetería^[13] de los años cuarenta, en los Sonetos de amor, y que responde a situaciones personales y generales de aquellos momentos.

Suelto este Jinete con sus aparejos gracias a la invitación de Ángel Caffarena, con el deseo de que, a sus años, no le mate esta cabalgada póstuma.

ESTE AMOR

I

¿QUÉ quieres, amor mío^[14],
si la tarde no cabe en nuestros ojos
y sobra con el agua cogida en nuestras manos
para la sed del cielo?

Amor mío, ¿qué quieres?;
¿que no te lleve al colegio,
que te diga que sí,
que la vida contigo es una lámina de plata
y sin ti una moneda de cobre;
contigo un suspiro,
más que un suspiro,
menos que un suspiro,
o casi tanto como un suspiro?

Quédate ahí sentado.
Ahí estás bien,
ahí ves los borreguitos pasar,
el agua quieta, quietísima,
admirablemente la primavera,
la vieja y el viejo,
el carrito del niño con su buey y su mula,
y cinco buzos explorando el puente del buque hundido,
y veinticinco grajos sobre los cadáveres
de aquellas tres horas que pasamos juntos
y que no cupieron después en tu frente.

II

Era mi alegre amor del que no se hablaba,
que sonreía todos los domingos
y tenía señalado un día del año
para convidar a los amigos.

Un amor sin baile ni música,
sin hola qué tal,
o cuándo comiste la última vez,
sin perfiles ni bahías,
sin más amor que el amor
de la montaña al pino,
o del pino a la lluvia,
sin más cuidado
que arroparlo bien todas las noches
y llamarlo por la mañana a la hora en punto,
y tenerle una taza de júbilo o de pena,
según su voluntad, en la mesita de noche.

Así,
un amor sin rodillas
para sentarme en ellas y clamar:
Cuando despierten los muertos, amada, entonces,
con una boca muy grande
a la que vengan a recrearse
los picos de las águilas
y las uñas diminutas de los hipopótamos.

III

Gracias, amor
por haberme dedicado el libro de tus aventuras,
el relato de tus desvelos
y tus cuadernos de viaje.

Así sabré cuándo y dónde naciste,
quiénes fueron tus padres,
cómo encontraste el primer amor de tu vida.
Ya caminaré sin perderme,
sin tentaciones mansas como los ojos de los bueyes,
o agudas como los picos de las sierras,
llevado de tu mano
sin más miedo que tu mano misma,
sin más ventura que tu misma mano.

Como eres más alto que yo,
levantaré los ojos para preguntarte
por qué canta el estornino
y no canta la zumaya,
por qué se desliza la serpiente,
o qué insectos están encargados
de transportar las almas al otro mundo.

Tú, amor, me contestarás dulcemente,
y así, entre dulces preguntas y respuestas,
entre verte y amarte,
iré pasando, amor, mi vida.

IV

El amor es una incógnita
que no puede resolverse en los bancos verdes,
junto a la fuente verde,
entre los árboles verdes,
ni sentados ni andando,
como hacían los antiguos,
y que sin duda resolverán las futuras generaciones
en cuclillas,
oyendo pájaros desconocidos
—el mirlo y el ruiseñor sintiendo
arroyos desconocidos
—el ruiseñor y el mirlo—.

El amor queda algo al Este de las cordilleras
y no se encuentra ya en las márgenes de los ríos,
por bellas que sean,
ni junto al mar o la luna.

Se ha instalado en el aire
y allí se pasea con su bastón y su hongo, deteniéndose para
comprar flores hermosas
y ofrecerlas a la primera desconocida.
Dice que es difícil que baje
como no bajen todas las alturas,
que él ya no es un mito,
ni una rama,
ni un pájaro,
ni una telaraña miedosa a las escobas,
sino simplemente una jovencita
que espera cada tarde
un joven con saetas
que cuidadosamente guarda en su armario
para enseñarla luego a las amigas.

V

Ya sabes que el miserable quiso robarte
y, a no ser porque mis petañas fueron fuertes,
te hubiera arrebatado a mi desvelo
y a estas horas habrías dormido bajo el techo de su cámara,
y habrías peinado tus preciosos cabellos
ante el espejo de su cuarto,
y te habrías sentado en su misma silla,
y no quiero pensar, amor,
lo que, cuando canta el búho
y se silencia la estrella,
habría sido de tu cuerpo leve,
de tu leve sonrisa,
de tu inmenso secreto,
de tus dedos finísimos,
ni de tu lengua.

No quiero pensarlo porque te tengo
y, estrechándote, están de más
el mar, la montaña,
la hoguera en medio del bosque,
las lámparas y las estrellas
sin cuya luz, amor, el amor es amor también.

VI

He pensado, amor, que nos vayamos a una aldea
para que te acostumbres a salir a la calle sin corbata
y veas lo que nunca has visto:
pacer las ovejas;
y sepas lo que no has sabido:
el dulce son del caramillo;
y prueben tus zapatos
el prado y la pradera,
y toques las piedras
y las cortezas de los árboles
que tantas veces viste en el cine sin tocarlas.

Porque ignoro, amor, si tienes pie,
aunque sé bien que tienes cintura;
ignoro si puedes encaramarte como una cabra,
o sólo sirves para estar sentado.

Ignoras muchas cosas
que es preciso ignorar,
y sabes por otra parte demasiadas.

Seguramente oíste hablar de la aurora
y del crepúsculo;
pues bien, existen crepúsculos y auroras,
y es posible madrugar,
y es posible tener la nieve en las manos,
y oír el caramillo,
y tocar las piedras,
y resguardarse del sol bajo los árboles,
y ver los rayos hender las encinas;
en fin, amor, amar no es imposible.

VII

Creo, amor, que debes afeitarte,
porque ¿qué dirá ella
cuando te vea con semejantes barbas?

El amor ha de ser limpio,
deportivo y alegre
como una mañana de junio.

Ha de saber bien el decálogo,
y no olvidar que el origen de todos los males
duerme en las comisuras de los labios
y despierta como la muerte
cuando menos se espera.

VIII

El amor no bajará a las profundidades del mar,
por el peligro que supone desnudarlo
y entregar su cuerpo, tanto tiempo cubierto,
al aire y al agua.

Puede constiparse
y, lo que es más grave, ser reñido por sus padres
con absoluta prohibición de salir de casa,
salvo con la nurse
o con un amigo prudente
que no le enseñe lo que hay dentro de las almejas
o dónde van a parar los ríos,
porque precisamente cuando el amor conozca
el paradero de los ríos
ya podemos alquilar una habitación
en cualquier planeta barato
e irnos allí, amiga,
a jugar a las chinas,
a saltar a la comba
bajo la sonrisa de Dios.

IX

Amor, te tengo abandonado y no lo mereces,
no mereces que los hombres no te saluden cuando pasas,
ni te den una limosna cuando la pides.

Amor, eres un pordiosero,
y debieras ser un rey.

¡Qué penas, amor mío, llevas pintadas
en tu cara bellísima!

¡Cuánto debes haber sufrido!
Realmente mi vida ha sido un calvario
con una cruz de miradas.

Si quisieras, podrías refrescarte en mis lágrimas
porque, aunque mis lágrimas son ardientes,
son frías para tu cuerpo moreno,
amor, para tu lengua fina
como la de las víboras,
para tu ferviente sed
y tus historias conmovedoras.
Ven y sentémonos junto a la chimenea,
oye el cuento que nunca oíste.
El silbido del tren era un anuncio.
Qué, ¿no te conmueve, amor?
¿ni el silbido del tren entre las peñas?
¿ni la leve penumbra de tu ceja?
¿ni el rubor,
ni la hoja,
ni ese roce último que no se siente
y sin embargo es la carne?

Entonces, ¿eres de hielo?
¿no eres de este mundo?
¿estás aquí,
o eres lo que hay entre las manos
cuando se estrechan fuertemente?

X

De todas las que están ausentes
tú eres la que no te alejas.
Pero, como mi pecho es tan grande y está vacío,
te pierdes inevitablemente.
Tienes tiempo y espacio para todo,
para bañarte y dormir,
para el bridge y el baile.

¿Recuerdas que te dije un día:
“Fíjate que mi amor no es una casa,
sino una modesta cabaña
donde apenas hay confort,
ni más alimento que pan, vino y aceite”?

¡Oh!, ¿dices que es bastante,
que con aceite, pan y vino
puede comer el amor?

Pero ¿y la sal? ¿y el azúcar?
En esta cabaña faltan la sal y el azúcar,
y está sola entre los bosques,
y sólo llegan a ella
los lejanos silbidos del tren,
y en los días claros se ven sus humos,
que en los días oscuros
hay que contentarse con tus ojos.

XI

¡Qué temprano has venido hoy, amor! —le dije,
porque efectivamente anocheceó antes.
¡Será por lo que sea;
que lo averigüen los enanos.

No te lo puedo decir. Será que lo he soñado
y desperté pensando:
¡Cómo se alegrará cuando lo sepa!

Me alegro muchísimo,
porque yo tenía también mi sueño,
y vino un labrador creyendo
que mis caderas eran enjambres
donde faltabas tú solamente.

Había abejas y pecados,
mártires y martirios,
pero faltabas tú
aunque corriera la sangre.
Y, faltando el amor, ya lo sabéis,
hay neuralgias,
hidropesías,
no hay amor, naturalmente,
ni vida,
y sin vida no se pueden tomar a las cinco
esas gotas de amargura
que tienen todas las tazas de té.

XII

¿Dónde quieres que huyamos, amor,
si la tierra es redonda,
¿y las manzanas sabemos que son redondas,
lo que quiere decir que es imposible alejarse,
que todo en el mundo tiene polos y ecuador,
o cuando menos veredas
por donde se deslicen los pensamientos,
por donde puedan subir las cabras,
por donde vengan los sueños
a decirnos su verdad sabida,
a enseñarnos su cuerpo mordido
por tantas bocas?

Amor, ¿cómo han creído morderte
cuando simplemente mordían
una naranja o un coral durísimo?

XIII

Ya te acordarás,
y si no te acuerdas mejor que si lo olvidas.

No quería ofrecernos la tarde
sus colinas o sus prados
para descansar en ellos.

Parecía una gran dama
con su traje rojo
y su quitasol lila.

¡Qué bella tarde
para amarse!, le dije.

Y empezamos a amarnos.
Amar ya tiene otro sentido;
no es pasear entre los árboles
bajo sus verdes copas húmedas,
con humedad en los ojos
y detenerse a la entrada del puente.

Ya los amantes no se besan
más que al regreso de los grandes viajes,
ni dan carreritas ligeras,
ni se esconden tras los biombos,
ni estrechan un universo
cuando estrechan simplemente una cintura.
Perdón, amor, sin duda me he excedido
y dije cintura en vez de sonrisa.
Fácilmente se confunden
sonrisas y guitarras,
músicas y monedas,
cinturas y dulcísimas naranjas.

XIV

Ya te tengo aquí y no quiero más.
¿Qué más puede querer
quien tiene la boca llena,
las manos llenas,
los ojos llenos,
aunque tenga vacío el estante de los libros,
y un día, cuando quiera leer sobre el amor,
encuentre que no figura en los diccionarios de las nubes?

No os extrañe;
en este reino tan dilatado,
—en esta nubecilla nadie,
ni siquiera tú,
sabe escribir la palabra amor.

Esta palabra, cuando joven,
se creyó ligera
y, sin debida autorización de sus padres,
partió para países lejanos,
donde ha emblanquecido su cabeza,
y tose cuando habla,
y tropieza si anda,
y no puede saltar limpiamente,
ni resistir otra temperatura más alta
que la más alta cima de tu pecho.

XV

Amor, es necesario desear algo,
aunque sea la lluvia o la escarcha;
lo que no puede ser
es permanecer ante las montañas
sin dirigirles palabras cariñosas,
ver los ríos viajar continuamente
sin desearles buen viaje.
Hay que ser complaciente con todas las cosas,
las que existen y las que no existen.

No olvidar cuando salgamos
que no sabemos cuándo será el retorno,
y que puede presentarse la ocasión
de convidar a migajas de pan a los gorriones,
a pan y sal a los borregos,
que podemos ir a parar a la Arabia,
donde los camellos se mueren de sed,
y les salvaríamos la vida
si con la cartera y el portamonedas
hubiéramos puesto en nuestro bolsillo
un vaso,
que el agua ya se encargarán los cielos
de que no falte.

XVI

¿Qué autoridad van a tener, amor, tus palabras
si me hablas con los labios pintados,
amor, y cómo voy a entrar en ti
si me cierras todas las puertas
y nadie me enseñó a fabricar llaves,
ni a introducirme por las chimeneas?[15]

¡Yo que esperaba encontrarte con los brazos abiertos
en el umbral para recibirme!

No me digas que lo tendré todo,
rocío y nevadas lentas,
un buen fuego y un sillón cómodo.

Amor, hay otros países más allá de la pena y la alegría;
todo no se reduce a vivir con los ojos abiertos,
a vivir con los ojos cerrados.

Entre otras cosas notables
existen los espejos,
existen los muertos y las madrugadas,
existes, amor, tú mismo.

Todo esto lo suelen ignorar los vecinos,
que se contentan con arrancar una hoja del almanaque
sin rezarle al santo del día.

Amor, los santos existen,
y yo debo existir cuando te hablo,
y no moriré hasta que tu mano,
tu misma mano que me dio la vida,
me traiga una mañana o una tarde,
un mediodía o una medianoche,
como una amiga buena y desconocida,
como un torrente y un suspiro,
la muerte con quien partes pan y lecho.

XVII

Yo quiero que seas todas las cosas,
y te confundo frecuentemente con los recuerdos.

Amor, ¿cómo vas a alejarte,
si no tienes dónde ir?

¿Crees que todos compartirán contigo un lecho
y que todos te esperan a cenar?

Amor, ¡no seas inocente!
Lo más que te quieren es como quieren a las aves,
lo más que te recuerdan es como a los recuerdos.

¿Qué has hecho, amor, qué has hecho?
¿Pero otra vez te has ido?
¡No tardes! ¡Ven!

XVIII

Amor, veo pasar tu entierro todas las noches,
y por la mañana me despiertan las campanas
que festejan tu nacimiento.

¿No te convendría más
una vida ordenada,
una esposa modelo,
una casa confortable?

Acabarás enflaqueciendo;
pero, ¡qué más da, amor,
si se hacen más hermosos tus ojos cuando palideces!

No me importa
si eres alto o bajo,
grande o chico,
ni dónde duermes,
ni qué comes;
sólo quiero que vengas sin dilación cuando te llame,
alegre como unas castañuelas,
trayéndome lo que te pida
sin pedirme retribución por tus servicios.

Te pagaré con amor,
y si el amor se me escurre, porque suele escurrirse,
te daré algo que sabe a lo mismo
y espera en las encrucijadas a los tímidos viajeros,
como los ladrones.

XIX

Ya es hora de levantarse, amor, le dije.
Se te suelen pegar las sábanas,
y luego pasas el día entre bostezos.
¿Te sientes cansado?
¿Te encuentras viejo?

El corazón hace tiempo
que sólo sirve para inundarnos el pecho,
al repasar la lista de la lotería,
o al sufrir un examen.

Conviene reservarlo
para que no se estropee. Tenerlo engrasado y limpio,
apartado de nosotros cuando amemos,
sacarlo al sol de vez en cuando,
y encerrarlo bien de noche para que no se escape.

Es un mal bicho este bichito de nuestro pecho,
al que hay que educar desde pequeño
con sabias y prudentes máximas,
no darle demasiado dinero,
y enseñarlo a mirar con modestia.

A las mujeres las saludará
con una leve inclinación de cabeza,
sin mirarlas de frente,
por el peligro que supone
encontrarse al volver a casa
encinas en vez de algarrobos,
en vez de gayombas pitas,
que en vez de pájaros cantan dulces serpientes en los árboles.

XX

Vamos a dar nuestra lección diaria.
La geografía la estudiaremos en tu cuerpo,
y la geometría en tus palabras.

Amor, pero no sé dónde estudiaremos aritmética,
desde que te oí decir que dos y dos eran cuatro,
que cuatro y cuatro eran ocho,
y así sucesivamente.
¿Cuándo aprendiste semejantes pamplinas?
Sin duda te castigaste a ti mismo
a sumar ordenadamente,
por haberte roto las piernas.

No me hables con números o palabras,
sino con gestos o brincos;
quiero ver y no oír,
quiero vivir y no recordar.

Amor, rompámosle a este buen viejo
todas sus plumas,
su pluma verde,
su pluma pajiza.

Si con las plumas volara o se reclinara,
romperíamos nuestras escopetas,
pero sólo le sirven para morderlas.

¿Y la lección de astronomía?
La astronomía es imposible estudiarla de noche;
no tenemos más observatorio que tu espalda,
y allí es difícil instalar los telescopios,
porque es resbaladiza como una pendiente de hielo,
extensa como un mapa,
surcada de ríos,
encrespada de montañas,
y a lo mejor con enormes océanos no descubiertos
tan salados como todo tu cuerpo.

XXI

¿Otra vez empezar?
¡Qué largo aprendizaje!
¡Qué patinar indefinidamente!

Pero ¿ya no recuerdas el principio?
¿No puedes repetirlo?
Sin embargo, es más fácil
que comerse ese melocotón,
que llenar esa copa de vino.

Empezaba:
Íbamos y la pradera.
¿Tienes el pecho liso?

Entonces, ¿cómo olvidas fácilmente?
Y luego los cencerros, los ladridos.
Amor, claro, un rebaño.

Ni por sierras, colinas, ni montañas;
sencillamente, amor, por donde sabes.

XXII

Amor, acaso tú que recorres mi sangre
sepas dónde nace este arroyo,
acaso te hayas sentado en su orilla
viendo copiarse los árboles y el crepúsculo.

Acaso te hayas entristecido
oyendo los violines,
y hayas deseado que este arroyo
fuera siquiera un río modesto,
para ahogarte tranquilamente
en sus aguas espesas y saludísimas.

Es difícil que puedas suicidarte,
porque ninguna profundidad
te llega al hombro
y ningún cuchillo es más afilado que tu cuello.

Amor, ¿dónde acomodaremos esta tarde
que se pega de tal modo a nuestro cuerpo?
¿No tienes un rincón en tus ojos?
¿Y en tu pelo?
¿En alguno de tus valles?

Compadezcámosla,
que ella sí que no sabe por qué vino a este mundo,
ni por quién derrama su sangre.

Nosotros sabemos
que estamos para amarnos,
y sabemos para lo que sirven las heridas
y para lo que no sirven.

Pero a ella la cogieron diciéndole:
“Reclínate en el hombro”.
—¿Sabéis lo que he de hacer?
¡Oh amiga nuestra, serénate!
Todavía sobra una piedra
para que tú te sientes;
este cántaro está lleno de ternura.

Bebe;

ya ves, mejora tu cara,
se te caen esos malvas enfermizos.

¿Y el destino?
No pienses en los elefantes.

¿Y el destino?
Mira el balanceo de esa rama,
la caída de esa fruta.

Pero ¿quién te arrancó los ojos,
y cómo puedes llorar sin ellos?

Amor, que está lloviendo
y olvidamos imprudentemente nuestro paraguas.
Amor, que nos mojamos,
que es ya tarde,
nos esperan la cena y el brasero.

Mas te has dormido
en mitad de estos campos.

¡Salta!
Amor, ¿pero te has muerto?

XXIII

Hablé de ti y dijeron: “¡Pamemas y pamplinas!”
No te entristezcas si te lo cuento todo,
pero estoy seguro que no sabían lo que decían,
porque las pamemas son raras flores de los bosques
y las pamplinas aves exóticas
y peces ignorados.

Ellos toman té todos los días
e ignoran que ahorcarse es hacerse el nudo de la corbata.

Nosotros jugamos simplemente al escondite
y no hacemos más tonterías
que las estrictas para no morir.

¿Es pecado jugar al escondite?

Amor, mi jeroglífico,
no te escondas dentro de ti,
que así no vale.

Te palpo y te veo, y digo: Aquí está,
y apareces saludándome en la otra orilla.

Así es inútil.
Has de ser tú el que te refugies en mi cuerpo,
que ahí nadie dará contigo.

Te puedes asomar a mis ojos como a la ventana de una fortaleza
y ver los paisajes de tu infancia
—el molino y los álamos,
la molinera y su marido,
las eras y el campanario.
¿No te basta con esta felicidad encaramada,
con esta soltura de mirarlo todo
sin que nadie te vea?

¿O prefieres acaso
que saquemos nuestros pañuelos de despedida
y desaparezcamos del globo terráqueo?

Adiós.

¿Hasta cuándo?
No sabemos hasta cuándo.
Hasta nunca quizá, ¡ay!, amor.

XXIV

Amor, que te están esperando los de siempre.
No olvides que prometiste bajar todas las tardes a las siete.

¿Dice que el amor ha salido?
¿Vestido de tarde o de noche?
¿Desnudo?
El amor no se viste nunca.
¿Lo detuvieron tras largas pesquisas?
¿Se le acusa de asesinato?
¡Ay, amor! ¿Tú asesino?

Asesinó a dos horas que se sentaron,
al salir del reloj,
en un banco del parque;
las corrompió primero
y las asesinó después.
Será condenado a muerte.
Lo siento principalmente por los árboles
y las locomotoras.

¿Para qué servirán las hojas
y quien tiene que viajar
si desaparecen penínsulas e islas,
archipiélagos y tiernas yemas de los árboles?

¿No te acuerdas
que ahí nadie dará contigo?

XXV

Amor, tienen un cuarto pequeño tras sus ojos
al que llaman cuarto de los huéspedes,
y es el que te han destinado
a ti que siempre dormiste en el césped,
sin libros en la mesita de noche,
porque tu luz se va con el crepúsculo.

A lo mejor paseando dirás:
¡Si me han levantado una estatua!,
y tengas que salir corriendo en busca de un estanque
para reconocer tu cuerpo.

¿Cómo vas a ser de piedra o de bronce?
¿Dan calor bronce o piedras?
¿Se levantan y se acuestan?
¡Qué raro, amor, qué raro que el bronce y las piedras respiren!^[16]

III
CANCIONES^[1]
[1933-1940]

LA MADRE

Y la madre soñaba oscuramente:
Será rubio, tendrá estos ojos mismos.
Le amarán las muchachas. Una tarde,
de pronto, llorará junto a una rosa.

Le crecerá la angustia sin saberlo,
y cada nuevo umbral será una herida.
Temblará al traspasarlos, hijo mío,
acaso una paloma, acaso nada.

El viento por la frente, las caídas
hojas que se acumulan, los rumores
del corazón callados. Nadie sabe
las formas repentinas de la dicha.

Yo lo siento aquí hondo en mis entrañas
el río de tus años que me deja
una nostalgia antigua, una dulzura
vieja en mi corazón como la sangre.

Me hace toda ribera, toda muro,
donde lamen las aguas de tu vida.
Torno otra vez a ser niña jugando,
corriendo como niña entre las rosas.

¡Oh sueño en mis entrañas! ¡Oh alto río,
resonando de siempre en mis entrañas!

CANCIÓN^[18]

¿Cómo eran ellas?

Rápidas

como los arroyos que de las colinas venían.
Venían de las colinas y volaban
como arroyos llenos de canciones.

¿Adónde, dónde vais? ¡Quién os siguiera!
¡Quién tras las manos se fuera, tras las huellas!
El viento apresurado en los cabellos,
el viento, sin moverse, en vuestros miembros.

¿Adónde, dónde, jóvenes arroyos?

Os invitamos a volar, al vuelo
del viento por las copas, por las olas;
a que unáis vuestras manos a las nuestras.
Orillas nos aguardan, promontorios.

¿Adónde, dónde vais? ¡Si nos dijerais
adonde vuestra prisa va a llevaros,
en qué orillas se extienden las espaldas,
y cuáles aguas vuestros pies esperan!

Los ojos y las manos, los cabellos,
los hombros al igual que los collados,
los muslos incesantes, las colinas
que nombraremos senos, invenciones;

las cinturas, los brazos, las espaldas,
los ardientes cabellos como nubes,
las piernas cuyo oficio el aire adora,
los huesos con ternura, con dureza.

¡Oh belleza del cuerpo siempre en vuelo!

Desnudas como vamos, como somos,
sin apariencia de secreto, claras,
un secreto escondemos que al tocarnos
encenderá vuestras manos, rosas.

¡Ay, el amor se queja en esas arpas!

¡Qué canciones inventa, qué suspiros!
Quiere la libertad de vuestros miembros
para en ella, seguro, aprisionarse.

En vuestros brazos, sobre vuestros hombros,
arroyos, dondequiera que vayáis,
encontraréis orillas y misterios.
Incansable la dicha se os extiende.

ELEGÍA

No puedo negar amor a estos cabellos perecederos,
aunque los sepa detenidos un punto en el oro
en su camino hacia las nieves eternas.
Ni a estos perfiles al sol, con el sol acabando,
ni a estos cuellos o tallos pendientes de un estío.
Sin mi voluntad
cae el peso de mi amor sobre tallos, cabellos,
a pesar de la brevedad de la flor de la aurora,
de la rosa o paloma que en las manos me dejas,
de los arroyos o cabellos que desencadenas en mis brazos;
a pesar de lo negra y lo honda
que se hace la noche sin ti;
a pesar de los espejos extraños
que donde quiera se forman al dejarte;
a pesar de lo eterno,
o tal vez porque lo eterno es tu fuga.

A UNA CICLISTA^[19]

*Por la calle se desliza
La pérfida bicicleta.*

Jorge Guillén

Entre autobuses, entre corazones,
entre los olmos, entre los vallados,
entre almas atónitas, por puentes,
exhalada tu firme bicicleta.

Te sigue el río de la carretera,
tierno su duro arbitrio conmovido,
respondiendo a tu llanta con lamentos:
Te pierdes. No te pierdes. Te persigo.

¡Qué júbilo sin prisa en lo que es llano!
¡Qué salto en los collados repentinos!
¡Qué dejarse caer por las cañadas,
exhalada tras ti, la carretera!

Siguiéndote va, helada, cuando tuerces,
y ¡qué lento suspiro cuando un valle
te traga, qué alto grito
cuando una loma justa te devuelve!

Bella ciclista, tu ave de pedales
conduces por un aire de jardines,
de prados, aguardando entre los troncos
a que estalle final la primavera.

El viento en tus oídos te proclama
única emperatriz de los ciclistas.
Te persigue, te pide los cabellos;
tú se los das y te los va peinando.

“Nadie me espera, nadie me despide;
mis cabellos y el viento, los pedales,
los troncos y los ríos so los puentes;
sin partida o llegada, siempre voy.”

Siempre va, siempre va, aunque suspiren

árboles melancólicos, y lloren
los ojos de los puentes ríos de llanto.
No pesa el corazón de los veloces.

DULCE JUVENTUD

Era sobre los campos. Era alegre.
¡Oh río de mis días! Como arroyos
el tropel de mis días. ¿Quién recoge
tantos haces de amor? ¡Oh tarde! ¡Oh tarde!

Todo se va alejando, pero a veces
quisiéramos morir menos aprisa,
no alojarnos por siempre en estas cosas,
tanto vuelo, lo bello que se escapa.

¡Oh dulce juventud! Largos los días
y perezoso el paso iba. Torno
la cara y miro. Sois vosotras. Sois
las mismas. ¡Y viniendo! Yo esperaba.

Y ahora pesa un poco. Pero es dulce.

MAYO

En amarillo las bellas velloritas,
y en todos los colores cantan las primaveras.
Su Dominus vobiscum murmuran los narcisos,
aún sin sangre los pétalos de sus palmas abiertas.
Et cum spiritu tuo, dicen los asfódelos,
al aire el son y olor de sus trompetas.
No me olvides, no me olvides, los nomeolvides piden,
y el coro de los árboles: “¡Ay, ya estamos dispuestas
las novias a la boda!”.
Vuelven las señoritas golondrinas,
y hojas en bandadas con los pájaros llegan.
Se quita el cielo nubes, y vestidos azules
a los ángeles pide. (El río murmura y no contesta.)

EPITALAMIO

Estaba enamorado y le decía:
“Te quiero. Te olvidare, y muriera”.
Y ella le respondía con la mano
estrechando la suya y lo miraba,

como elevada, como transformada
en alegría que la hacía sin peso,
que la llevaba por el aire. Casi
estuvo por decirle: “Adiós, me voy”.

Pero temió y calló. Sólo le dijo:
“Te quiero yo también. Si te olvidare,
que me olviden los ojos que te miran”.
Y se quedó sin verlo. ¿No nevaba?

Y ella era dulce, y él tan joven
que apenas si la tierra los sentía.
Se casaron un jueves a las cinco.
Entre un dedoble de jazmines. Era
como un jazmín el sí: los labios de ella.

Por los caminos de la dicha iban
en busca de su hora. Nunca aguarda.

PRESENCIA TUYA

Déjame esta palabra,
amiga. Ella te abra
mi corazón. La labra

lo mucho que te amo,
la paz con que te llamo,
la voz con que te clamo.

Mi raíz tú la tienes.
Tierra de donde vienes,
allí tengo mis bienes.

Aire que tú respiras,
allí tengo mis miras.
Soledad que retiras

o que acercas, presencia
tuya por toda ciencia,
mi pan y mi querencia.

Tu ternura, mi fuente;
tus palabras, mi gente;
tu cuerpo, mi presente.

Mi árbol, mi aposento,
sed y contentamiento.
Lugar donde me siento

con la dicha, la vida,
la hermosura, la herida,
el cielo, la medida.

Yo cantarte no sé.
Yo sé decirte lluvia,
o tierra, o desazón, olivo
hundiendo su raíz
en mí, mi aire
por sus ramas.
Yo sé decirte era
donde tus pensamientos trillan,
y alforja y almiar,

tejado, fuélliga.
Yo sé dentro de mí
dónde caminas.
Te digo agua,
rumor, alcaraván,
alberca, tilo.
Yo sólo sé nombrarte
con palabras que dicen
cosas que amo y que conozco:
braserero, labio
—el mismo que te nombra;
de donde no te caes—

Lo demás tiene nombre.
Se dice y se nos pierde.
Lo demás tiene extensión.

Se oculta y se consume.
Lo demás tiene peso.
Vuela y nos abandona.

Lo tuyo no se nombra^[20].

AMOR, ¡OH PLUMA!^[21]

Como el amor que sabe,
como el amor que viene,
como el amor que rasga
y en nuestros dedos cede,

lo mismo que el amor,
la ternura o la nieve,
lo mismo que el volar,
se quiere o no se quiere.

Amor, ¡oh pluma!, ¡oh vilo!
¡Oh, ven!, ¡oh, si no vienes!
¡Oh barco! y ¡oh ventura!:
Cuando vengas me encuentres.

¡Oh álamos! ¡Oh torres!
¡Cuántas cosas presentes!
La memoria y el río
sobre el que gracia viertes.

Que estás tú y él está,
que te vayas y quede,
que con venir te vayas,
que con irte te acerques.

No sé ya qué te diga
ni qué hueso se queje
ni en qué lágrimas, ojos
por convertir me resten.

Ni en qué rosales, manos,
ni en qué llanuras, vientres,
ni en qué plumas, cabellos,
ni en qué dedos, torrentes.

Ni en qué lomas, qué lomas,
dulces hombros de nieve,
para que en ellos duerman
cabellos indolentes.

No sé dónde me llevas

ni sé dónde tenerte
de tanto como ocupas,
lo poco que apareces.

Hiciera ríos mis brazos
y los ojos dos puentes
porque tú navegaras
y porque yo te viere.

¡Que no te hicieras agua,
y yo en la orilla, leve
hierba que tú al pasar
quedara estremeciéndose!

¡Que no fuera, no fuera
cualquier cosa que fuere...!
La voluntad se ha muerto
por miedo de perderte.

A tus brazos, tus brazos,
venga lo que viniere,
a tus brazos el mar,
en tus brazos la muerte.

Sobre tu espalda van
corriendo cien jinetes;
¡ay, ojos de los míos,
quién no los conociere!

Que salen como flechas
y como flores mueren
cuatro cascos clavados
en llanuras de nieve.

No hay huida de ti,
que todo lo presente
lo tienes resumido,
los bosques y los peces.

Ya nada queda en mí,
la hoja o la corriente,
que todo ha sido, todo,
quererte o no quererte.

POEMA A LO DIVINO^[22]

Porque el mar no es bastante,
ni el río o la paloma.

Que no siendo tu espejo,
ni el espejo del cielo
o el espejo del agua.
(Otro espejo sería
una lámina helada
respondiendo con muerte
a la cara del alba.)

Que no siendo tu aire,
¡qué plomo, qué ceguera
respiran los pulmones!

Que no siendo tu luz,
los ojos no hallan otra.

Saber que siempre tú,
en la roca y la planta.
Tú en la estrella y la ola,
en la espiga y la ceja.

Un pico de tu manto,
bien de azul o de nube,
un dejarme caer
tu mirada o tu mano.
(Tus singulares manos,
que la piel o la pluma,
la montaña y el río.)

Ni importa que se acabe
con los mundos el mundo;
que el tiempo no halle puente
y lamente su sino.

Ni que se tronchen albas
y ponientes, lo mismo
que tallos cuando aún
no hay un hombro dispuesto.

Cómo pesa tu peso
sobre todas las cosas.
Cada viento, tu aliento.
Tu luz, cada mañana.

Y ¡qué vida la tuya,
con la noche! ¡Qué exacta
tu presencia en las horas!
¡Qué olor das a la noche
al prestársela al mundo!

SÁFICOS^[23]

Dulce reposo de mi sien cansada:
¡oh playa alegre en que mis miembros gozan,
ribera y casa, umbral y mi collado,
gracia simplísima!

A ti los ojos de mirar cansados,
a ti los brazos de estrechar sedientos,
a ti los labios que la sed aflige,
alma y ventura.

Cuando la noche con su mano oprime
el pecho, y duro el corazón nos late,
cuando los dedos de lo oscuro aprietan
nuestras gargantas;

como los ríos que su paso alargan
por la campiña, con su gozo llevan,
igual que brisa que la mar refresca,
tu pensamiento.

¡Oh paño fino que mi sien rodea!
¡Oh sombra alegre que mi paso acoge!
¡Oh bosque entero a mi delicia abierto!
¡Oh deleznable!

A UNAS AZUCENAS EN MI ALMOHADA

Oh, qué lámpara viva! ¡Qué candela
de candor y frescura en mi almohada!
¡Oh, qué mano en mi frente desusada!
¡Oh, qué ala del tiempo que no vuela!

Cuando me duermo, voy bajo la vela
de vuestro olor, derecho al alborada:
si despierto, al cuidado hallo montada
por la dulzura vuestra, centinela.

Mientras, fuera, llegados de los cielos
con sus últimos cantos aprendidos
a las ramas del chopo, ruiseñores

responden a desvelos con desvelos,
y con sus quejas dan a los oídos
lo que al alma vosotras con olores.

A UNAS MANOS

Oh flores de marfil, blancas señoras
que del aire ordenáis el movimiento!
¡Oh candelabros, cuyo encendido
son diez de luz avispas, digo auroras!

¡Oh caricias del tiempo, que a las horas
hermosura prestáis y sentimiento!
¡Oh alas, cuyos gustos hace el viento
órdenes que obedece voladoras!

¡Oh margaritas de los cinco dedos,
que así tenéis a mi esperanza en vilo,
y a mi amor al umbral del alborozo!

Sobre mi frente vuestros pasos quedos
suelten a la esperanza el claro hilo,
y la razón al viento, de mi gozo.

A UNA ESPALDA

¡Oh extensión de extensiones dilatada!
¡Oh llanura sin lindes, primavera
de regalo al sentido, donde espera
un alba indeclinable a la mirada!

¡Oh tenue loma, donde agazapada
la delicia se esconde, a la ladera!
¡Oh mar! ¡Oh mundo mío! ¡Oh verdadera
nieve en fuegos serenos reposada!

A tanto gozo concentrado, a tanto
júbilo sin confín, hoy, peregrina,
mi mano entre alborozos adelanto.

¡Oh seda que ellas hallan! ¡Oh colina
donde la dejo reposar! ¡Oh, cuánto
el alma recostada aquí adivina!

Se me ha roto el cristal, no la figura^[24],
no aquel reverberar que siempre crece
por dentro de mi amor y que estremece
y renueva y ahonda mi ventura.

Ya más y más serena la locura
del despertar aquel, en que se mece
mi recuerdo y se ahonda y enternece
este amor en que amar no tiene hartura.

Nada puede romperse. Dicho todo,
todo vivir contigo siempre, a
mi tierra y mi labor. Paso no doy

que a ti no lleve de uno u otro modo.
Ni sé darle otro nombre a compañía
más que a la tuya a donde siempre voy.

EL QUICIO^[25]

El corazón seguro se sabía
de memoria el lugar del pan y el beso,
iba en su busca con latido, preso
y libre, encadenado a su porfía.

Corazón y latido tuyos. Mía
la sujeción gozosa, el bien ileso,
la faz en resplandor, la hora sin peso
y sin pasar, eterno el todavía.

Y todavía a la vuelta encuentro eso
que con tu nombre el labio si quería
pronunciándolo sólo iluminaba:

el sendero a la paz, el quicio al beso,
lo cierto a la hermosura; tu porfía
y el pan sobre la mesa que aguardaba.

DULCÍSIMOS NAVÍOS

Pasaban los dulcísimos navíos
con suspiros cargados, con amantes
mientras en las barandas, señoritas,
tomando el aire fresco, se mecían.

Los árboles al viento sus follajes,
los amantes sus ojos a otros ojos,
a las playas las olas sus espumas,
los jazmines al aire su silencio.

Lo mismo que una novia, descendía
por su cielo sin límite la noche.
Suspendidos, los ríos aguardaban
la señal de la brisa para amarse.

El mundo era una isla rodeada
por todos sus costados de dulzura.
Las rosas no sabían de marchitarse.
Era un silencio sin temor de herida.

Entregarse eran aguas, era fuente
donde fluía la vida sin quebranto.
Iba el aire sin prisa por las copas,
sobre el agua sin roce en las riberas.

¡Oh borrarse de límites, tersura
donde en silencio el tiempo deslizado
daba lugar a música, a misterios
tan claros que los ojos no creían!

Pensé que había llegado a las alturas
donde tiempo y espacio se realizan
y que estaba bebiendo los espejos
donde la vida entera tiene suma.

Pensé que me perdía por los bosques,
que andaba por los mares y riberas,
que a mi paso, mansísimas, las bestias
con dulzura acudían, con caricias.

Sentí que me asomaba sin saberlo

a misterios hondísimos, guardados,
y en lugar de la sangre, me latía
la música en las venas ordenada.

Sentí que entre viejísimos deseos
andaban mis más tiernas esperanzas
y que por fin los ojos trasponían
el dulce juego del azul ceñido.

Temí que los sentidos se me fueran,
perderme sumergido en la delicia;
una angustia lentísima avanzaba:
morir estaba a un paso solamente.

A mí me ha sucedido muchas veces
ir caminando y encontrarme
de pronto una palabra que había dicho
hace tantos amores a estas horas,
hace tantos latidos y amarguras,
cuando la adolescencia. Ella tenía
aproximadamente dieciocho
años, y unos cabellos que las brisas
adoraban, diciéndole al oído:
Nunca los tuve iguales en mis dedos.

Vivir no se medía, se gozaba
asomado a un pretil de donde el mundo
era un suelo extendido de hermosura
que rodeaba el júbilo, y el gozo
se llamaba José como me llamo,
urgía con los latidos de aquí dentro
un millón de esperanzas por minuto.

A mí me ha sucedido muchas veces
encontrarme con sombras y decirles:
Sois las mismas, acaso conocéis
este viejo aposento, y verlas irse
como un poco de humo, como un poco
de hermosura. La vida es eso, sombra.

A mí me ha sucedido muchas veces
buscarme inútilmente, no encontrarme
aunque estaba citado en la esperanza
a una ternura fija, y ver pudrirse

las rosas que llevaba entre las manos.

Y hallar que la palabra no servía,
que era inútil el canto, derrotada
la palabra en los labios, miel sin nadie,
en busca de su labio. Duramente
el corazón aprende sus congojas
para saber un poco. No es alegre
llegar a esta certeza del vocablo
inútil casi siempre, casi nunca.

Claro que no son sólo estas orillas.
Las hay sin amargura, aunque se acaban
en apariencia, pero no se acaban
porque se miden con la sangre. Tienen
nombres que apenas tienen nombre. Dicen
al corazón dulzura, nos derraman
generosos al mundo, nos reviven.
A mí me ha sucedido muchas veces
ir caminando y olvidarme
de todo en la esperanza. Dios sin duda
nos coge de la mano. ¿No es su mano?

A merced de las horas, sin derecho
más que a un poco de aire, de hermosura,
nacemos, y es bastante. A veces sobra.
Todo en fin es amor. Me ha sucedido
encontrarme a menudo que no peso,
que esto que llaman por llamar no tiene
más que un nombre, querencia. Va a lo alto
inevitablemente. Va a lo alto
como el chopo y el bien. Sigue a lo alto.

IV
AL DULCE SON DE DIOS
[1936-1945]

Al dulce son de Dios, del alma oído.

F. DE ALDANA

¡QUÉ hermoso nacer para esto que nacemos!^[26]
Para entregarle cada día al sol nuestros cuerpos,
y los cabellos al mensaje que la lluvia les trae;
para escuchar alternativamente a la esperanza y los pájaros.

¡Qué hermoso nacer entre praderas,
o entre collados que nos dicen: “Recuéstate”;
ir con el indolente pie dudando
si usar de la oferta de sombra que la nube y el árbol,
a una con su belleza, nos brindan!
O entre los ríos que sólo tienen palabras de dulzura.

¡Qué hermoso nacer para entregarse a los hermosos cabellos
que, extendidos, son ríos que de pronto se callan,
dejando ardiendo los deseos renovados del aire,
y los hombros, remansos del cuerpo,
donde la pasión se reclina y refresca,
y las cinturas y las piernas como saetas!

¡Qué hermoso nacer y darse al gran amor de la tierra,
y ofrecerle materia y lugar de expresarse;
qué hermoso escucharlo cuando el sol se nos pierde,
y saber que sólo se trata de un viaje pasajero,
que continuamos y continuamos, que somos expresiones,
que el agua está entendiendo lo que digo
tan bien como tú a quien mi canción se dirige!

¡Qué hermoso pensar que el mar es dondequiera,
extensión dondequiera, de aguas convocadas,
que en azul o que en verde le contestan al cielo,
como tus ojos, que responden con color a los míos!
Y si digo “Tierra”, pienso lo que piensas,
lo que todos sentimos, compañía
y morada donde el amor tuvo nombre,
lugar que nunca rehusó asilo
a miembros humanos por cansados que fueran.

Y entre tantas cosas que de amor son motivo,
no hay sitio^[27] para nada que el amor no proclame;
que todo lo que se nombra tiene belleza en nombrarlo,
incluso esta canción que a ti va como un ave.
Hermoso, por la virtud que confiere a las cosas,
el nombre, con sólo recordarlas

el nombre, con solo rozarias,
las saca a la vida donde no hay resquicio
para nada sin nombre o belleza.

¡Qué hermoso nacer y sacarle a los pechos de nuestras
madres esa leche de tan blanca hermosura,
y amarla, y a las cosas, e irse diciendo:
“Ésta es la lengua del amor, y no hay otra;
y quien no hable de amor no ha nacido,
que sólo al amor se nos dio nacimiento”.
Decir amor y perderme es lo mismo,
mas no decirlo es peor que la muerte:
que en un instante abre el sentido a todas las hermosuras.

¡Qué hermoso nacer para morir,
y repentinamente ver la claridad que el agua y la llama llevan en sí mismas,
y ver la contenida hermandad de muerte y belleza,
la obra de Dios entre las obras!

¡Oh, qué gran rosa en las manos la muerte!
¡Oh sombra que aclara las sombras!
Esta gran rosa, la muerte, nos fue dada
porque entre tanta hermosura vamos a ciegas,
porque los ojos son chicos y el mar inmenso,
y el tiempo de ver reducido sin tino,
y las cosas con un revés que no alcanzamos.

Mas con esta rosa, Señor, ya no hay duda,
sino hermosura doquier, que es tu nombre.

LIBERTAD

"TODAS las cosas trabajan".

Pensé en los actos perversos,

los que dejan abandonados a los que tienen sed junto a las fuentes,

los maldicientes y los amargos;

aquellos cuyos pechos son sepulcro, cuyas lenguas

son venenosas, cuya amargura

no tiene rubor, y cuyas plantas

corren donde hay ocasión de sangre,

y huyen de donde asienta la paz sus plantas;

¡os que creyeron falso el grito de la madre y las lágrimas del hijo;

los que dieron para recibir;

los que se preguntaron en el secreto de su corazón si algo valía la pena.

Temblando digo que oí:

"Todas las cosas trabajan".

Y la máquina se me apareció inmensa y perfecta:

Había un universo con astros y cometas,

había un rincón en el bosque en el que cada insecto atendía a su tarea,

y un rincón en el mar en el que iban y venían, ocupados, los peces.

Y un distante grupo de hombres en la tierra que no tenían la mirada
limpia.

Y como yo fuera a oír la causa de su aflicción,

fue la Voz:

"Todas las cosas trabajan para el bien".

Y un grito inmenso:

"Dejemos a la libertad que prosiga su tarea;

hasta al rencor que no tiene freno da Dios bordes;

no hay herida mortal en este mundo;

nada importa, porque tan claro como el agua corre el verso:

Todas las cosas trabajan para el bien, hermano".

QUAERE INTUS

Y la Voz, y la Voz más fuerte es la que nos dice:

“En ti mismo”.

Y tornar sobre mí mismo es encontrarme
con esto que quieren conocer los que me aman
y desconocer los que me aborrecen y que sólo tú conoces.

Pero, Señor, es grito lo que quiero darte,
y con llanto como mejor te oigo,
con llanto tienen las palabras claridad de diamantes,
con llanto tu luz es transparente:

Señor, es contigo con quien yo quiero estar.

Mas, ¿dónde te hallas, Señor?

¿Qué no respira con placer en la Naturaleza,
cuando andamos por el campo en una dulce tarde de otoño,
en que tan lueñemente se desarrollan las encinas

frente a las sierras hondas,

en que sentimos que la paz y el temblor que están fuera,

borrada la pared que los separa, los tenemos dentro;

en que salimos de la angustia del latido,

de la batalla sin cesar del corazón,

para hallarnos en un reino sin miedos?

Desaparece el peso y triunfa el ala.

Nos suspende un pensamiento de alegría.

Nos dice: “¡Qué hermoso cielo tienes dentro! ¡Qué luz!”

Diciéndonos: “No hay diferencia entre ese bello exterior

y esta masa de arterias que apenas conocemos,

y visceras cuya misma idea nos espanta,

que todo es lo mismo, porque las paredes no existen,

y la única fórmula es el aire, la dicha”.

SOLEDAD

Soledad de las horas,
soledad fabricada con compañías deshechas
de seres que quisimos, cuya presencia es viva,
y sin embargo nos acompañan.
La soledad es clamor que se endereza a todo,
es gana de hacer hombros de los simples collados,
palabras de la brisa,
y lenguaje del cielo el caer de la lluvia,
y luces de esperanza las de cada lucero.
Soledad entre las cosas
que no entiendan la lengua que nosotros hablamos:
que digamos “la roca” y la roca no oiga,
y que la luz y el agua no siempre se comprendan,
ni el agua la mirada que perdí y ya no encuentro.
De que le falte seno al árbol y esté errante
tu espíritu por todo, sin encontrar refugio
donde yo te supiera y corriera a buscarte
cuando sintiera débiles mis hombros para el peso
de las tardes, o graves mis miembros cuando el alba
golpea con sus nudillos las puertas de la tierra.
Soledad de las noches, soledad de los lechos.
Desiertos son los lechos sin orillas que besen
los labios de las olas, desiertos son los lechos.
La soledad no tiene trato con la esperanza,
ni la fe ha caminado nunca cerca de ella.
Solo el hombre en la tierra;
la tierra sola sigue.
Sola la voz del hombre y el rodar de la tierra.
Igual que una promesa, la mujer fue anunciada,
y huyó la soledad arrastrando a los hombres.

AL DULCE SON DE DIOS

Tanta lucha, Señor, es porque un día
nos sueltes a tu paz y eternidades,
y hallen sus aguas los resecos labios,
y hallen sus lechos los rendidos miembros,
y sus visiones los cegados ojos;
porque en tu luz las aguas se desnuden,
y puedan ofrecerte sus espejos,
Señor, y en ellas tu infinito veas;
porque, Señor, de libertad las vistas,
porque las sueltes libres al espacio,
a vivir de mirarte y remirarte,
de perderse en ti mismo contemplándote,
de asomarse, Señor, a esos oteros
donde pierden los límites el nombre;
porque les des tu vuelo y su figura,
ese descanso de la luz sin mengua,
el dichoso sosiego de tus llamas,
la paz de hacer tu voluntad que es todo.

Ser puramente; que distancia, huida,
la premura del tiempo que nos urge,
los duros aletazos de los sueños,
despertarse y partir pierdan sentido,
y los tiempos y espacios yazgan juntos
en la misma almohada del olvido^[28].

Y beberte, Señor, que nos absorbas;
quietudes de tu gozo sean lo nuestro,
y existir, navegar los océanos
sin playa, de tu paz, Señor, ni fondo;
irle dando lo suyo a la belleza,
libre ya de los trajes con que siguen
estas mortales sendas sus desvelos:
no dependa de la palabra, aurora,
voces u hojas que a la tarde cantan,
aguas, cabellos que la luz escoge,
miembros, collados que los ojos quieren,
delicias de las horas en ventura
sometidas al ala irrefutable
del tiempo, que en volar gasta su vida.

¡Oh libertad de Dios! ¡Oh vasta vida!
¡Oh voluntad de paz que de ella mana!

EL CRISTO DE VELÁZQUEZ

Inmóvil y perfecto, estás clavado.
Nuestra mortal angustia se estremece
cuando ni sombra de dolor parece
donde todo el dolor se ha consumado.

Grita, Señor. Retuércete. ¿El costado
no atravesó una lanza? ¿No te mece
el dolor en su cuna? ¿Qué flor crece
en tu frente, que así te ha coronado?

¿No es tu sangre de hombre la que vierte
el cuerpo, ni sudor el que derramas,
ni peso humano el que te tiene inerte?

¿Por qué, entonces, Señor, hombre, no clamas?
¿O es que te tiene en pie frente a la muerte
la fuerza de lo mucho que nos amas?

CORPUS CHRISTI

¡La alondra al vuelo y la campana al vuelo!
Traiga la abeja cera en sus panales,
traiga el arroyo sol en sus cristales,
traiga el aire su flor, su luz el suelo.

Traiga la vid su gozo, y su revuelo
en las campiñas traigan los trigales,
que ya son nuestros panes celestiales
y nuestros vinos son sangre del cielo.

Que la azucena y la gayomba cante^[29],
y el pífano, el tambor y la campana,
cuanto en flor o sonido se pronuncia,

porque viene, dulcísimo y vibrante,
el Señor de la era y la mañana
por un camino de romero y juncia.

A SANTA MARÍA DE LA VICTORIA, PATRONA DE MÁLAGA

Madre de la Victoria, monte, faro,
y luego sol sin noche, y luego día,
y luego siempre fuente y alegría,
y luego libertad, y luego raro

lirio de flor y fruto, y siempre claro
olivar y romero y compañía,
y siempre amiga voz y siempre guía,
y siempre justa paz y siempre amparo.

Apenas, Madre, sé cómo cantarte,
que en tu alabanza toda se desnuda
la tierra de rumor, aroma y verso,

y es inseguro y pobre todo arte,
y es vacilante, toda lengua muda,
y en tu comparación nada es diverso.

ORACIÓN

Señor, con nada que darte
y tanto como pedirte
y sólo ojos para mirarte
y apenas voz para decirte.

Señor, ¡qué caña al viento,
y sin canción! ¡Qué desolado
pájaro, sin más que lamento
entre el ardor de lo creado!

Decirte que aquí me tienes
es decir que hay una guija
en las orillas que pisar, si vienes.

Decirte que te espero es cantar
bajo tus cielos lo que todo canta:
“Esperar y esperar y esperar”.
Y ya está seca la garganta.

Por tus cinco llagas, Señor,
y por tus clavos, chorros de vida,
no nos dejes de tu amor,
y recuérdanos como a una herida.

PASO DE DIOS^[30]

Señor, ¡cómo has venido azul sobre la tierra,
tras tantos días oculto tras tu lluvia y tu viento!
Difícil como un monte, Señor, te vela a veces
tu propio poderío. Y vamos ciegos, lentos,
lo mismo que un camino borrado por las yuntas.
Mas hoy tu sol, tu azul, el aire de tu paso,
un temblor que decía, Señor, que te acercabas,
hacía todo vibrante, el tronco y el renuevo,
orlaba las veredas con la flor, la esperanza,
y un calor que venía de lo hondo de tus hornos
calentaba la tierra. ¡Qué vaso rebosante
la tarde, derramándote, Señor, en su dulzura
sobre tus mismas cosas! Mi corazón estaba,
como siempre, al acecho, y temblaba en la espera,
siempre espía de tus pasos.

Esto es largo y oscuro.
La palabra no sirve. La palabra se quiebra.
A veces te balbuce la lengua, y queda todo
en silencio y tiniebla. A veces, la mirada
de un niño te recoge: una luz repentina
que remata los árboles; la hierba que suspende
una gota que tiembla: haces de nuestra carne
espejo de un instante, y luego todo sigue.
Se siente tu ruido, tu terror, tu belleza.

EL CALVARIO^[31]

¡Qué tristes están los cielos!,
¡qué duros son los collados!
No llevan agua los ríos,
no llevan las voces cantos,
no llevan los mares olas,
no llevan los cielos astros.
¿Qué voz gime, qué voz llora?
¿A quién llevan caminando?
Jerusalén, llora, llora,
Jerusalén, tu pecado.

El lirio en forma de lirio,
la rosa en forma de llanto,
y son las calles las penas
y cada dolor un paso
y cada paso una muerte
y cada muerte un pecado.
¡Ay, el lirio de Judea
con la cruz sobre los brazos!
Las fuerzas, que tiene pocas,
no pueden con lo cargado.
Pesa la cruz, pesa el mundo
sobre unos hombros tan flacos.

¿Quién es aquel caballero
a quien le mandan recado?
Le dicen el Cirineo,
le dicen que le eche mano;
les dice que va de prisa,
que le esperan hoy temprano.
Le dicen que no lo esperen,
y que le ayude a llevarlo
el madero aquel al monte
que llaman Monte Calvario.
¿Cómo un lirio, cómo un lirio
puede llevar peso tanto,
pena a pena, mundo a mundo,
muerte a muerte, paso a paso,
sobre pétalos y hombros,
un madero tan pesado?

¿Quién^[32] son aquellas mujeres
que vienen a consolarlo,
y quién consuela a las rosas
cuando las han deshojado,
y quién consuela a las piedras
cuando se quiebran en llanto?
Hijas de Jerusalén
—ha salido el lirio hablando—,
no lloréis por mí, llorad
por lo que tenéis cercano.
Tiempos vendrán en que digan:
“Vientres bienaventurados
los que nunca concibieron,
pechos que no amamantaron”.
Cuando dirán a los cielos
y dirán a los collados:
“Sobre nosotros caed,
sobre nosotros volcaos,
si han cortado el leño verde,
¿qué harán con el leño árido?”

Siguen, suben, suben, llegan.
¡Oh montecillo nombrado
sobre cuya cumbre rala
tres árboles han plantado!,
donde no creció la aulaga,
lenguazas ni jaramagos,
monte de nunca sin fuente,
cielo de siempre sin pájaros;
¡oh, qué bosques y qué fuentes!:
Hombres, venid a quedaros;
venid, hombres, a beber
de estos arroyuelos claros.

Ya lo cogen, ya le arrancan
sus vestidos a pedazos;
ya lo cogen, ya lo tienden
en el lecho preparado.
¡Cómo gimen los martillos!
¡Cómo se adentran los clavos!
Ya levantan el madero,
ya gime del peso el palo,
ya se desgarran el pellejo,

las rodillas se doblaron.
Montañas, mares, abismos:
temblad, moveos, alzaos;
gima la ola y la madera,
gima el ciervo en esos campos,
la rueda se pare, quede
fijo en el surco el arado.
Entre dos facinerosos
ya me lo han crucificado,
y sale una voz y clama;
va diciendo: “¡Perdonadlos!”

Ya los vestidos se juegan
sobre la tierra a los dados;
al que le toca, los vende
por menos de cuatro cuartos.
Ya le reprenden y dicen:
“¡Que se salve el que ha salvado!
¿Milagros, y no por casa?
¡Por casa quiero milagros!”
“¡Oh buen Rey de los Judíos!,
si puedes salvarte, hazlo,
que luego es tarde —le dice
aquel del siniestro lado—;
sálvate a ti si eres Cristo,
y ya a nosotros de paso”.
Y el otro le respondía:
“A éste sin culpa han colgado,
y nosotros, mal que hicimos,
con mal aquí lo pagamos.
Señor que tienes un reino,
acuérdate de mí, entrando”.
Y una voz de lejos viene,
una voz viene, un halago
del aire diciendo: "Hoy
lo gozarás a mi lado".

V
SONETOS DE AMOR POR UN AUTOR INDIFERENTE^[33]
[1942]

En uno de mis muchos y melancólicos vagabundajes por las ruinas de nuestra casa vine a encontrar, medio oculto entre escombros, un manojo de papeles quemados y señalados por la lluvia, que hube de recoger llevado de no sé qué secreto instinto^[34]. Tan pronto como me puse a descifrarlos, me di cuenta de que se trataba de los Sonetos de amor por un autor indiferente, cuya noticia me era conocida sin que, en vida de la casa, hubiera conseguido verlos. En diversas cartas y documentos familiares se aludía a ellos, con exclusión discretísima del autor, y siento que la destrucción completa del archivo me impida traer a colación eruditamente las citas. Con los versos ante los ojos, y a mano dichos documentos, hubiera sido más fácil identificar tanto el autor como la musa.

Desde luego, he desechado por inaprovechables las tesis obvias: las que lo atribuían a los poetas familiares conocidos. Hay que desechar la atribución más inmediata, la de D. T.^[35], poeta romántico de los de perilla y serrallo, versificador afortunado de distintas leyendas antequeranas, autor de un poema filosófico en cuartetos, Ignoto, y de una inacabada Historia de Antequera, porque las diferencias de estilo son tan acusadas que no vale la pena recalcarlas. Tampoco cabe la de D. J.^[36], hermano del anterior y, como él, cantor legendario y su compañero en las lides del tiempo, porque sus obras nos son conocidas merced a los repetidos y fehacientes testimonios que él mismo se encargó de transmitirnos. ¿Entonces? Yo siempre sospeché que tío Ramiro, alguna de cuyas dichas y desdichas tuve ocasión de referir en otro lugar, hubiera dejado tras sí algo más que epístolas y primores genealógicos, y siempre mantuve viva la esperanza de encontrarme de manos a boca, en el rincón menos esperado, con el fruto de su corazón. Creo que estos sonetos no son, ni más ni menos, que eso. Razones de estilo, aparte de estas meramente corazonales, me inclinan a sostener la tesis. En medio de su siglo XIX, mantuvo tío Ramiro una dignidad clásica en su manera, que conviene con la parte formal de sus sonetos. Si atendemos únicamente a ésta, habría que suponerlo alejado de la época en que los escribió, como bebiendo en fuentes que llevaban más de dos siglos de correr, aunque el fuego por debajo, la domeñada pasión, se manifiesten de un modo sordo y constante.

Y sobre todo, más importante que el estilo mismo, la musa se identifica a través de estos sonetos con una claridad que excluye las confesiones. A nadie más que a Beatriz de Vibraye^[37] se pudo cantar de esta manera, y nadie mejor que tío Ramiro pudo hacerlo. No haremos hincapié en detalles insignificantes, como el que se refiere al color de los cabellos (la condesa de Suzenet los tenía castaños, “tus hermosas crenchas castañas que adoro”, dice tío Ramiro en una carta, y la musa aquí parece tenerlos rubios), porque los poetas han precedido a las mujeres en el arte de falsificarlos; ni en aguas o flores de aquí y allá aparecen, y que sabemos que ella gustaba. Se muestra aquí mejor pintada que ella misma lo hiciera en el pastel con que cerraba el álbum, que regalara a tío Ramiro lleno de las hazañas de sus ascendientes, los Barnuevos, la mirada perdida y dulce, la frente alta y grande, los labios finos, el

pelo caudalosamente partido en mitad de la cabeza, y aquellos trajes blancos que a tío Ramiro enamoraban.

En cuanto a la fecha de composición, los hay evidentemente compuestos a su lado, con toda probabilidad en el castillo de Sauvigny-le-Bois, en 1856, y otros en su ausencia pocos años después.

Me veo obligado a respetar el título bien contra mi voluntad, por ser aquel con que “su autor quiere que se designe”, según un documento contemporáneo. Inexactitud manifiesta, porque los sonetos muestran que el autor no era, por fortuna, un indiferente en materia tan capital, ni a nosotros nos es indiferente quién el autor fuera. Sospecho que compuso muchos más. A las llamas piadosas hay que agradecerles éstos, que el poeta nunca pensó ni quiso ver publicados. Yo tomo como mandamiento esta aparición suya entre ruinas, la recojo como una prueba más de la victoria del amor sobre la destrucción y la muerte, y los publico para su gloria que por siempre viva^[38].

José Antonio Muñoz Rojas

Ipsas aquas uri consuevit

A ti, la siempre flor, la siempre viva
raíz, la siempre voz de mi desvelo;
a ti, la siempre luz, el siempre cielo
abierto a dura piedra y verde oliva.

A ti, la siempre sangre fugitiva
de cuanto en ti no halló razón y celo;
a ti mi siempre verso, el siempre vuelo
del torpe corazón y ala cautiva.

A ti mis pensamientos, aguardando
antes de amanecer a que amanezca
para montar su guardia a tu memoria;

a ti mis dulces sueños, entornando
puertas al alba, porque no amanezca
y se pierda en la luz tu tierna historia.

Contigo aquí, contigo y la alegría
de tenerte, y la luz que se derrama
contigo por el mundo, y con la llama
que de mi corazón hace un espía

de cuanto a forma bella se confía;
y cuanto tiembla en agua, fuego o rama
contigo aquí lo tengo, y cuanto ama
o roza con amor, en noche o día.

Contigo aquí, ¡qué dulces y presentes
están las cosas todas en que deja
su dedo de silencio la hermosura!

Abre la libertad sus largas fuentes,
y en ellas quietamente se refleja
el temblor de la dicha y su figura.

Si te llamo azucena, si te llamo,
¿a qué jardín del mundo no le obligo?
Si te digo romero, si te digo,
¿a qué monte del mundo no reclamo

que tenga tu color y olor? Te amo
por el romero en ti, porque te sigo
como a jardín del alma que te digo,
como monte del alma que te llamo.

Y con tanto nombrarte y renombrarte
sin variar de nombre, a cada cosa
bella la voy llamando con mi acento

y la dejo morir al silenciarte,
y si digo azucena y digo rosa,
las nombro a ellas, pero a ti te siento.

Si siquiera el celindo, si siquiera
la madre selva aquella que se vía
en ti tan natural, que parecía
como una flor de más que en ti creciera.

O aquella jarablanca prisionera
del viento, que a llevársela venía,
o aquella jarastepa que lucía
su color, por decirte compañera.

O la sierra asperísima y hermosa
asomándose al valle, donde al río
la ciudad lentamente rodeaba

con una libertad tan amorosa
que con ella perdía su albedrío
y a sus aguas entera se entregaba.

Asómate al recinto, que te tengo
en él cuatro arbolillos bien plantados,
y arriates que riegan mis cuidados,
y flor en que mis brazos entretengo.

De él a ti, de ti a él, me voy y vengo,
y de ir y venir ya señalados
los senderos están, y los sembrados
al paso que ni alargo ni contengo.

Ya está mi corazón a la costumbre
de ir y venir a ti tan guarnecido
que sin esa costumbre no existiera.

¡Oh dichoso recinto y certidumbre
de encontrarte, y hallarte en el latido
del corazón, con ansia y sin espera!

Más que dicha, que paz, te llamaría
pura concentración de mi albedrío,
mar al que va, por ser tuyo y ser mío,
todo cuanto de mí ve luz del día

u oscuridad de noche, cuanto cría,
de temblor o ternura, playa o río,
libertad que te doy, y dulce brío
de la esperanza viva, que confía

en encontrarte sólo su existencia
para ser alto fuego, ser deseo,
y luego siempre ser, por siempre y puro.

¡Oh razón de mi vida y mi creencia!
Voz por quien canto y ojos por quien veo
en medio de lo hondo y de lo oscuro.

Esta adivinación de tu figura^[39],
esta impresión del alma que entenece
el cristal^[40], esta sombra que parece
un recuerdo que sale en la espesura

donde están los recuerdos y apresura
al verlo el corazón, y que estremece
el mundo en una luz que crece y crece,
hasta donde el temblor no tiene altura,

comparación no admite con aquella
imagen que yo llevo dibujada
dentro del corazón en que te siento,

que donde va mi sangre va su huella,
y donde van mis ojos su mirada,
y donde va mi voz, pone su acento.

¡Qué salto el corazón! ¡Oh pecho, oh muro
que así lo tiene preso y no lo deja
salirse al mundo, donde tanta vieja
voz de amigo lo llama! Duro, duro,

golpea y más golpea y más seguro
el hierro es carcelero y él no ceja^[41],
y las flores, lo mismo que la abeja
en la colmena, oliendo está en lo oscuro.

¡Qué secreto adivina la hermosura
derramada en el mundo, y le responde
con latido a latido poderoso!

Sin ojos está viendo y sin figura,
figura es de la dicha, que le esconde
su destino de ciego y generoso.

Yo te daría, amor, yo te daría
la viña y el almendro y el olivo,
la tapia que le sirve de recibo
a tanta madre selva y lozanía.

Y luego con mis brazos le daría
descanso a tanto pensamiento esquivo,
y luego con mis ojos, a lo vivo
de tu alma, hiriendo en gozo, llegaría.

Porque en la tarde tengo tan contenta
una brisa que sabe lo que quiere
y le habla al hueso con ternura tanta,

que el puro hueso en dicha se acrecienta,
y no sabe si vive ya, si muere
la voz o la delicia en la garganta.

En esta clara tarde, en cuyo quicio
reclinado y cantando está el sosiego,
ha venido a tocarme con su fuego
y de entonces me tiene a su servicio.

¡Ay corazón, sin más ansia ni oficio
que latir en lo oscuro para luego
reposar en lo oscuro, y en lo ciego
encontrar la razón de tu ejercicio!

Igual que el mar contra la costa quiebra
una vez y otra vez, tú contra el muro
del pecho tu pujanza vas quebrando;

y lo mismo la costa lo celebra
con una blanca espuma, que en lo oscuro
está siempre secreta resonando.

Oh tú, la siempre tú, la siempre espía
de mis cuidados y la siempre rosa,
la siempre recogida y rumorosa
soledad, siempre libre compañía!

La siempre sed y siempre fuente fría
al labio presta, y siempre venturosa
al corazón, y por decirte hermosa
te llamo libertad y digo mía.

La que siempre me encuentro en el instante
de la ventura; la que siempre espera,
sentada en el umbral de mi deseo

con su siempre ternura vigilante;
la siempre paz que llamo en mi ribera,
la siempre luz por la que vivo y creo.

VI
ABRIL DEL ALMA^[42]
[1942-1943]

And you and love are still my argument

SHAKESPEARE

POEMA

I

Con tu amor has llamado a mis puertas cerradas:
en la noche han venido tus nudillos tenaces
a pedir en mi fuego un lugar a tus manos.
Con tu voz encendida en los labios temblando
has venido a ofrecerme tu riqueza sin arcas,
un espejo en que ver la hermosura del mundo,
un mar en que perderme y un cielo en que vigilen
las estrellas tranquilas de tu dulce desvelo.

¡Oh estío con sus fuentes!, ¿cómo negarte asilo
cuando me traes repletas las noches de esperanza
y las jornadas ricas de hermosura y descanso,
bajo la siempre sombra de tu mirada ardiente?
¡Oh estío sin descanso con riberas a mares
que sólo por contar tu hermosura persisten
en llegarse a mojar las playas de la tierra!
¡Oh estío con albercas de paz donde extenderse
y entregar a su sueño de libertad los miembros,
con campos de sosiego donde horas y espigas
tienen el mismo son de música abundante,
y donde los recuerdos nos lamen los costados
y van adelantadas las sueltas esperanzas
lo mismo que lebreles tras la presa segura!

¡Oh octubre que a mi paso me ofreces tus laderas
donde bullen los pámpanos, y la dulzura advierte
que el nombre de tus manos es reposo y silencio!
¡Oh dulcísimo otoño, que con lengua de luces
que tan quietas se extienden^[43], nos dices que la tierra
nos aguarda y recibe lo mismo que a semilla
para luego tornarnos en gloria nueva alzados!
¡Oh otoño que disfrazas la muerte de belleza
(en tus brazos la muerte ¡qué puente de ventura!)
y tornas deslumbrante la hoja que no aguarda
más que un signo de viento para hacer el viaje!
¡Oh laderas de octubre tus dorados cabellos!
Como el otoño doras la ausencia de alegría,
¡qué redonda alegría no tenerte y sentirte,
reconocerte en cosas lejanas que no has visto,
verte saltar en otras hermanas en belleza,

amantísimas cosas que de lejos te siguen!

¡Oh primavera joven, con ternuras, con brisas todavía por febrero^[44], que llegan a la sangre convocando delicias secretas que el invierno había lento sellado con su pie y aspereza, sacando frescos gozos de lo hondo de la entraña, estableciendo puentes entre júbilos varios, atando nuestra voz a la voz de las aves y nuestra sangre ansiosa de la sangre que sube y nuestros pies amantes de la tierra que pisan, lo mismo que el cabello del rapaz vientecillo o las hojas primeras de la luz del crepúsculo!

¡Oh invierno de violetas y de tardes desnudas que deja a la belleza dos ramas afiladas con que pueda expresarse y dar su norma al mundo, de cantos de retorno entre luces dudosas cuando la luz se sale riente a recibirnos, y de llamas alegres en las noches oscuras, que con su lengua abren un camino al misterio!
¡Oh invierno a mediodía, la paz de tu presencia!
¡Oh estación de mi vida y lugar de mis gozos, ternuras como ríos y amores como mares, deseos como llamas y llanos de sosiego, sendas a la ventura dondequiera trazadas, valles donde los céspedes a las espaldas urgen, donde arroyos limpiísimos a los miembros invitan, y sin usura sombra los árboles nos prestan!
A tu puerto seguro, a tu soto de bienes encamino mis firmes pensamientos amantes: te rodean como mieses con susurro de mayos, de alborozo que el viento le arranca a las espigas.

Porque te tengo, tengo la riqueza del mundo, un espejo sin mancha en que ver la belleza, una nave en que embarque mis ansias, y mis ojos satisfagan su hambre de infinito en hartura, un compás que me apunte los derroteros fijos donde la eternidad con su mugido clama.

Frontera de lo eterno, tu medida acompasa espacios y universos, lo mismo que un deseo

recorre en un galope la curva de la tierra.
Invisible y tenaz, por tu propio milagro
anudas los distintos confines, y estremeces
los montes alejados, si por ellos suspiras,
o encabritas los ríos soberbios, si sencillo
como un puente, les tiendes tus miradas serenas.
Expresión de la tierra y lengua de lo bello,
por eso lo creado como un perro te ronda
y se presta a las formas que resalten tu gracia.

Asomado a las aguas sin rizo de tus ojos,
¡cuántos peces de dicha he visto discurriendo
de tu alma a mi alma, sin que traspongan linde!
¡Cuántos vuelos de júbilo he visto dibujados
y qué duro cimiento al amor le he sentido!
Rocas y tempestades, suspiros y cadenas,
que revienten los mares y los vientos se cuajen
y arrastren a las sierras en vilo los arroyos,
este duro cimiento, como un cabello fino,
seguirá su mensaje de amor a lo creado,
proclamándose eterno, hermano de lo eterno.

II

¡Cómo resuena el mundo en tus horas de ausencia!
¡Cómo pierden sentido la flor y la pisada!
Se vacía el universo de estrellas y de nubes
y queda espacio solo y espacio tras espacio
a la avidez resuelta de la huella y el ojo.

¡Qué difícil sacarte a las cosas, a darles
su color y esperanza! ¡Qué barrera cuajada
entre el pecho y el mundo, la brisa y el anhelo!
¡Qué solos van andando entre las vivas cosas,
sin reposo ni prisa, los pensamientos míos!

Me vuelvo a tu esperanza y se ilumina el mundo;
me torno a tu recuerdo y me cercan los sueños
como el mar a las barcas, o a las rosas el aire:
viene la luz al árbol, y a las sienas la brisa.
Lo mismo que una madre sobre la frente dulce
deja caer la mano, y se levanta lenta
la bandada de nubes, así tu pensamiento,
como mano de madre, sobre esta frente mía,
levanta de su sueño de estupor a las cosas
y devuelve misión a la brisa y al río
y hace entenderse al mar con la amorosa playa.

III

Suelta la luz al mundo: los arroyos la esperan.
Está tu corazón a tu puerta sentado,
y a la puerta del mundo está nuestra aliada.
Ya gozo y esperanza tienen un nombre solo,
y un lenguaje los lentos sisonos que en su vuelo
van escribiendo paz sobre el campo tendido,
en víspera de júbilo, con una pluma lenta.
Se irán las avefrías, y las aves guiadoras
de las tórtolas dulces harán susurro el campo,
mientras la jarastepa con sus cinco palabras
pronuncia a la belleza su himno silencioso
y la flor de la encina se enciende suavemente
y la alondra, del hilo de su canto, remonta
y remonta y remonta el azul sin resquicio.

¡Ay, qué dulce la tierra a la reja y la planta!
¡Qué vados a la dicha por los ríos del mundo!
¡Qué sutilmente el aire enternece las sierras
y borra las paredes entre el pecho y la dicha
y encomienda a los ojos su misión de ternura
dibujando las formas de lo bello por todo,
sumergiendo las almas en las aguas eternas
donde belleza y ser se sienten hermanados!

¡Oh tu amor en mi alma, qué siembra de ventura!
Voy por los pegujales que a ti sola se deben
y que a mi andar revelan su júbilo en murmullos
cargados y oscilantes, listos a la delicia.
Voy con mi corazón asomado a las cosas
como si fuera andando por el mar sin saberlo,
y te encuentro en las cosas prolongada en dulzura,
las formas de tu gracia resonando en lo oscuro.
Me torno a los olores del romero o la rosa
y luego es simplemente tu llamada en mi hombro.
Me vuelvo a los murmullos de la ola o la espiga
y luego es simplemente tu voz que me persigue.
Soñar la libertad es vivir en tus muros;
ser aire es apretar los pies contra la tierra
amante, donde arraigo todos mis pensamientos:
cantar es simplemente soñar que voy contigo

recorriendo los gozos que siembras a mi paso.

IV

Vienes con el silencio. Tengo mi amor en vilo.
Ni un instante se vaya sin que te lleve entera.
Te busco en el silencio que se hace en mi alma,
cuando en ti estoy pensando y tu voz no lo rompe;
pero siento en mi mano tu mano, y en mi dicha
una luz sólo tuya. Dejadme en mi silencio
que la lleve a las cosas. Yo no quiero un minuto
que no vaya derecho, como raíz al agua,
en busca de su esencia. El mundo se me rompe,
y se me va la brisa cuando la siento irse,
y me quedo temblando, sin dulzura en las cosas.
Dame el silencio tuyo, la próxima ternura
que tan firme me yergue, aire de mi esperanza,
donde extienda la copa de este amor poderoso
y donde vengan aves a proclamar que existo.
¡Ay amor!, ni un instante que tú no me lo llenes,
ni una gota de olvido, o paso que no tenga
la inefable memoria de que por ti la selva
y la dicha y la rosa, el agua o la esperanza,
tienen razón sentida y nombre entre las cosas.

V

Estoy al cabo ya de la esperanza mía.
Un día la esperanza fue tan larga y tan lenta
que todo fue esperanza aquel abril del alma.
Soltaba pensamientos, y yo no sé qué viento
venía y los llevaba, como si fueran humo,
a su cielo constante. Soltaba una palabra,
y yo no sé qué cauce se la llevaba a ella.
Un camino seguían mi espíritu y mis ojos.
¡En qué bosques las casas y en qué ríos las calles
y en qué orillas de gozo trocósenos el mundo!
Mi corazón temblaba, y a veces la delicia
lo echaba a sus umbrales de miedo de perderlo.
Me encontraba a mi alma temblando entre las cosas
y ya lo inexpresable me asomaba a los ojos
con dulzura de lágrimas, y existir era un puro
ascender a regiones donde no había frontera
que partiese en dos mundos realidad y esperanza.

VI

Cada vez que te alejas, más firme te recojo.
¡Cómo vedan los sueños libertad que no sea
la del ensueño mismo! Tú piensas que te pierdes,
mas sólo son tus miembros; tus sueños van quedando
morosamente asidos, como humo sin viento,
al cielo donde encuentran su existencia ordenada.
Yo los siento venir y anidar aquí dentro.
¡Qué enjambre el corazón, y qué rumor de sueños
pertinaz a su puerta! ¡Qué claro enjambre mío
que da rumor al mundo y a los labios las justas
palabras y dulzuras para sentir las horas
pasar tan blandamente e irse de puntillas!
¡Oh altísima morada, la de este amor en donde
has concentrado vegas de sentimiento, y ríos
que hacen de la ternura sus orillas perennes!

VII

Vente a la luz y dame la esperanza perdida.
¿Adónde has caminado, que traes los cabellos
con nieve de otras ansias? ¡Ay, esperanza mía!
Contigo, en los primores de aquella primavera,
dejé mis sueños irse cantando por el mundo.
¡Qué grácil resonaba tu voz en las umbrías,
y en las noches qué fresco venía tu recuerdo
a rondar mi almohada y soltar su hilo claro,
lo mismo que un arroyo de delicia resuelta!
¡Cómo agrandaba el mundo pensar que te tenía!
Venida de la luz, soltabas las bandadas
de gacelas, de dichas por los sotos sin nadie.
Certera me guiabas por los duros secretos
donde ni el ojo ve, ni la lengua pregunta,
y sólo, salvadora, la planta del que ama
halla sendero fijo y luz a la ventura.

VIII

A tu amor he traído esta sien espinosa;
en tu brazo he soltado con mi frente las ansias
que me quiebran el pecho, y van desembocando
en tus ojos los turbios ríos de mis pensamientos.
¡Qué ligero tu brazo y qué claros tus ojos!
Los pensamientos van cambiándose en ventura,
y la esperanza en flor que tengo entre las manos,
y en olores presentes los recuerdos, y en lenta
vereda de delicia mis pasos por el mundo.

IX

Qué morosa delicia hacerte en las ausencias!
Irte parte por parte pidiéndote a las cosas,
y que las cosas vengan a ofrecerte en su gozo.
¡Que vengan los olores de las rosas del mundo,
que vengan las alondras y las jaras sencillas,
que se apresure el río y el aire, figurando
que son cabellos tuyos y ligereza tuya;
que vengan los habares, que de tal modo fingen
que has andado por ellos, cuando su olor exhalan;
romeros y gayombas que a la dulzura abren
una puerta por donde se nos entran los sueños!

¡Que se apresure el mundo a traerte a mis ansias,
que traiga su mejor tributo a recrearte;
yo necesito darle a lo mejor del mundo
mi corazón, y entonces soñará que te tiene!
¡Ay, qué acoso de olivos ofreciendo sus ramas,
qué acoso de alcaceles ofreciendo sus tallos,
qué sencilla le llega al corazón la rosa
que las cosas le ofrecen porque moras en ellas!
Extrañadas a veces me han hallado las tardes;
la forma de hermosura que junto a mí veían
eras tú simplemente, descendida a mis sueños.
¡Qué trasplante de mundos con entornar los ojos
y verte recogida simplemente en mi alma,
sentirme aguas eternas por donde tú transitas,
empujada por vientos que van a la belleza!

X

Asómate a mis ansias y sécalas de espinas.
A veces ansia sola, la existencia se pierde
entre rocas de ansia, en donde el pie no acierta
a hallar rastros de gozo, ni la cabeza sitio
adonde vengan alas de sueños a aliviarla,
y entonces, blandamente, lo mismo que una mano,
tu mirada resuelve, sencilla como un niño,
en flores de sosiego los retoños pendientes,
y alegra el pie el camino, y la mirada el cielo,
y llama la alegría y responde la vida,
igual que una gacela, al rumor en el bosque.

XI

¡Qué vendaval de sueños te arroja a mis playas!
Yo voy a tus despojos de puntillas, con miedo
de ahuyentar la hermosura que a ti viene a acogerse
cuando al sueño abandonas tus miembros sin cuidado.
¡Qué terca competencia de mi anhelo y las olas,
solícitos rondando tu abandono a la gracia!
¡Qué pequeña en la playa concentras la hermosura
vastísima del mar y la arena remota!
¡Qué pequeña en mi alma te miro, y cómo suena
por ti, toda insondable, clamándote a lo eterno!
¡Cómo absorbes, pequeña, los ríos sin orillas
de mis sueños que en ti seguros desembocan!
¡Oh misterio de espacios concentrados y audaces
donde el tiempo se acoge y desecha las alas,
donde mares y montes amantes se reclinan,
donde la rosa puede desnudarse en su gracia!

XII

Como el viento en los trigos por abril, tu recuerdo
va removiendo olas de dulzura en mi frente.
¡Qué tierno se hace el mundo, y qué razón recobra!
¡Qué resonancia clara sale de las cavernas
donde tienen su fuente los sueños más remotos,
y qué dulce se extiende por miembros y campiñas!

Dejadme a mi ternura, que, rey de mi ternura,
no hay frontera en el mundo ni mar que no traspase.
¿Eres tú abril, o abril es este espejo hondísimo
que se forma en mi alma cuando me asomo a ella?
¿Quién más abril que tú, que eres la primavera
del alma con la sola razón de haber vivido,
que sales como abril del campo sin trabajo,
lo mismo que la alondra de los trigos recientes,
con raíces tan fuertes como troncos de encinas
y con flores tan frágiles como flores de encinas;
que poco a poco vas quitando a la esperanza
sus últimos rincones y se los das al gozo,
que en trance tal de júbilo colocas al espíritu
que pierde la razón del tiempo en su existencia?^[45]

SONETOS^[46]

*... which can say more
than this rich praise that you alone are you?*

SHAKESPEARE

I

Siempre y a un tiempo cierta e ilusoria.
Así la voz, así la paz de llena;
la piel como este trigo de morena,
y de estos mismos chopos la memoria

en estos mismos ojos, y la gloria
del viento en los cabellos, y en la vena
este rumor de sangre y de colmena,
y de miel y de flores esta historia.

Siempre te estoy mirando y esperando,
que por algo los mares tienen olas
y la luz amanece cada día;

siempre te estoy buscando y encontrando
y por eso estoy solo y nunca a solas
y llamo soledad mi compañía.

II

Ya no sé desear más que la vida,
porque entre las victorias de la muerte
nunca tendrá la grande de tenerte
como una de las tuyas merecida.

Y porque, más que a venda y más que a herida,
está mi carne viva con quererte
e, igual mi corazón que un peso inerte,
halla su gravedad en tu medida.

¡Qué temblor no tenerlo en ningún lado,
ni en el pecho, la vena o la palabra,
y a lo mejor en valle, fuente o roca!

¡Corazón prisionero y emigrado
que con cada latido el hierro labra
y que convierte en sueño cuanto toca!

III

Ya me partí de ti, ya me he quedado
sin frente, claridad, mano ni sueño,
ya nada dice cuanto de risueño
hay en encina, lirio, arroyo y prado.

Tenía el corazón acostumbrado
a aquella libertad de un solo dueño,
y hoy lo tengo perdido en el empeño
de ser a un tiempo libre y olvidado.

¡Ay, enero, tan claro en los caminos,
donde con flores los almendros salen
y con paz se despiertan las mañanas!

¡Ay, riguroso enero en mis destinos,
donde flores de almendro no me valen,
ni la extendida paz de estas besanas!

IV

Sólo quiero los ojos para verte
y si los cierro es sólo por mirarte;
sólo vive mi alma de formarte,
mi corazón palpita con quererte.

La voluntad la tengo ya de suerte
que no la llevo nunca de mi parte;
si tengo libertad es por buscarte,
y si temo perderla es por perderte.

O también si te busco es porque, avara,
guardas mi libertad siempre contigo.
¡Ay, déjame ir a ti como una ola,

o igual que cae en el campo el agua clara,
o como sigue en mayo al aire el trigo!
¡Oh tú, mi sola tú, mi sola sola!

V

No tiene todo el mar la sal precisa
ni belleza en la tierra el instrumento
ni música celeste el movimiento
ni tales lirios por enero, herriza;

ni hubo temblor en pájaro o en brisa
ni en río, ni en caballo, ni en acento,
ni en verano o espalda se halló el viento
con una más sabrosa y menos prisa

como encerrada tienes, sin saberla,
de la ceja al cabello una ternura
que levanta al arroyo y al collado.

¡Ay, déjame morir de no tenerla,
orillas de la dicha y hermosura,
perdido en tu memoria y olvidado!

VI

Tan jara, tan mi dueña y preferida
del viento, por cabello y aventura,
tan monte, tan romero, tan locura
de cuanta flor a valle abril convida.

Tan herriza en enero florecida,
tan canto y gozo ciertos y hermosura,
tan sosiego y tan río, tan ventura,
tan libertad, tan soledad, tan vida.

Tan... ¿qué decirte que decirte pueda,
si cojo cualquier flor y me responde
el mismo color tuyo que yo amaba

y, al tocarla, en la mano se me queda
el mismo olor aquel, y se me esconde
aquella claridad que me lo daba?

VII

Aquí tienes, amor, tu antiguo huerto,
con su doblada hilera de granados
que abril dejó de verde coronados
y junio con sus flores ha cubierto.

Y donde en flor segura y fruto incierto
se muestran los olivos blanqueados,
y van al amarillo los sembrados
y al calor las gayombas se han abierto.

Aquí te espero, amor, por las veredas
que no vienen ni van a parte alguna
sino a aquel corazón en donde habitan,

y donde aun sin venir siempre te quedas,
y haces mi soledad tan oportuna
que la paz y el silencio la visitan.

VIII

Oh áspera y tan dulce! ¡Oh prisionera
que quieres de ese muro desatarte,
y al aire, que es lo tuyo, quieres darte,
y perderte en el fuego que te espera!

Y a la luz, que es lo nuestro, verdadera
extensión en que puedas dilatarte,
y a la sed y al silencio, aquella parte
de música y de aguas sin ribera.

Y al viento los cabellos, y a la ansiosa
arena y a la planta y a los mares
esa sal que en tu cuerpo se proclama;

dale nombre de flor a lirio y rosa,
de eternidad a sierras y olivares,
de paz y libertad a quien te ama.

IX

Mira el florido almendro donde asoma
con febrero la hoja primeriza,
y juntarse en la piedra de la herriza
lirio sin fruto a olivo sin aroma.

Y en tanto que, preñado, se desploma
el cielo, en cubrial y en albariza,
la primavera con temblor avisa
su cercanía por cañada y loma.

Y mira el pegujal esperanzado,
y el bruto con el peso ennoblecido,
seguro de su vientre generoso.

Y mira el corazón ya sin cuidado
de aquella claridad que lo ha tenido,
abrirse como un mar a campo y gozo.

X

En este olivarillo de la loma
que apenas tiene sombra, apenas flores
que ilustren su pobreza con colores
o alegren su silencio con aroma,

y que devuelve en fruto cuanto toma
de la tierra, y nos da con sus sudores
aceite, que en dorados resplandores
la dura oscuridad reduce y doma;

en este olivarillo, mi consuelo
me vino, sin saber cómo ni cuándo,
mientras iba por él entretenido;

no sé si es de la tierra o es del cielo;
sólo sé que lo siento aquí alentando
y el corazón lo tiene por latido.

XI

Por aquel resplandor de aquella frente
que tienes de ternura rodeada,
y donde encuentran juntos su posada
la luz serena y el candor ardiente;

por el temblor aquel de aquella fuente^[47]
en donde bebe siempre mi mirada
y que tiene mi sed acostumbrada
al agua de tus ojos transparente;

por la gacela en ti, por la paloma,
por la dulzura en ti, por la aspereza,
por la miel y la sal, porque te amo,

¡oh paz donde la paz halla su loma
y la extensión encuentra su belleza
y silencio esta voz con que te llamo!

XII

Ay jara que te digo y que te quiero
y chaparral en flor, de donde llueve
una paz y una música que embebe
este deseo alerta y siempre entero!

¡Ay frescor de la tarde en el albero
que adorna el jaramago mucho y leve!
¡Ay vientecillo que el sembrado mueve,
y amor y libertad en que te espero!

¡Ay! ¿qué fuera, qué fuera del collado
donde a la tarde vengo a reclinarme,
y donde toda flor está diciendo

su nombre, con tu nombre equivocado,
y en su olor, con tu olor, vienen a darme
nuevas de tu mejilla que yo entiendo?

XIII

Si quieres que te quiera, que te quiera,
deja que como pueda te lo diga,
te cante flor y te proclame espiga
y te busque en el mar y en la ribera.

Si quieres que me calle y que me muera
no extrañes que esta sombra te persiga
y fueras donde fueras, siempre siga,
y vayas donde vayas, siempre fuera.

Si quieres que este cuerpo habite un hombre,
que tengan estos ojos luz que miren,
que tenga el corazón sangre y alientos,

y tenga soledad y amor y nombre
para las cosas, deja que respiren
sobre tus hombros estos pensamientos.

XIV

Por tu cabello un pétalo de jaras.
¿Qué aroma de tomillo de ti crece,
que estando junto a ti no me parece
sino que ando aquel monte en donde avaras

fueron las horas, donde fueron claras
las tardes? Y que ahora se embellece
si lo ando recordándote, y parece
como que estás en él. ¡Ay, si asomaras

al viso, cuánta flor y cuánta ave,
y cuánta flor de nombre no aprendido
se llamaría del tuyo, si te viera!

Que no sabe si vive, que no sabe,
porque te vio una vez y echó en olvido
aquel ser y ser flor que en ti aprendiera.

XV

Eres de prisa y eres de ternura,
hecha del metal mismo de las flores,
alabada por todos los primores
de la estación, raíz de la hermosura.

Vengan y vayan, digan tu finura
las aves por ti todas ruseñores,
soledades contigo las mejores,
las playas que se mueren de ventura

pensando que tu planta, que la huella
de tu cuerpo la hará por el estío
feliz con sólo echarte reclinada.

¡Ay olor de azucenas que te sella!
¡Ay mi dulce, mi bien, y aquel navio
donde mi dicha viene y va embarcada!

XVI

Déjame, ¡ay!, cantártelo al oído,
¡oh frágil!, ¡oh preciosa!, ¡oh azucena
blanca en olor y en la color morena,
con más miel en lo dulce y más olvido

del generoso olor, y más latido
de sangre caudalosa por la vena,
más ganada y más mía y más serena,
y más me tienes más y más rendido!

Y más rendido, y mira la esperanza
y la paz tan sencilla y tan derecha
y tanta y tanta luz como amanece

y tanta libertad como se alcanza
en esta soledad que nos rececha,
y en medio de este amor que crece y crece.

XVII

Gracias, Señor, por lumbre, por ribera,
por amoroso muro y por semilla,
por la mar que se postra y por la quilla,
por molino y besana, troje y era.

Por sangre, por mirada, por ladera
que la vid ennoblece, y donde brilla
en tus piedras el sol, por faz sencilla,
y flor en zanja y mariposa en vera.

Por darme y por no darme, por tenerme
de tanto sueño el corazón colmado,
y de tanta esperanza de ternura

embebidos los huesos, por haberme
mis techos con tu paz tan bien cargado,
que gimen ya las vigas de ventura.

VII
CONSOLACIONES
[1947-1950]^[48]

I

Yo ya sé que la tierra es cielo que pisamos,
Que poco a poco vamos quedándonos en ella.
Cuando acordamos nada va quedando en nosotros
en donde no haya puesto su dulzura la tierra.
Mientras tu hombro me ofrece mar tranquilo,
mientras tengo en tus ojos árboles donde vengan
tantas aves continuas que de los míos se escapan,
mientras esa ternura que tienes, esa tierra
valiente de tu carne donde crecen varones,
donde los ríos de amor caminan sin riberas,
mientras te tengo, al canto la voz entrego, digo
con la voz, con el alma, dónde tengo mi tierra.
Ay estrecho entre mares, brazo de río, cañada
de hermosura, mi herriza por la tarde, tremenda
herriza entre olivares, verdor entre barbechos,
entre veranos fuente, entre labios, ribera.
Desde ti parto a todo, a ti vuelvo de todo,
y todo me lo encuentro y todo me lo cuentan
las aguas infinitas, los granillos menudos,
y siento hacerse dulce el calor de la sierra
por la tarde. ¿No sigue? ¿Acaso existe amante
sin espejo? ¿La muerte? Por el río tan ligera,
parece que es su misma andadura, que el agua
cantando sin sentirla, en el correr la lleva.
Y es tan dulce sentirla, la caricia, la mano,
¡Tu mano! Nada tengo sin ti. Si tú supieras
qué honda en nuestra sangre es su planta que crece,
que nuestra sangre misma al correr alimenta.
Pero el mar. En tus brazos he recordado el mar.
El mar desde tus brazos siempre estuvo tan cerca!

Entre tantas memorias como me trae el río,
entre estos viejos muros y estos olivos viejos,
te he llevado lo mismo que una bandera joven,
oh amor, que en lo más hondo de mi sangre te siento.
Tengo los ojos, ¿cómo? ya tanto te han mirado
que apenas te conocen. Ahora empiezan de nuevo.
De nuevo el pie en los mismos pasos casi olvidados,
de nuevo el corazón en los mismos senderos.
Acaso mientras torna la sombra en la ladera
¿no es dulce que nos llenen el alma, los recuerdos?
De nuevo a descubrirte, de nuevo a recordarte:
éste es el hombro, amor, y este amor es el viento
mismo de aquella tarde, tarde. Las palabras usadas:
“Amor por los arroyos, mientras tu pie ligero
sembraba chinias blancas, las aguas salpicaban...”
La yerbabuena olía y bajaban los cerros
de lo alto de la tarde a echarse por la noche
como rebaños grandes de tiniebla y misterio.
El alma se tendía sobre su dicha. Olía
la yerbabuena abajo. Los árboles y el viento,
el agua negra. ¿Cómo serán de noche las aguas?
Por la noche le sale al agua su misterio.
Tus palabras sonaban como agua por la noche.
Ahora las siento claras, brillan como peces. Huelo
como este boj y fuente, igual que las magnolias
y ya no sé. Te sigo por tu olor desde lejos,
desde años te sigo. Aquel jardín lo habían
hecho para tu paso, todo sin forma y tierno,
igual que una esperanza, que sólo cuando crece
va cobrando su forma y comienza a mordernos.
Igual que tantas cosas. Se llenaban tus ojos
de pronto. Me decías: “Lo que en mis ojos tengo
te lo daré algún día.” Y yo: “Cuando las aguas
de esta noche repasen las orillas del tiempo.”

Cansado de esperarte me eché a la mar. Brillaba
la mar con el sol fuerte. Los remos le rompían
las olas, o iba alegre. Cantaba el corazón.
Tu sombra entre las venas me pulsaba cautiva.
El corazón lo mismo que un potro. ¡Qué ancha era
la mar, el mundo! Daba contra la luz, la cara. Hería
la luz mis ojos. Era hermosa la mar y vivir por la mar,
y no temer e ir entrándole a la vida
como un río sin miedo, con árboles, tranquilo,
sintiendo poco a poco perderse las orillas.
¡Oh qué sueño! Sonaban los bosques interiores
De mil espejos raros. Tocaba maravillas.
Los pies siempre dispuestos y las manos a alzarse
y la sombra sin peso, sin sombra perseguida^[49].

SUEÑO ADENTRO

Hoy ya que sólo queda la sombra y el recuerdo,
la sombra de los árboles saliendo entre la brisa
de aquel jardín en donde las horas iban lentas,
como un cielo de noche, sin noche y sin orillas.
Hoy ya que sólo llevo tantos pozos a donde
si me asomo, contemplo las cosas que me miran,
la mano vieja, el tacto, la estancia grande y clara,
el silencio y la voz cantándome tranquila
mientras me voy perdiendo sueño adentro. En la calle
un silbido, unos pasos, un vuelo. No se olvida
lo que escriben los sueños en la sangre. Revive
por la noche y a veces nos hace por el día
tornar la cara. Llaman. Ay qué sombra, tu sombra
en las paredes blancas, tu falda fugitiva,
entornando postigos, dejándome embarcado
riberas de los sueños, aguas del sueño arriba.
Hoy que todo se hace transparente y tranquilo
como el mar cuando está muy cerca de la orilla,
y latido a latido el corazón devuelve
la ternura hecha sangre que parecía perdida.
Todo torna a lo mismo. ¿No son las sombras sabias
guardando los espejos, donde se vio algún día
aquella cara joven, aquella forma dulce,
aquel calor de ave en la mano? Prendida
de paso y para siempre clavado, para siempre
haciendo aquel instante. En lo hondo, a lo lejos
¿este cuarto, este instante tus ojos no veían?

II

De niño, muchas veces^[50]
me acompañabas. Tenías
tus rincones, tus tiempos.
Todo era hermoso. Íbamos
a jugar. Otros niños
venían, y eran gritos
en el jardín, colgados
sobre las flores; era
como un festón de júbilo
sobre la casa. Luego,
de pronto, sin saberlo,
nos cogía la garganta
y oscurecía el patio
igual que ahora. Aún
no acerté con el nombre
pero sí con las manos,
duras, en la garganta.

Era entonces sencillo
y no pesaba el aire.
Las laderas, cargadas
de hierbas olorosas
y, entre ríos de cielo,
riberas como nubes,
sostenidas, flotando^[51].
Parecía que el mundo
sobre el gozo flotaba
por siempre, como un ángel.
Y era estar sin sentirse
en las cosas. Estar
sin cansancio en las cosas.
La esperanza, ventura.

¡Qué poblada la casa!^[52]
¿Quién llenaba sus cuartos,
quién colmaba su aire,
con amigos de siempre,
con olores de siempre?
Era una hermosa nave
soplada por memorias
de siempre. Crujían
sus muros con el peso
de pasos de recuerdos.
Se encendían dulcemente
las primaveras. Iba
bogando por el tiempo,
mares de la hermosura,
a este mismo recuerdo.
Pasajeros, nosotros.

¿Y cómo he de decirte
lo mucho que te he amado,
lo mucho que te amo?
Llevándome a las cosas
de la mano, contigo,
daba gloria a las cosas
acercarse contigo.

¿Y fueron estas manos
que ahora escriben, las mismas
del insecto y la yerba?
¿Estos ojos los mismos
de la noche y el miedo?
¿Son acaso estas aguas
que me refrescan dentro
aguas de mi Alhajueta?^[53]
El campo tan hermoso,
el pino solo, el agua
por el arroyo, entre
gayombares, veranos
encontrados por siempre
aquí dentro, alhajueta
del alma, para siempre.

Decir es siempre hermoso.
Poder decir, cantar.
O irse por jardines
la primavera y luego
dejar la primavera
y encontrar aquel niño
que acaso fuimos. Irnos
con él, irle contando
lo que fuimos. Oírle:
Igual que yo, lo mismo.

La calle hervía. La calle
de Madrid, con acacias
en flor y un aire tibio.
Parecían a lo lejos
tan gráciles, que iban
en el olor andando
de las acacias. Luego,
que el olor las llevaba.

Venían de los olivos.
Traían la mano dura
de trabajar la tierra.
Traían el pecho tierno
con los hijos. La casa
era grande. De día
se quedaba sin nadie.
De noche se llenaba
de calor y de hijos.
La tierra, agradecida,
les fue dando lo suyo.
Lo de ellos fue la tierra
que hoy, blanda, les abriga.

Un estío a la tarde
la tuve clara. Era.
Nunca sentí armonía
ni supe el verso puro,
ni libertad en mano,
ni forma de ternura,
ni ala, como aquélla.
Quise decirle: Espera.
Pero ella no se nombra
sin deshacerla. Vive
interior y nos salva.

Parece que no cabe
en el pecho. Tan grande,
tan hermoso, que el pecho
es chico. Y nada importa.
¿De quién serán los árboles,
de quién los ríos, los cielos
sino de aquel que ama?
Miradle los caminos,
alta frente, la luz
sobre la frente, el paso
sobre las aguas sin roce,
la palabra purísima,
el fuego limpio. Tiemble
la Enemiga. Dejadlos
en su dicha. Se hicieron
los árboles, las nubes,
las aguas, los senderos
pacíficos, los céspedes
bajo la sombra, el irse
en la paz, para ellos.
Dejadlos, los amantes.

Bajaban los almendros
las cañadas. Venían
lentos, con la dulzura
de la flor, ¡tan cargados
y tan ligeros! ¡Oh, ingrátido
su pie, sobre la tierra
cubierta con los pétalos
caídos!

En las piedras
reclinada la flor.
Estaba muy hermoso
el campo, y un río
pausado de belleza
parecía.

Posible,
como la flor ingrátida
del almendro, la dicha.

VIII
CANCIONERO DE LA CASERÍA^[54]
[1938-1951]

A las gentes de la Casería

ALTOS MAYOS

¿Horas, las horas? ¿Vilanos?
Para asir tanta hermosura,
¡quién diera a estos ojos manos!
Dame prisa, dame altura
para ver, para que labren,
como abejas, aquí dentro
tanta hermosura que abren
el alma para el encuentro
de tanto bello quehacer
como hay, de tanto hermoso
esperar, de tanto olivo
y de tanto desear
en lo vivo.
¿Y aquella grave señal,
aparición vegetal
a la que el tiempo no rinde,
ni la mano con hacha
mella? Encina, déjame ir
bajo tu sombra a morir
cuando floreces, que suelo
bajo tu sombra en el cielo
figurarme. A tus ramas
llegará la primavera
con sus mieles. Un momento
sobre tu falda dormido.
Perdido
entre las ramas y el viento.

II

Sube lenta
de las lomas la mañana.
¿Qué le cuenta
esta alondra a la besana,
que la tiene recogida
en sí misma? ¡Cuánto espejo,
cuánta herida,
cuánto dejo
de tu hermosura!

III

¡A vivir! ¡A vivir! ¡Cantar! ¡Cantar!
¡Sobre las crines soltar
las riendas, que en los cercados
está abril y hay que cantar!

“Cuando vino, lo esperaba;
cuando llegó, entre los ríos
—entre mis brazos— estaba.”

¿Y no eran los brazos míos
aquellas altas campanas
que lo llamaban?

¡Venid!

Como los ríos, las mañanas
de hermosura.

Verde nuevo y vieja lid:
la delicia y la premura.

¡Oh tu tropel!

Nube abierta,
cielo alto.

¿No despierta
todo? A los umbrales
está llegando. ¿No sientes
ya labios en tus brocales
y las fuentes
manar hondas,
correr lentas?

¿No las tientas
con tu temblor?

¿Y las ondas
venir lamiendo? ¿El compás
de latido no es
el mismo de dentro? ¿Ves
la dulzura, cómo mana
y la espina florecida,
y quedarse la mañana
entre tus manos vencida?

IV

Se queda
el abril sin flor ni rama,
pájaro sin alameda,
muchacho a quien nadie llama.
Nube sin sol. Desconsuelo.
O granado sin amor,
hoja roja o roja flor.
Ala sin vuelo en el suelo.
Corazón, en los laureles,
¿qué haces?
Vienen altas
mariposas.
Tú no sueles
descansar.
¡Oh, qué bien saltas,
corazón, entre las cosas,
como si no fuera un río
este irse entre las manos
del tiempo! ¡Duros vilanos!
Y la sangre, desvarío
por las venas. O ese fuego
que te enciende,
ese sosiego
que te huye. Ese caballo
que te arrebató ¿hacia dónde?
¿Tu alto mayo?

Qué navaja de hermosura
afila los chopos, ata
la aspereza a la dulzura
en el romero? ¿La plata
suelta en las hojas?

Gentil
primavera, costurera
que hoja a tallo, a ramo flor
va cosiendo.

Llena abril
su carreta y la derrama
por la cerca y por la rama.

¿No vibra
entero el aire?

¿Quién libra
esta hermosura paloma?

Se asoma
entre lo azul un momento

¿quién? ¿Qué río?

¿Todo, acaso, sólo mío?

¿O sólo en el chopo el viento?

VI

Si cantándote pudiera
olvidarme! ¡Si siquiera
pudiera contigo ir
por la muerte a recordarme
lo que contigo sería
vivir!

Pero no puedo. Me pesa
el querer.

El no poder no querer
y quedarse.

El no poder no beber
y saciarse.

El no poder no esperar
y seguir.

El no poder no morir.

El no poder no poder.

VII

¡Si no tuviera la voz
como la tengo, perdida!
¡Si no tuviera la vida
como la tengo!
Tu hoz,
antes de la luz primera,
entre la rama y la rama.
Tu palabra se derrama,
agua, fuego. La caricia
de tu mano. La delicia
en tus labios la sembré,
y luego nació. Se hizo
árbol alto, muerte, rizo.
Con un suspiro, con una
gacela (no digas pena,
aunque mordía). La luna
no ha visto otra. Caballo
de hermoso cuello, los remos
brillantes, listos. ¿No subes
sobre la grupa? Iremos
más arriba de las nubes,
entre los ojos, por esa
llanura, no digas frente,
hombros que llaman ternura,
labios de prisa y dulzura,
despacio, deprisa, aprisa.
¡Viene sola y de repente!

VIII

Y si pudiera guardarte!
¡Pero mis manos, tus llamas!
Y tenerte y no olvidarte
entre las floridas ramas
del albarillo. Ya vamos,
entre las aguas mecidos.
Hoja en el agua. Perdidos.
Perdidos, nos encontramos.

IX

Tu dedo temblando al filo
de la hoja.
Vilo de todo. Tu paso.
¿Esa nube,
o acaso el humo? ¿No sube
la alameda?
Temblor del terrón dormido
despertando con ternura.
Yo me quedo
niño, roca de hermosura,
de amor, de terror, de miedo.
Brizna de hierba en la boca
de la bestia. ¡Oh, preñada
de simientes! Quien la espera
nada espera, nada... ¿Nada
ser ribera?

X

Lo nuestro es lo amargo
y breve.
Lo suyo lo leve.
¡Oh sombra breve
en el muro!

XI

¿Qué se queda
que no es río,
ni alameda,
ni fluir?
¿Qué separa
en presteza y albedrío
breve rosa y agua clara?

XII

Cuando vengas
a mi corazón, no olvides
a las nubes y a las hojas.
¿Con qué mides?
¿Con latidos?
Comenzados, concluidos.

XIII

¿No nos llenas
tú las manos? De estos sueños,
¿no rebosan tus colmenas?
¡Oh tremenda
garra, dedo, delicada,
dura, amarga, dulce almendra!
¿A quién
ofreceré la amargura
—labio seco, mano dura—,
sin el bien
del beso, o de la palabra
que la abra?

XIV

NO Sé
si era en el muro su sombra
o era en el campo su pie.
Si era el aire, si era acaso
el tiempo al pasar. ¡Oh raso
cielo alto donde estabas,
donde iría!
¡Oh tú, la dulce y la mía,
la que llamo
sin el nombre. La que espero
sin la hora.
La que amo
sin^[55] estío. ¡Oh señora
de mi sed!

EL TIEMPO EN LAS HERRIZAS

El tiempo en las herrizas
yo me lo pasaba
con el lirio y la piedra
y la jara.

Dejadme cantar, cantar,
que la voz ya no la tengo
perdida,
y quiero cantar, cantar.

Aquella agua
en el cabello, la hoja
tan estrujada. Se fragua
todo de pronto, y ya está.
¿Qué mano en el surco arroja
el corazón? Ya vendrá
el nacer,
el temblar y el florecer.

Y sólo dentro la sombra.
¿Qué sombra dentro aparece
sobre el agua? No se nombra
la palabra. Se estremece
el agua.

¡Oh ya morir
que has venido! ¡Ya, qué darse
para siempre!

¿Entre los brazos no tienes
ya para darme el calor
antiguo? ¿No vienes
si te llamo?

¡Ay, amor
suelto, vivo!

¡Y yo sin él!

Llegaba tremendo y bello.
Arrojaba yerba y flor
su resuello.
La herriza entera estallaba
de hermosura y de terror.
La tierra se echaba, mansa,
a los pies de un solo lirio.
Una brisa. Y la esperanza.

COPLAS

*A María Pepa Estrada,
amiga desde que era niño*

Yendo ribera del río^[56]
le sentí decir al agua:
Lo tuyo como lo mío.

No te pares a pensar
si la mar o si la fuente,
si la fuente o si la mar.

Palabras que son puñales:
Dios te libre, corazón,
de herida que no te sangre.

Pena es la pena y la vida,
penas que van y que vienen,
olas en playas perdidas.

Lo más malo de este mundo
es echarse a andar por dentro
y no encontrarse con uno.

La pena y lo que no es pena
es lo que tengo y no tengo
cuando te vas de mi vera.

Cuando te vas de mi vera
no me quedo otra vez solo,
que me quedo con mi pena.

Aquella forma de andar
tan pasito y tan ligero
no paro de recordar.

Aquella que yo quería
toda la tarde esperando
ninguna tarde venía.

Aquella que yo esperaba,
toda la tarde esperando

con un nudo en la garganta.

Toda la noche en lo oscuro
sintiendo en la calle pasos
y no era ninguno el suyo.

II

A Ángel Caffarena

Dicen que la soledad,
dicen que la compañía.
Todo es uno y nada más.

La mano, paloma, dame,
andando dentro de mí,
perdido sin encontrarme.

Eso es cosa de la edad,
irse dando trompicones
de pena en perplejidad.

Encinas del alma mía,
que me arrancaban el alma
al arrancaros sentía.

Ponientes dentro del alma,
tardes de julio encendidas,
ya para siempre apagadas.

Que seguís estando ardiendo
tras vuestras sombras perdidas,
por mi corazón adentro.

Pasan las nostalgias, sombras,
que por mucho que me escondo,
nunca me dejan a solas.

No supe lo que decía
cuando tuve la ocurrencia
de decir que te quería.

Nadie sabe las palabras
que caben en un silencio.
Silencio: lengua del alma.

Con sólo estarte mirando
te estoy diciendo las cosas
que por sabidas me callo.

Miradas, voces del alma,
con sólo mirarte digo
lo que no dicen palabras.

Aves que van y que vienen
de mis ojos a los tuyos,
de los tuyos nunca vuelven.

Por la sierra, por el llano,
déle Dios, cuando estén cerca
del agua, sed a mis labios.

Y agua cuando tengan sed,
y a mis ojos déles muerte
si no te vuelven a ver.

III

A la ventana se asoma
y en el espejo se mira
de la bestia y la paloma.
Eso es todo y nada pasa:
paloma en el aire es,
de labio a oído, palabra.

La vida pasa volando:
palabra en el aire es
paloma de labio en labio.

Paloma viva en el aire,
de labio en labio volando;
quien la escucha es quien la sabe.

A mi caballo le suelto
las riendas sobre las crines
y va en tu busca derecho.

Compañera de compañía,
soledad de soledad,
¿quién no te lleva en el alma?

¡Ay, Soledad de mi vida,
si fuera como debiera
contigo me casaría!

Que me busquen si me pierdo
por los caminos que van
desde tu sien a tu pelo.

Y si me vuelvo a perder,
por los caminos que van
desde tu pelo a tu sien.

No se lo digas a nadie:
A vivir llamo quererte,
y a la pena llamo sangre.

No paro de recordar
aquello que me decía

de morir sin libertad.

Que me coja la mañana
por los caminos que van
de tu boca a mi palabra.

Y que la noche me coja
teniéndote bien cerquita,
y con tu nombre en la boca.

¡Ay, cómo baja
el Genil de la sierra
de nieve y agua!
Y en la campiña
Guadalquivir le dice:
Vente a Sevilla
y al mar. ¡Oh muerte,
Córdoba mía,
morir sin verte!

NANAS^[57]

¡Ay, que no se duerme
mi niña!
Los zorzales vienen.

Le traen en el pico,
para que se duerma,
tres ramas de olivo

con tres aceitunas
que no se han comido.

Para que se duerma,
los zorzales cantan
y mi niña sueña.

No se lo digas a nadie;
lo digo porque lo he visto;
la cigüeña en el alambre.

Calle la abubilla,
cante la zumaya,
que duerme mi niña.

Y la cogujada
mañana temprano
esté a la ventana.

Y al alcaraván,
que vengas o vayas
lo mismo le da.

Se duerme mi niña.
¡Ay, caballo blanco
sobre la otra orilla!

Y la mar, la mar
sobre el hombro mío
navegando va.

Navegando viene
cuando el despertar.

Mi niña en el barco,
al aire del sueño
viene navegando.

Un caballo blanco,
siempre que se duerme
la espera ensillado.

Un pájaro verde
subido en un barco.

CANCIONES DE LA CASERÍA^[58]

I
COPLAS DE LA CASERÍA

Con la primavera,
jinete en el aire,
la jara en la sierra,
ya la jarablanca,
ya la jarastepa,
no toca la blanca,
la rosa se lleva.

Y los nazarenos
y los zapaticos^[59] del Niño^[60] Dios,
con el airecillo
no bailan a un son.

Y el mirlo tan negro
al rayar el día,
solo en el albero.

Besanas del olivar,
donde lloro todavía
si me paro a recordar.

Vamos a talar,
que tengo una niña moza
y se me quiere casar

saliendo de la aceituna,
llegada la Candelaria,
que el novio ya la importuna.

Por el campo,
con la yunta en la besana,
va la copla retumbando,

con la yunta y el olivo,
¡ay, si pudieras quererme,
supieras lo que te digo!

Sierra de piedra y sin agua,
cuatro matagallos secos,
cuatro encinas destrozadas.

Entre los olivos,
blanco entre lo verde,
solo aquel cortijo.

Y cuando llega febrero,
una procesión de lirios
que retumba floreciendo.

¡Ay olivar, olivar!,
que lo mismo que vas, vienes;
lo mismo vienes que vas.

Olor a ramón quemado,
mi^[61] cuerpecito arrecido
y yo sin tenerte al lado.

Ay, barcos de los cortijos
anclados en estos mares
cuajados de los olivos!

Los míos son verdes mares
plantados en tierra firme
y navegando sin aire.

II OLIVOS

Vosotros sin olor, duros olivos,
que árbol no llamaré, que diré hermanos,
tan amorosos, aunque tan sin manos,
y tan serenos, aunque tan esquivos;

que bajáis las cañadas fugitivos
y coronáis en paz los altozanos,
vosotros, cuya flor os vuelve canos,
cuyo ejemplo nos torna pensativos;

vosotros, cuyo tronco es lumbre luego
y cuyo fruto aceite que acompaña
al hombre por su muerte y por su vida:

Oíd con bendición mi justo ruego,
y derramad sobre la vasta España
vuestra flor, toda en fruto convertida.

Olivos de mis gentes, yo quisiera^[62]
como vosotros ser. Al fin no llevo
la misma sangre de la tierra. Pruebo
como vosotros sed y primavera.

¿No vivimos los dos en esta espera
de la tierra, la madre y este cebo
de la escasa caricia y el relevo
final, la misma tierra verdadera?

Con tu raíz me fundo, en la esperanza
de volver a la tierra y al molino
la trama florecida, el fruto incierto,

olivo de mi sangre y mi labranza,
amarrado al secano y a tu sino
de jugártelo todo a cielo abierto.

III

Déjame sola,
que sienta mis propios pasos
venir entre las coscojas
del monte aquel que no olvido
y de aquella tarde en que
me dijo lo que me dijo:
“Que la aceituna negree
entre el verde del olivo,
y ya verás si es mentira,
si es verdad lo que te digo;
que los zorzales la lleven
negra y brillante en el pico
y comiencen a afilarse
las hojas de los hocinos;
estos brazos y este cuerpo,
todo lo que tengo mío,
negreando la aceituna,
las bajas del olivo”.

IV
ANA JURADO MOSCOSO^[63]

Ana Jurado Moscoso,
con su jaca y su retaco
por los olivos arriba,
por los olivos abajo.
Le han avisado que vienen
Guardia Civil y notario
para embargarle sus tierras
por la mañana temprano.
“Como pasen de la linde
del cortijo, me los cargo,
vengan dos si vienen dos,
vengan tres o vengan cuatro.
Lo que tengo es porque es mío
y está en sudores labrado,
por mi padre que esté en gloria,
Don Juan Antonio Jurado.”

V
A LA ATREVIDA^[64]

Oh fuego, en mi piel brillante prisionero!
El ojo ardiendo y el ollar hinchado,
nerviosa el anca sobre el bien plantado
casco, y la crin lo mismo que el acero.

¿Qué saeta en qué arco, ni qué arquero
a qué blanco distante te ha lanzado?
¿Qué ardiente nube, qué soliviantado
río fue igual a tu arrebató fiero?

Soñando prados, en tu vientre hermoso
un potro llevas, del que el viento espera
de un hijo sin razones las hazañas.

Hijo es de aquel caballo que amoroso
te cabalgó al llegar la primavera
y te dejó encendidas las entrañas.

VI

La luna como una hoz
siega estrellas en el cielo.
Toda la noche segando,
que ya viene amaneciendo.
Sobre los filos del alba,
¡qué gavillas de luceros
para que, al salir el sol,
los barcinen sus carreros!
Y en llegando el mediodía,
en la era estén crujendo
cobras de yeguas doradas,
cascos de rayos y fuego.

VII

Se la llevó
día de Pascua por la tarde.
Le dijo que iba a La Roda
a despedir a su madre.
Abril con abril se paga,
se paga sangre con sangre.
Abril me llama y me quemán
palabras que son mi carne.
Riberas tengo que dicen,
manos que cantan, que canten,
brazos que ramas se tornan
alzando cinturas aires.

VIII

Y esta casa tan bella!
Cuando vengo de lejos
a caballo, entre olivos,
me parece a lo lejos
un barco en estos mares
de olivos^[65], empujado
por olas de olivares,
llevando aquello que
más amo. Al fondo, ¿sierras,
nubes? ¿Qué pueblos
por las sierras prendidos,
al filo de las lomas?
Cortijos y olivares
y olivares y más
olivares...
Ahora, por febrero,
se pone tierno el campo.
Da miedo de rozarlo.
Yo voy con el caballo,
perdido. Me parece
que están viendo este campo
por mis ojos, los ojos
que hoy duermen. Me parece
que están viendo este campo
por mis ojos, los ojos
aún no abiertos. Está
el campo como el ojo
de un niño, reflejando
tanta belleza sin
saberlo. Temblamos,
no se rompa el espejo,
inmenso temblador
del campo, por febrero.
Siempre me asomo al viso
desde donde columbro
la campiña a lo lejos.
Olivares y olivos
y cortijos de nombres
que han estado, de siempre,
sonando en mis oídos:

La Deleitosa, El Duende...

La dura tierra arada,
la dulce tierra uncida
al hombre, haciendo yunta
por siempre.

Luego

vengo despacio. Dejo
las riendas sueltas. Siempre
está la casa hermosa,
bogadora entre olivos.

Y dentro de la casa
los que amo.

Si llego,

se me cuelgan, lo mismo
que un collar de dulzura
que pesa alegremente.

IX CHOPOS DE SANTILLÁN

La mañana. La sierra.
Chopos de Santillán.
La vega. ¿Qué es aquello,
sobre la vega? El mar
de los olivos viene
por las lomas, y va
por los hondones. Sube
y baja. ¿Soledad?
Y en la sierra (¿en el sueño?)
distante, la ciudad
sobre la sierra o sobre
la memoria. Se van
los ojos en su busca
y ya no espero, ya
estoy. ¿Dónde estoy?
Déjame con mi paz.
Aquí el tomillo. Allí
la esperanza. ¡Oh pasar
de las cosas! ¡Oh dura
contra mí realidad!
Son ellos por las calles
a los que espero. Y ya
tan tarde los espero.
Acaso no vendrán
los que espero. ¿Y estoy
aquí sin esperar
a nadie?
Mi escopeta. El tomillo.
Florecerá
este tomillo luego.
Abejas libarán
de este tomillo. Luego,
volando, al colmenar
con la carga. Y yo aquí
¿soñando? Mi ciudad,
apenas en la sierra.
¡Chopos de Santillán!
Y la sierra y la vega,
y todo el olivar,

y la mañana, y esta
alondra. El retamal
azuleando. Gritan
los ojeadores. ¡Va!
Y de pronto, ¡qué raudo
por encima, metal!
Un tiro. Y la mañana
cae herida mortal—
mente en el campo.
Y yo aquí. Y la ciudad
por la sierra. ¿En el sueño?
Toda la realidad.

X
RIMAS

1
SEGADORA

De azul y blanco, blanco y colorado,
la muerte nos acecha
a nosotras, las hijas del arado,
que hacemos la cosecha.

Las mil y mil espigas en que el viento
largo se complacía
cuando —“¡A jugar al mar con movimiento,
espigas!”, nos decía.

“A las olas, las olas, a las olas,
una sola es la brisa,
unas las horas de la dicha solas:
¡A gozarlas deprisa!”

Para eso las lluvias, las heladas,
el surco recogido,
para correr las horas desatadas
a galope tendido,
en tanto el verde de la vida dura,
antes que el amarillo
haga de vuestra carne mies madura^[66]
y la entregue al cuchillo.

Ya están las lonas listas, y las aspas
esperando el momento:
“¡Ay, nuestros tallos finos, nuestras raspas
donde se echaba el viento!”

Ya os llaman a los filos y a los dientes,
¡ay, Dios, de brisa a brisa!
Un corte en las gargantas obedientes:
la muerte tiene prisa.

De una en una las aspas traicioneras,
¡ay, Dios, nuestras cabezas,
amadas de las brisas volanderas,
sobre las lonas tiesas!

EPITAFIO A UNA JOVEN PASTORA QUE AMANECIÓ
AHORCADA^[67]

Al viento
hoja inesperada,
de un olivo sediento
la oliva más morada.

No vengan los zorzales
a picar de este fruto. El estornino
enjarete tus honras funerales
y lamente tu sino.

Tanta amargura larga
como en el hueco de estos ojos cabe,
y tanta sed amarga
como este labio sin color ya sabe...

¡Ah, tú!, la convertida
en inútil badajo, la campana
tañendo, mas sin vida,
en el primer romper de esta mañana.

3
ELEGIA

A Nicolás, cochero e historiador, que murió un día de febrero^[68]

Un pedazo de espíritu y pellejo
sobre dos piernecillas. Le llamaban
hermano los olivos porque era
viejo como ellos. Le escuchaban
cuando iba contándoles su historia.
Conocía el año y la ocasión
de corazón y memoria;
menos de memoria que de corazón.
Les recordaba el día
que los plantaron, los nombres
de manijero y talador. Sabía
la relación de tierras y de hombres
de estos contornos. Era la voz viva
de cerro, chaparral, zanja y oliva.

Y ahora, en esta tarde de febrero,
medio con lluvia, medio con dulzura,
retornará a la tierra su voz muerta,
será raíz oscura
de tierno tronco para rama cierta.
Se quedará este campo sin historia,
y tan calladamente,
bajo la tierra oscura,
será como un arroyo su memoria
del sol aquel y aquel relente,
de aquel atardecer y aquella gente,
bajo la tierra dura.

4
GEÓRGICA^[69]

Salí con el caballo a los barbechos,
alegre, con el corazón henchido, y cantaba.
Cantaba sobre la tierra como un jardín.
Iba mi corazón como un caballo,
paseado dulcemente por la hermosura.
Y tenía gana de cantar, de saltar
alegría adelante, los arroyos,
de tenderme^[70] al galope de los caballos,
de los becerros lucientes y de las nubes,
y me encaramaba a la alegría como a un caballo
suelto sobre los montes, como una cabra,
extendido y feliz como una alberca,
o bien como un hermoso tilo derramado en el aire.
¡Oh monte lleno, alegría! Desbordado
caballo a galope, hermosura adelante
por los surcos tiernos con la lluvia, entre olivos!
¡Oh pálidos amigos, a quien es la tormenta visita,
y se nos hinche el corazón como una vela de gozo!

Entre alondra y alondra la vida no pesa.
La sangre, saltando de arroyo en arroyo,
cantando, se va cantando y se apresura.
La canción se cernía como una primilla,
y estaba el corazón como un prado de alegre.
Insectos pequeñísimos, aves que vuelan altas,
tantas memorias, tantos deseos como se han ido,
labrando surco a surco, la esperanza
y, por último, tú, sobre los montes,
ligera, divina, la gracia resuma
tu labio, la voz. Ya no eres,
¡oh!, por el campo, con el corazón
alegre como el campo en la tarde mojada,
como la canción o el palomo gozoso,
y el trigo regado y alegre que espera,
o el retozo del sembrado. Entero se echa
el corazón por los campos, se pierde,
y sube a la antigua, la sonrisa perdida a los labios.

Y luego, siempre a caballo sobre la alegría,

sobre la ternura, sobre la tierra,
sobre todo lo hermoso que tiembla —labio, canción—,
las cosas por las que los hombres han muerto,
por las que los hombres han subido: el arado y el gozo.
Surco a surco se va haciendo la alegría,
el arroyo sin fin entre riberas de corazones humanos.
¡Oh río de sangre, tan hermoso en el mundo!
Alegría del mundo y el hombre. A caballo
por los campos mojados se hunden los cascos.
Hundiéndonos vamos en el gozo. Tú sabes,
corazón, lo que es abrirse, cantar, dejar abajo
la alberca gozosa. Tú sabes lo que es hermosura,
y perderse, estrechar, ir creyendo y saber.

Gozosas las cosas van, y los prados,
y la tierra húmeda, y los relinchos, y las yerbas
dulcemente tronchadas, los azadones; y en la sierra,
vuelta flor toda aspereza, las vacas
saltan locas, husmeando el amor que se acerca;
y los caballos, vencidos, noblemente
vuelven al establo sin relincho.
Y todo parece que sube. El campo
con los ramones nuevos, con las primeras cañas,
las veras. Lo único sumiso es el agua
que corre, porque el aire levanta en vilo de gozo
a la tierra, y la deja ingrávida, dulcemente ceñida,
lo mismo que otro cielo sobre los ojos. En esa
dulcísima elevación, existencia sin peso,
enorme masa de alegría, temblor, ya las choperas,
los vallados humeantes, como hogueras de dicha,
y un pueblo de moradores alegres de las nubes baja.
Ya la luz tiene alas, tan finas que se confunden
con las primeras flores caídas del albarillo
que la brisa, viniendo, derribó sin sentirlas,
dejando en el suelo su pie leve, soñado.

En este gozo sin vacío, la madre tiende los ojos
dulcemente cargados, y el brazo cae sobre el seno,
y el hombre deja la mirada perderse,
y se siente crecer en la dulzura, los ramones al gozo.
La alberca gozosa. Tú sabes lo que es hermosura,
y perderse, estrechar, ir creyendo y saber.

A ti que en esta tierra consentida^[71]
con el sudor de tanta noble frente,
de tanta vieja mano endurecida,
de tanto surco fiel y diligente,
tanta sangre gastada y tanta vida
como en ella ha dejado nuestra gente,
te entregas a lo hermoso y a lo eterno
de la labor del campo y su gobierno,

te va mi verso en el amor nacido
y en el aire del campo descuidado,
a tierra, lluvia y sol agradecido
como a la piedra viva el lirio alado,
o el almendro en febrero florecido
contra la oscura encina del vallado,
y un poco del temblor de la hermosura
regalarte quisiera, en tu ventura.

Que por abril ya esté la flor menuda
colgándole al olivo gris y leve,
y que ningún mal viento la sacuda
ni tardo hielo te la merme aleve;
por agosto la rama venza ruda
y en fruto convertido te lo lleve:
hinche el troje y reviente en el molino
cuando empieza a cantar el estornino.

Estallen los granados con su fruto
abierta en par la risa de su boca,
y que llegado mayo para el bruto
no sea la yerba de tus campos poca;
salte la liebre a tu lebrel astuto,
resude para ti mieles la roca,
y el semental al vientre de tus yeguas
para la primavera no dé treguas.

Que te zureen a coro las palomas
y te llenen de paz tus palomares;
y la tendida viña de tus lomas
haga correr el vino en tus lagares;

suave el aire llenen los aromas
de la flor que se cuaja en tus habares.
Rinda a la viga en el granero el grano
al rematar la era en el verano.

Vístanse tus herrizas de hermosura
y tiemble de chaparros y coscojas;
por primavera la corteza dura,
los ramajes, los troncos y las hojas;
amarillee la aulaga de ternura:
sierras azules y campiñas rojas
emparejen piaras y rebaños
en número y ventura con tus años.

Acabada la ronda de las eras
rómpale al campo tu braván los pechos,
ordene las sequizas rastrojeras
en largos surcos, hondos y derechos.
Otoño coronado en sementeras,
en montes, olivares y barbechos
esparza delicado y silencioso
paz en el aire y en la luz reposo.

Acaricie la espiga los estribos
cuando rompan las mieses como mares
los nobles pechos y los cascos vivos
de tu yegua y le laman los ijares.
Quiebre la dura paz de los olivos
y suspenda a barbechos y encinares,
la estela que se abre de alegría
en el aire ladrando, tu jauría.

Venga dispuesta en forma la abundancia
que, ala del corazón, no peso sea,
y en invierno los muros de tu estancia
alegre el fuego de tu chimenea,
y ese bien que se guarda y no se enrancia
te tenga el alma y que tu ojo vea
crecer el árbol que plantó tu mano,
y su sombra te guarde en el verano.

Que este temblor de sierras en el fondo
por la tarde, entre azules y moradas,
que cercan maternales en redondo

verdes olivos, tierras coloradas
y nos llegan al alma en lo más hondo,
siempre tengan tus ojos reflejadas,
y su paz que se acrece y no se posa
viva en tu corazón como una rosa.

IX
CANTOS A ROSA^[72]
[1954]

¡Oh Rosa, de ti misma semejanza!

LOPE DE VEGA

ROSA DE SIEMPRE

Tú de verdad, y para ti mi vida.
Rosa de siempre, lo mortal te sabe
de memoria y amor. ¿Qué en ti no cabe?
Mi verso para ti. Tú, su medida.

Pedazo de mi tiempo, de mi herida,
me llevas y te llevo, mar y nave;
¡oh Rosa!, ¿qué hará el labio que te alabe
más que alabarte? Lo fugaz se olvida,

pero nunca la luz. El viejo río
seguirá su camino al mar, la nada.
Por los aires de Dios la primavera

seguirá proclamando el poderío
de lo que pasa, ¡oh Rosa! condenada
por dentro a florecer, morir por fuera.

I

Me la encontré de pronto. Dije: ¡Rosa!^[73],
¿por este corazón tú nuevamente?
Tú, la Rosa de siempre inesperada,
la dolorosa Rosa por quien vivo
espiando la hermosura, por si en ella
vas ignorada, vas como las nubes
o la belleza por la noche, mientras
nosotros en el sueño. Así, de pronto.
¿Cómo esperar de pronto que en setiembre
ocupado en las cosas de setiembre,
en esperar la lluvia, arar el campo
o fatigar el monte, tú vinieras
tan alegre diciendo: José mío,
¡si vieras qué hermosura de viaje!?

II

Ella estaba en el campo. Y era alegre.
Tenía unos hoyuelos. Daba gloria
verla reírse. Daba risa, daba
pena verla pesar como en las manos
un agua deliciosamente fresca
y fugaz. Le dije: Oh Rosa, espera.
Me dijo: ¿Yo esperar? ¡Quién fuera Rosa
y se esperara! Dime que me quieres.
Para morir es pronto todavía.

III

Rosa, la dulce, la temprana, ¡salta!
Figúrate que el agua te recoge.
Cierra los ojos. ¿Cuántas son? Las formas
de la dicha nacieron en los montes
y bajaron al llano con los ríos,
hacia la mar segura con las aguas.

IV

Piensas, Rosa, que están a estas alturas
en pie y andando aquellos que algún día
ocuparán los huecos que dejemos?
¿Que empezamos a andar con los que un día
ocuparon los huecos que ocupamos?
¿Que suenan otras voces y parece
que el aire se nos vuelve extrañamente
quieto, y como habitado de otros seres
que estos diarios, y nos hablan cerca
de cosas que quisimos? Con dulzura
nos vemos lejos. ¿Cuánto de nosotros
va quedando en las horas, cuánto sigue
andando con nosotros?
Rosa dice:
Pálpate bien los ojos. Mira en torno.
Toca este brazo, ¿no es el de tu Rosa?

V

Verás, Rosa, que nunca dije nada
que rozara el amor y, sin embargo,
esto no expresa nada si no expresa,
Rosa, que estoy calado hasta los huesos
en tu amor; que sin ti, Rosa, no veo,
no oigo, Rosa. Te digo mis oídos,
te digo mis entrañas, mi aposento,
te digo mis latidos; si algo puedo
es porque tú me ofreces una senda
que me asoma a la dicha; si algo mío
existe que merezca una ternura,
que haga saltar un corazón hermano,
o acudir a la puerta apresurada
algún alma al leerme, y quiera abrirme.
Si algo saca color a la alegría
y descubre algún agua en el secano
de tanto corazón como latimos,
es solamente, Rosa, porque puedo
decir: Rosa, te quiero, y tú me escuchas.

VI

Con un pie en el estribo siempre Rosa.
No sé esta tarde, si quizá mañana.
Todo depende, acaso, no sabemos.
Todo depende de los vientos. Nunca
se está seguro. Siempre puede, cuando
menos se espera, presentarse. Dice:
¿No tienes, Rosa, el equipaje listo?
Esto se va ya mismo. Nada espera.
Siempre se queda atrás la mayor parte.
Y yo tengo una pena. Me la callo.
Corazón que me aguarde, será el mío.

VII

SÉ, Rosa, que existir es indudablemente triste. Por eso a ti me acojo, pensando que a tu sombra será menos, o que sepa vivir de otra manera. Un poco otra manera, que es librarse, librarse un poco y caminar un trecho; pensar en ti. ¿Acaso no soñamos? Soñar, Rosa, contigo es esperarse indefinidamente, ver la angustia pasar como una sombra. Tu voz suena; Descansa. Tiembla un poco. No respire.

VIII

Oh Rosa, mi cadena!; con suspiros
me tienes amarrado. Tú no sabes
que el peso de las cosas corresponde
a su poder de gozo, y en tus brazos
me siento aire. Déjame que suba.
¡Oh Rosa, tan pequeña desde arriba,
tan amada, tan bien, tan dulce! Estoy
viéndote en el jardín saltar. No toques
más de lo justo el corazón, que puede
hacerse añicos. No suspires. Deja,
que el tiempo llevará lo suyo. Deja,
que el tiempo te traerá lo suyo. Eso
que si se nombra es muerte. ¿Acaso dulce?

IX

Deja que algunas veces, Rosa, beba
lo suficientemente justo para
no olvidar que soy hombre y eres Rosa.
Que tengo un corazón que necesita
la mínima embriaguez para ir tirando
y divertir la angustia que se aburre
de tanto verse el rostro. Bebe, Rosa.
La tarde es una copa que el poniente
va colmando hasta el borde, este poniente
que se vuelve hacia ti, que es una rosa
abierta inmensamente sobre el mundo,
como en mi corazón, Rosa, te abres.
Ven, bebamos, vivamos, nada pesa.
¿No se cifra la angustia en el fracaso
de flotar sin poder? ¿No es alejarse
un poco de esto poco que nos cerca
el fin de todo? Deja, Rosa, irse
el mundo levemente, tras la copa.

X

El telegrama sólo me decía:
No llegaré esta tarde. Abrazos, Rosa.
Y la tarde me dijo: ¿Qué me hago
desde las cinco hasta las ocho y media?
Y la huerta me dijo: ¿Dónde cuelgo
granados y membrillos? Y las viñas
y los olivos y los romerales
y las abejas y las siempre hermosas
caracolas colgaron vagamente.
Todos llamaban: Corazón, ¿qué hacemos?
Y el corazón les dijo: Rosa falta.

XI

TE llamaras acaso Rosa, y fuera
más propio. Quizás prisa, quizás irse,
o simplemente huir entre mis brazos,
o quizás simplemente. Pero Rosa
es quedarse; tus hombros, son tus brazos
gordezuelos, tu cara y tus mejillas
como dos rosas, y que son dos puentes
que de la dicha llevan a la dicha.

XII

Rosa, mi corazón, mi latifundio^[74],
mi campo de amapolas, mi arroyuelo,
mi torreón de mirlos, mi rodo,
mi noche de verano, mi proyecto
al fresco de la tarde, mi ola, ¡salta,
salta a mis brazos! Deja que revuelva
un poco tu cabello, mientras pienso
en la colmena oscura, con las mieles
ya colmadas de agosto, y el murmullo
de las abejas. Corazón, mi Rosa,
te adoro simplemente. ¿Te lo he dicho?

XIII

Nada tienes que ver con la poesía.
Una cosa es poesía y otra rosa,
aunque, al nombrar los pétalos, las gentes
piensen que los poetas no andan lejos.
Mas no es verdad, y sí que tras los pétalos
andan los muladares, los canteros,
los hortelanos, las fecundaciones,
tus manos indudablemente bellas
que los recogen un momento, dudan,
y los entregan a las aguas mansas.

XIV

José, ¡qué pobre hombre! Lo sé, Rosa.
Rosa, ¡qué dulce Rosa! ¿Tú lo sabes?
José, no sabes nunca lo que quieres,
ni dónde vas, ni lo que piensas. Dilo.
Ni lo que dices o qué esperas. Dime,
¿puede una Rosa como yo pasarse
la vida junto a ti? Rosa no fuera
si me quedara siempre. Adiós, me voy.
Te seguirá mi verso donde vayas,
lo encontrarás bajo el embozo, bajo
la servilleta. No podrás moverte
sin decir este verso, Rosa mía.

XV

Rosa por el jardín, por los paseos.
Rosa, me sueñas dentro si te llamo
y vas por los paseos. No contestas.
Me contesta la Rosa que pasea
por dentro sin cesar. José, me dice.
La Rosa alegre del paseo se calla,
la Rosa dulce del jardín se muere,
la tierna Rosa del florero canta
su morir con aroma. Los sillones
del salón blandamente agradecidos:
¡Ay, Rosa, no te vayas! Y ella dice
adiós, con un perfume que se queda
errando largamente por la noche.

XVI

Rosa, sólo decirte fuera verso;
pero le temo a la poesía; me mata.
Prefiero declinarte: Rosa, ¿Rosae?
Y en seguida: mi Rosa, de mi Rosa.
Yo te miro. Me miras. Se deshace
al aire de alegría. Brincas, saltas.
Rosa, ¡qué hermosas tienes las mejillas!
Déjame, tengo hambre. Tú figúrate
que son membrillos, eres árbol, eres
un membrillo en el huerto. Yo paseo
por el huerto. Me paro en los membrillos,
y te alargo la mano y lo recojo.

XVII

Le dije: Ven aquí. Te quiero, Rosa.
Mira los tilos, mira las gayombas
volcándose en el aire. Tú no sabes
lo que se siente cuando se derrama
un tilo en las espaldas. Quien no tenga
una mano al alcance cuando cae,
dulce y lenta, la lluvia de los tilos,
perecerá. Entonces ella dijo:
¿Qué sabes tú de muerte ni dulzura?

XVIII

Rosa, entre todas, nunca ausente, dije.
Si me duermo, te abres. Por lo hondo
de lo oscuro me llevas, por la noche
camino de tu olor. ¿De dónde vienes?
Cuando te tengo al cabo, cuando grito,
es el fin de la Rosa, rompe el grito
el sueño y tan tranquila en tu florero
estás oliendo clara y al alcance.

XIX

Cuando te dije: Espera, Rosa, un poco,
me dijiste: ¿Esperar? ¡No fuera Rosa!
¿Cómo sin ser José tú respiraras
la porción asignada de tu aire?
¿Cómo, sin ver tus ojos, me amarías?
Eso sí no que no, Rosa, le dije,
porque mis ojos ciegos te ven, Rosa,
Rosa, en el mar cuando te bañas, Rosa,
cuando devoras delicadamente,
cuando contemplas las estrellas, subes
a descansar, o por lo oscuro siento
un llamar y es olor, y digo: Rosa.

XX

Rosa, te digo. Dices: José mío.
Así las rosas hablan cuando hablan.
Dicen ferrocarril, tarde, quedarse;
dicen raso, ternura, paz, amiga,
pasearse, tu hombro y lentamente.
¡Ah, lentamente! Fuera lentamente
en alas del color, de la hermosura,
hacia basuras, hacia estercoleros,
hasta decirlo brevemente muerte,
hasta decirlo humanamente irse,
y quedarse perdido en la memoria,
quedarse mustio por la piedra fría.

XXI

Es tan bello cantarte! Yo estaría
cantándote y cantándote. Llamaras:
Acaba, que la mesa está ya puesta,
y dijera: ¿Acabar lo que no tiene
comienzo? Deja que comience y diga:
Hubo una rosa que me amaba. Era
exactamente como tú. Tenía
prisa siempre. Se iba a los arroyos
por seguir el ejemplo de sus aguas.
Fue una prisa perpetua de hermosura,
un apresuramiento de belleza
asomado a unos pétalos. Soñando
en detenerla se me fue la vida.

XXII

Rosa, mi Rosa, te dijera ausente
algunas veces sin haberte ido.
¿Quién con paso se queda? ¿Qué se queda?
¿Nada se queda, Rosa, estos hermosos
ponientes de setiembre? Huele a gloria
el campo con la lluvia. Sabe a vida
pasear con el fresco en el silencio
que hace la tarde mientras pasa lenta,
mientras pasa la tarde y los palomos
en un revuelo raudo se recogen.

XXIII

Divinamente dulce y bien plantada
en el florero, en las habitaciones,
como que tienes tierra en las honduras
del corazón cantor, de la honda pena
donde nacen las rosas de este mundo,
la angustia que estercola la belleza,
el temblor que te presta los colores,
el rozar a que pides suavidades,
y la esperanza que te lleva leve^[75],
ala sobre las cosas, tan sin peso,
tan con suspiro, prisa, tan diciendo:
¿Estás bien? Tengo prisa. ¿Soy hermosa?

XXIV

Rosa y comprometerse nunca fueron compatibles. Mi Rosa siempre dijo: No me cites, por Dios, para mañana. Mañana, tierra, nadie, son iguales para las rosas. No sabemos nada si no es del leve instante. Somos tan verdaderamente de él como es el ala del aire en que se apoya. Sin embargo, algo pudiera hacerse amando un poco, y llenar el mañana de ternura con citarlo, diciendo simplemente: Sobre las ocho en punto, donde sabes.

XXV

Rosa del alma, a veces son los días
largos y secos. Rosa, son las horas
secas y largas. Dentro, son los pasos
del tiempo cortos, secos. Es la muerte
llamando cada hora. Son las noches
lo mismo que desiertos, que miradas
de un ciego junto a ti, que los oídos
de un sordo junto al mar, o tu palabra
cuando, medio susurro, José —dices—,
soy Rosa, ¿no me miras? Toca. Es sangre.

XXVI

Te huelo, luego existes, Rosa, Rosa.
Te canto, luego existes. José, ¿existes?^[76]
Yo no puedo cantarte, no tocarte,
ni siquiera decirte que te amo,
como es verdad. Te amo y todavía
después de tantos años de ir partiendo
contigo pena y sal y sueño y pena,
de saberme al dedillo los rincones
del corazón, de ver cómo te asedian
las sombras poco a poco, con los años,
de ser a sombra misteriosamente...
José, ¿por dónde iba? ¿No te acercas?

XXVII

Acaso, Rosa, te he esperado tanto
que tengo, de esperarte, las raíces
del esperar tan secas que da miedo.
Acaso, Rosa, no existiese nunca.
(Y decirlo es morirme poco a poco,
mientras lo voy diciendo.)

Rosa, Rosa.

Lo digo sólo por saberme vivo,
oler a casa propia y bien templada,
saber que muerte y que quedarse solo
nada tienen que ver.

Dios de las rosas,

¡qué hermosura de nombres derramaste
para consuelo de los pobres hombres,
sólo por la virtud tuya capaces
de decir: esta Rosa. Y sean jardines!

XXVIII

No morirá la rosa marchitada^[77].
¿O morirá? Se trata sólo de eso.
El latido continuo y la esperanza
que nos sirve de sombra y esa angustia
que sigue como un muro largo, largo,
que sigue como un pozo, como un perro,
lo proclaman alevés. Sin embargo,
el corazón te seguirá en memoria,
una vez que marchita ya no huelas.
El corazón te seguirá llamando
con certeza de ti, seguirá oliendo
tu rastro hasta decir leve: mi Rosa.

XXIX

Ese poco de sangre recogido
es tan grande belleza y tanta prisa
a quien nombraron Rosa y le dijeron:
Vete con ese olor. Pon la mañana
ardiente con tenerte. Vuela en dicha
del alba hasta la tarde. No detengas
un minuto tu paso. Pasa, Rosa^[78],
que por donde pasaste decir puedan:
En este mismo tallo ayer estaba,
y ni el aire se atreve. Quede el hueco
de tu hermosura resonando. Quede
como un verso en el aire el de tu paso,
y la memoria de tu olor, camino
que nos siga llevando a tu hermosura.

XXX

Oh, no te muevas, Rosa! Queda siempre,
siempre tranquila en tallo y en belleza,
como te veo, olor y sentimiento.

Tranquila en transcurrir, mas sin moverse;
tranquila en respirar sin perder vida;
tranquila en apariencia, mas creciendo
en tu ser mismo de belleza y gracia,
de nave eternamente y sin arribo,
de dulzura en aumento y sin llegada,
de esperanza subiente y sin cansancio,
de ternura voraz y con sosiego,
de Rosa eterna en corazón crecida.

XXXI

Mientras llueve, me acuerdo de la huerta,
lejana fuera, tan cercana dentro,
en donde los granados y las vides
abren sus bocas y derraman ricas
sus racimos. Recorro las veredas
por donde me llevabas de la mano,
y aquel tronco final donde dejabas
tu cuerpo reclinar, mientras las hojas,
doradas al otoño y a la tarde,
se detenían en ti, pensando acaso
que eras un árbol más de la hermosura
que le salía a la tierra sin sentirlo.
Yo murmuraba: Rosa. Y no sabía.
Contestabas: José. Mas sin mirarme.

XXXII

Las nubes pasan. Rosa, ¿no aparecen
los huertos diminutos desde arriba,
tu sendero y el mío? ¿No nos vemos
asidos a la dicha como plumas
que un pájaro soltara por el aire
en el vuelo ignorado a su destino?

XXXIII

Entre el sueño y la muerte vamos, Rosa,
andando en medio de tiniebla, espanto,
gritos, furias perdidas, necios ríos
de estupidez humana, quicios duros
cerrados a lo hermoso y a lo eterno;
apenas voz, apenas canto. A veces,
intento de una música a este sordo
arrastrarse de pasos en la tierra.

XXXIV

Adiós, José. Mi Rosa, ¿adiós? Acaso,
mejor callar. Adiós no es siempre irse,
mientras sigan creciendo primaveras,
y en los cauces más secos adelfares,
y en la memoria nombres que son rosas,
como tu nombre mismo. Llega un punto
en que vocablos, hombros, rosas, irse,
o quedarse da igual. Los hombres somos
medida sólo de un amor. El resto
sí que es morir, adiós, lo no existente.

XXXV

Pensar que nunca más esta hermosura,
pensar que ya mañana estos vocablos,
pensar que estos colores, estas nubes...!
¿Y no pensar? Las rosas no pensamos;
casadas al instante, lo seguimos
hasta la muerte. Nuestra vida canta
con olor, suavidades, la dulzura
del existir aprisa o lentamente.
Lo demás tiene nombre sin historia.

*Hija de siempre de las cosas claras,
las estancias de luz, las aguas donde
la paz halla aposento, el tiempo tiene
no paso, mas temblor. El temblor queda.
No te cumple lo torpe. Todo sale
seguro al existir. No hay esperanza,
porque la dicha existe, la tenemos
sin desear ni desazón. Se mide
con hermosura todo. La hermosura
fue en el comienzo. Su fluir no cesa.*

PÓSTUMOS A ROSA
[1990]

Y juntas al no ser el ser que fuiste

LOPE DE VEGA

I

A José Hernández^[79] por su rosa

Nunca segundas partes fueron, Rosa.
Y sin embargo, Rosa, lo que pasa
es que no hay segundas ni primeras.
Pregunta al corazón. Di qué ^[80] te dice.
¿No es acaso la sangre y el latido
la medida del tiempo? El Tiempo, Rosa,
que tú ignoras, tan bella, que te sigue
como un perro tenaz, que sólo espanta
tu aroma difundido. Y es bastante.

II

Quiero contarte cosas que me pasan.
Cuando digo me pasan tiemblo, Rosa,
porque me pasan^[81] dice muchas cosas.
Esto de las palabras, Rosa, siempre
induce a confusión. Hablo, tropiezo,
caigo, me repongo, vuelvo a caer.
Hablar, Rosa, es darse trompicones
de palabra en palabra. La lengua dice
cosas que no quisiera, a tientas anda.
¿No ves, Rosa, que hablando, como hablo,
caigo en lo mismo y a lo mismo vuelvo?
Cosas que pasan. Te diré que anoche
ardieron los rastrojos, una hermosura
de fuego que en festones se corría
de gozo dando saltos, crepitando,
la llama daba brincos, le ponía
un rostro diferente a los contornos,
sorprendida la noche en sus silencios
por la herida que abría en sus costados
la navaja de las llamas alegres.
Era una fiesta de purificación^[82].

III

Te contaré, mi Rosa, las congojas,
los sustos y los saltos que aquí dentro
el corazón mantiene, las batallas
contra el muro del pecho. El pobre pájaro
tiene las alas rotas de estrellarlas
contra esos barrotes invisibles
y tan reales. Y en lo oscuro siempre.

IV

Rosa, me dices muchas veces:
José, ¿qué haces ya por estos predios
que no te pertenecen? ¿Vives? ¿Sientes?
Rosa, te siento a ti y eso me basta.
Me bastan pocas cosas. Tú. Y quedarse.
Y mirar.

V

Rosa, Rosa te digo y nunca alcanzo
la hondura de tu nombre y sus reservas.

Rosa segunda que ahora te me abres,
ábreme tú el secreto, que yo vuelva
a escuchar tu palabra, que yo pueda
decirte, Rosa amiga.

Aquí, a la postre, vuelvo a hallarte.
Eres la misma y yo lo mismo. Sólo
que el paso tiembla y tu misterio
se hace más hondo. ¿Qué hacer, Rosa,
si tú no me lo descifras?

NOVÍSIMOS A ROSA^[83]
[1998]

*Púrpura enciende y vana desafía
cuantas lluvioso Abril le debe a Flora.*

LOPE DE VEGA

I

Rosa, mi Rosa, ¿por qué^[84] de pronto
y de nuevo me llamas? ¿Me llamas
o respondes? ¿Dónde has andado
desde entonces? Decirte que aquí sigo
lo mismo, el mismo. Nadie sabe
nada de eso, de lo mismo que siempre
ni de siempre, ni ese todavía colgando
todavía. Sólo tú, Rosa, tienes
la sabiduría de las ignorancias
que son al fin y al cabo, por acabar,
las sabidurías supremas, esas
como las tuyas que lo saben todo.

II

Esto es sólo deseo de ti, de tanta herida
diaria de ti como he sufrido, como sigo
sufriendo con sólo decir Rosa.

¿Por qué me dueles tanto? Tus ocasiones
no sé si vivo o muerto me tienen,
porque quererte es morir y vivir,
como se sabe, a un tiempo.

III

Nunca como antes y siempre
como antes. Son los lugares mismos,
la mano misma que te escribe. ¿El agua misma
la que corría entonces? Estas luces
de finales de mayo, son las del mayo aquel,
cuando entre los granados me dijiste:
Te quiero como nunca. Yo te dije:
No me hables de nuncas que no existen
sino de siempres nuestros para siempre,
o quizá todavía que nos aguardan.

IV

A mí, Rosa, casi todo me da lo mismo.
Yo sé sólo de una Rosa que me dio la vida,
que por eso respiro, y mientras siga
siendo fragancia pronunciar su nombre
y morirme de amor cuando la miro,
losé, por Dios, mejor es que no sigas.

V

La dicha, ¿qué es la dicha? (La palabra no me hace feliz, dicho de paso.) Yo diría que es sencillamente ir contigo de la mano, detenerse un momento porque un olor nos llama, una luz nos recorre, algo que nos calienta por dentro, que nos hace pensar que no es la vida la que nos lleva, sino que nosotros somos la vida, que vivir es eso, sencillamente eso.

VI

Lo que te quiero, Rosa, no es para dicho,
que si dicho fuera destrozaría lo que te quiero.
Sólo eso que no es nada, la mirada o el silencio
que no se siente cuando pasa y se confunde
con la mirada, pudieran quizás, Rosa,
acaso ni ellos, decir cómo te quiero.

VII

Por qué obstinadamente vuelves, Rosa,
una y otra vez? La misma
con las mismas, ese misterio
del no acabar y ser la misma y otra,
porque tu aroma cuenta siempre
historias de fragancias repentinas
al abrir alacenas interiores.

Aunque
nunca el secreto de tu Rosa sabrás:
porque eso y morir sería lo mismo.
Y para eso, Rosa, siempre es tarde.

VIII

Muchos me dicen: ¿Y esa Rosa tuya
es de verdad? Yo les contesto:
Rosa y verdad son sólo una.
Rosa es el nombre de lo eterno
que ella, eterna, si pronunciara
no sería Rosa.
Ni yo este corazón que vive de eso.

IX

A José Estrada

No estará José Estrada todavía
oyendo el agua aquella en la Alhajuela,
perpetuamente oyendo el agua. (Esto, Rosa,
fue antes de tu tiempo, si tiempo
alguna vez tuviste. ¡Oh Rosa y tiempo!)
Agua y memoria, ¿no son, Rosa, lo mismo,
corriendo siempre en la memoria
de José Estrada en su Alhajuela?
Como yo lo estoy viendo en este instante,
si memoria no es también agua corriendo.

X

Alguien me dice: Ten cuidado
con Rosa, que la matas;
las rosas, no tocarlas mejor,
no se te quede el corazón sin Rosa.

XI

No será este latido
eso que llamas Rosa? Anoche
al asomarme al patio
me arrebató un olor.
Pensé: mi Rosa. Mas no era.

XII

Y tú, Rosa, no sabes,
que queda lo que aguarda;
que nadie más que tú si digo Rosa,
José responde simplemente.

XIII

Parece que no tienes en el mundo
más que Rosa y Abril^[85], cuando^[86]
¿qué sería de Abril, pongo por caso,
sin los celindos, como del estío
sin la iluminación de los jazmines
y su acompañamiento? Y de la misma Rosa,
si no fuera por ti, que no eres nada.

XIV

Sólo eso: pisar, sentir la tierra^[87]
por la mañana con la fresca; que el rastrojo
cruja bajo tus pies cuando lo andas;
que tu perro te busque la caricia
y el belfo de tu potro el verde tierno.
En la penumbra de la estancia luego,
quedarse quieto sin pensar, sintiendo
sólo el pasar del tiempo sin sentirlo.
La tarde, ya la promesa del jazmín cumplida,
no perderse un instante de su gozo.
Y en el corazón Rosa latiendo.
No fuera esto lo sumo. O demasiado.

ROSA TARDÍA^[88]

Cuando te fuiste me quedé diciendo:
sin Rosa ya lo mismo da la vida,
y me volví a la casa. Con tu ida
la casa no encontraba, pero oliendo
estabas todavía. Y yo sintiendo
que estabas y no estabas, la perdida
presencia acaricié. Oh la medida
de la nada tu ausencia, mas creciendo.
Porque sin ti ya nada vale, todo
se queda en esperar, en aire, en pena,
en cantar para nadie, en aire, en nada.

Déjame en mi desdicha y a mi modo,
que ya no puedo más. Me siento ajena
el alma y sola. Nadie en la morada.

X
LUGARES DEL CORAZÓN
[1960-1965]^[89]

El silencio, por dentro. Yo llamaba^[90].
Me preguntaban: “¿Quién?” Yo respondía.
Y era la misma paz^[91] la que me abría
la puerta aquella que la paz guardaba.

Salía a recibirme cuando entraba
aquel olor que yo tan bien sabía,
y una voz, que estoy oyendo todavía,
mi nombre como ahora pronunciaba.

Y estaba todo dicho con el nombre
hablado con la voz, y pronunciado
en la dulce costumbre de la casa.

Vuelve a llamar el niño, y es el hombre
a quien la paz le dice su recado,
y una voz para siempre dice: “Pasa”.

Tengo el recuerdo aquí. La luz aquella
del jardín por la tarde en el estío,
y los vencejos en el ancho río
de la tarde tranquilamente bella.

¡Oh Señor, oh terror!, tu amor lo sella
y el instante no pasa. En el sombrío
jardín, el agua, el tiempo, siguen^[92]. Mío
sigue el instante aquel, sigue la huella

de su paso en el alma. La memoria
va escribiendo la tarde y el relente
y el frescor del jardín recién mojado.

Alguien se acerca. Y es la misma historia.
Alguien que llega. Tú. Precisamente
hablábamos de ti cuando has llegado.

El agua aquella, alhaja, mi Alhajueta^[93],
y huerto (el agua corre) de granados,
y sierra (el agua loca) de ganados,
en donde mi nostalgia se consuela,

de tu memoria (¡oh agua!) centinela.
Pobre tierra la tuya. Los arados
la rompen pobremente. Los sembrados
crecen estérilmente. Pero vuela

a ti mi corazón. ¡Oh distraídas
resistencias del tiempo contra el vuelo
del corazón, derecho a sus moradas

como un toro de muerte a sus heridas,
el olor y la sombra, el agua, el suelo
del huerto, con su sombra y sus pisadas!

Y volverán los niños. Los oiremos^[94]
gritar cuando se acerquen. ¿Quién espera
y no vive? ¿Quién vive y no es ribera
del tiempo que le lame? Contendremos

tal vez el corazón. Tal vez dejemos
el corazón salirse. ¡Quién pudiera
no esperar y vivir! O ¡quién viviera
quieto sobre las horas!

Nos iremos
por la sombra en la sombra. ¿No los sientes
tus mismos pasos en la sombra, lejos
y en tu mano su mano? ¡Oh mano aquella

que me llevó de niño! ¡Oh accidentes
del vivir cada paso, muros viejos
del corazón, jardín y tarde bella!

Madrid en flor, en flor y primavera^[95],
y un hervor en la calle y un latido
de primavera dentro y un sentido
de primavera fuera y dondequiera.

Y una esperanza. ¿Viene? ¡Si viniera
la de siempre esperada! No ha venido.
Asómate, que viene. Y ya se ha ido.
Arrebatadamente primavera

por dentro y de sazón. Temblor. ¿En dónde
está que ya la tengo y no la toco,
y me da la noche y no la encuentro,

y el corazón la palpa y me la esconde
la luz cada mañana, poco a poco?
¡Oh primavera fuera, no por dentro!

Te he querido cantar. Yo te he querido
dejar (mas no podía) este arroyuelo
del verso (¡fuera claro!) por tu suelo,
y darte algún frescor, ¡oh tú, crecido

de siempre por mi sangre, no en olvido
nunca, mas en amor y en el desvelo
siempre de tu querer, olivo, vuelo
de ramón bronco en el secano ardido!

¡Oh señor de este campo que te quiere
y por ti se desnuda y se despoja
de lujuriosa hierba y flor bravía!

¡Oh sangre de mi sangre que se muere
Por tu raíz y tronco, flor y hoja!
¡Oh campo de olivar, oh Andalucía!

Dos muchachas. La vida se aligera
con la palabra, el son. De labio a oído,
paloma es la palabra, y el latido
palabra de la sangre verdadera.

Paloma de la sangre prisionera,
sola en la oscuridad de su gemido.
Palabra de la sangre es el sentido
llamando a la hermosura que está fuera.

Así, desde la bestia a la paloma,
entre soñar y ser va la jornada,
vuelo del corazón hacia su altura.

Muchacha a la ventana, que se asoma
apenas, y ya siente la llamada,
apenas en los labios la dulzura.

The Backs at Cambridge are losing
a number of old elms which have
been marked down for removal.

(THE TIMES, 3 de diciembre.)

Vosotros, viejos olmos. No pasaba
el río (¡oh tiempo!), e iba manso y dulce era,
y con vosotros yo, por la ribera,
viéndoos en la corriente que os dejaba

estremecidos, mientras plateaba,
las hojas en el fondo. ¿Quién dijera
que, yendo en este tren, ahora leyera
que os están derribando?

El tiempo lava

al pasar, y la vida limpia sale,
y el recuerdo más claro. Aquellos días
del esperar cantando. ¡Oh verdes prados

de aquella juventud! ¿Ya nada vale?
¿Derribada quizás? ¡Oh ramas más
de los olmos aquellos derribados!

El calor que esperaba. ¿No era aquello
como vivir? ¿No siento todavía
su labio de frescor? Era en la fría
madrugada. La brisa en el cabello,

y el cabello rondándole en el cuello,
defendiéndola apenas. ¿No era mía
la hora de su plenitud que se encendía,
y la vida en la mano?

¡Oh corcel bello,
arrebatadamente bello y duro,
que la robaste de mis brazos!: deja
la dulce pesadumbre del recuerdo,

el dulce recordar entre lo oscuro,
el oscuro sentir, mientras se aleja
aquello, ¡ay!, que para nunca pierdo.

BREZO

No se llamaba Brezo? Brezo blanco,
blanca locura, brezo todavía
en esta hermosa tarde. Sola y mía
la tarde aquella. A la ventura y manco,

por el monte sin nadie y el barranco
blanco de brezo, fresco de aquel día,
y el corazón el mismo que solía,
un manojo de brezo en flor arranco.

Y lo llevo en el alma recogido
desde mil novecientos treinta y tantos,
una tarde de junio, ¡tan presente!

Y ahora (¿por qué romeros?) me ha venido
como en la tarde aquella. ¡Ay brezo, cuántos
corceles o recuerdos, de repente!

RAÍZ DE MI SER

Como a la paz el bien, como a la altura
el aire que se cierne, como al trigo
el agua por febrero, y al amigo
la mano del amigo, y la hermosura

a abril (a ti) te viene, y la ternura
me viene a mí, y a ti, cuando contigo
mi ventura silencio o te la digo
simplemente y a ti, tú, mi ventura.

Te tengo en la memoria y la presencia,
más allá del comienzo y el olvido,
más acá de la rosa y certidumbre,

¡oh raíz de mi ser y mi querencia!,
¡oh senda de mi paso a su sabido
cuarto del alma, bien de su costumbre!

EL TIEMPO DEL CANTAR^[96]

Con la canción, el agua, la ribera,
el tiempo del cantar, la voz no tiene
aire que la sostenga, y se entretiene
todavía diciéndote que fuera

de ti nada es ya nada. Ni siquiera
vale este verso que a la voz se viene,
ni esta luz que en la tarde se mantiene,
como ala de la tarde, y la aligera.

El tiempo del cantar. La voz perdida.
El recuerdo colgando. La amargura
como un filo encendido del poniente.

Así, presa del tiempo, va la vida,
mientras resuena dentro la hermosura,
y el corazón está con lo que siente.

Era para los años que cumplía^[97]
demasiada ternura, demasiada
dulzura en poco tiempo, derramada
pesadumbre de amor que la tenía.

Siguiéndonos de siempre, madre mía,
de cerca y desde siempre tu pisada,
cuidando de nosotros, entregada
de lo alto a nosotros, cada día.

Ciego, con tu mirada me he alumbrado,
torpe al andar, tu mano me ha tenido,
solo sin tu calor por esta vida.

Sombra con ser, sintiéndote a mi lado,
corazón, con tu sangre este latido,
voz esta que te dice a ti debida.

ERES LA MISMA

Sí, eres la misma. Cuando considero
que nada pasa y todo, y es mentira
el espejo del tiempo en que se mira
la vida, encuentro que lo verdadero

es el brote interior, aquel venero
donde el hombre se halla y se retira
consigo y con su luz. En torno gira
el mundo, pero el hombre sigue entero.

Te tengo aquí. Las cosas no han cambiado.
Sigue la misma desazón gustosa,
el esperar de pronto inesperado.

Tus puertas son las mismas. Presurosa
sales si llamo. Llamo. Te he llamado.
Y la misma. Y lo mismo. Y más hermosa.

Ahora que cielo, vega, mar, collado^[98]
entre nubes y viento han dividido
y los bueyes, el cuello al ubio uncido,
al campo van abriéndole el costado;

en busca de paz fija y sueño usado,
de calor cierta y de común latido,
mi corazón del pecho se me ha ido
y no lo tengo aquí, sino a tu lado.

¡Ay, si tu corazón le respondiera
con verdadera sed al agua suya
y agua a tu sed la mía fuera clara!

¡Qué quieto en tu memoria me estuviera,
y sin salir de la esperanza tuya,
la libertad qué lejos me llevara!

XI
DEDICATORIAS Y DIVERTIMIENTOS^[99]
[1940-1970]

I DEDICATORIAS

A VICENTE ALEIXANDRE^[100]

Poeta en este mundo,
sólo contigo y con tu sombra espesa,
sólo contigo y con tu arcángel claro,
sólo contigo y tus raíces negras,
sólo contigo y con tu cielo dentro,
sólo contigo, sólo por la tierra
con alas, con espumas, entre rosas,
con hierros y con gritos, entre penas.

Poeta en este mundo,
el alma al aire de la vida abierta,
el corazón a la llamada dócil
y la voz a la luz siempre dispuesta.

Poeta en este mundo, con los ríos
manando del costado sangre vieja,
en busca de los tiempos
que no tenían ribera,
cuando el trébol bailaba con el lirio
y eran dulces los hombres y las bestias.

Al andar haces claros los misterios
y tienen tus pisadas transparencias
y tu mirada excava lo insondable
y haces la roca y la esperanza tiernas
y los pozos más hondos, y los mares
los haces breves, viva la presencia,
rompes la sed y cuajas la ventura,
libras al vuelo antílopes y estrellas.

Abres campo a los sueños, determinas
lindes de eternidad a la existencia,
y allí donde se escuchan los crujidos
del rodar de los mundos, te contemplan
la vasta soledad en la que cantas,
la clara libertad por la que alientas.

A UN POETA AUSENTE

Tu memoria conmigo en esta tierra
que tanto amaste, Emilio^[101], me acompaña.
Sobre este mismo mar de tanto azul
que no ha dejado un día de tu ausencia
de preguntar por ti con ola y ola,
bajo este mismo cielo que ni un día
dejara tu recuerdo sin amparo,
por este mismo aire que no encuentra
ninguna soledad como la tuya,
ni corazón que mueva por sus altos
latido semejante.

Por las guijas
de tus playas, perfiles de tus montes
que hacen puro temblor el sol poniente,
por cañadas hondísimas sin agua,
arroyos de adelfares donde late
hondo bajo lo seco un filo eterno
que une las altas sierras a los mares,
cubrías pobrísimos, pizarras,
ruinas de viñedos y lagares,
almendrales fantasmas que le prestan
alguna leve nieve a estos inviernos,
entre estas sierras puras que rodean
tu ciudad maternas, entre estas
cosas que no se van, que van por dentro,
y tan seguras, entre lo que pasa,
algo queda por siempre: la memoria.

Sentimos que el instante se nos queda
inmóvil con aquellos que se quiere,
pura piedra en la sierra, agua perdida,
fuego ardiendo perenne, mar inmóvil,
dureza de un espejo conmovido
por la sola visión de la belleza,
justo instante de amar que a los humanos
nos hace eternos, ángeles acaso
parados en el aire de las horas.
Yo siento el aire vivo con nombrarte,
el corazón caliente con sentirte,
más bello este paisaje que aquí sigue

con soledad de ti, con su hermosura
sin tasa a tu llamada. ¿No lo sientes?

RETRATO DE DON ANTONIO^[102]

Este hombre que se sienta con las manos
sobre el bastón, el bastón entre las piernas,
el sombrero calado, este hombre
con los ojuelos medio entornados,
mirando más allá, más acá, no mirando, este hombre.

Este hombre que no tuvo tiempo o gusto
para hacerse el nudo de la corbata,
con las grandes manos sobre el bastón,
en la mesa del café,
qué día, de qué año, en qué ciudad española,
con su traje de un paño más bien grueso, y los labios,
¡ah!, los labios de este hombre que se cierran, dicen
una sola palabra que no dicen,
dicen una vida que se encierra en una palabra,
muchas vidas que se encierran en una palabra.

Este hombre que ha llegado
hace sólo un ratito
y se pasa la vida esperando en la mesa del café a que alguien llegue,
como se pasa todo el mundo la vida esperando.
No vendrá nadie a sentarse al otro lado del tablero de mármol
y las manos seguirán sobre el bastón, y el hombre
esperará inútilmente sin despegar los labios.
Sabe lo que sabe y lo que no sabe,
dos certidumbres: la una en los labios,
los ojos ven la otra, el corazón la siente.
Agarrada a los labios la sed que no calmará agua ninguna.
Tal vez el aire que viene de un recuerdo
una vez;
tal vez los ojos han visto algo
una vez;
la mano ha sentido otra mano
una vez;
ha palpado en la sombra
una vez;
¡oh memoria!, una vez
tuvieron en su mano la llave;
una vez
fue a abrir la cancela;

soñó desde unos brazos
una vez.
Y se quedó quieto.

VERANO DE 1928. ANTONIO MACHADO

Está desde aquel día,
desde el estío aquel sonando hondo
su verso; igual de claro que aquel día,
igual de ancho que un estío,
sirviendo de temblor con su palabra
a tanto temblor nuestro sin palabra.
Y las pocas palabras verdaderas
siguen siendo temblor, parte por siempre
de lo creado y único camino
de salvarnos un poco cada día,
darle nombre a los mundos que en nosotros
claman por su palabra verdadera.

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE MI AMIGO LEOPOLDO PANERO

I

Siempre por este tiempo,
tú a lo tuyo, tu Astorga leonesa,
que daba plenitud a tu acento
y entonada desnudez a tu canto.
A lo mío yo,
este campo de olivar y olivar
y tal arroyo que lo quiebra con gayombas y adelfares,
tal tajón que platea la matalahúga
o azulean los garbanzales.
Campos unidos por los barros y polvos labradores,
por el hielo de las altas noches
y las chicharreras del verano.
Campos secos del corazón
donde el agua
se busca y se cuida como a la cosecha,
donde el hilo del agua va hilvanando
la delicia a la tierra
con el chopo y el sauce.
En estos mutuos campos, pedazos de la ardida España
temida y creciente en el corazón,
inesperada en la ternura y el terrón sequísimo,
en la ternura y el verde,
feroz y ofrecida,
implacable y amada,
viniste a morir.

II

Como un paso que se acerca por el oscuro callejón,
en medio de la noche,
temerosamente,
al entregarse agosto a las noches refrescadas,
al entregarse los rastrojos a agosto,
al fuego y al brabán,
cuando se tienden más los vuelos de las tórtolas
y los tordos bajan sobre las uvas al madurar
y los higos primeros,

hay por el campo un olor que yerra y dice,
dice dentro una pena: que tal día hace un año,
cuando andaba eligiendo hermosamente
la semilla para su otoño,
para su propia tierra,
en su propia tierra,
llamado por su tierra,
cayó sobre su tierra como una planta a la que vuelca la reja,
a la que el surco llama a su fecundidad;
cayó hermosamente con el canto en la voz,
cantando lo más hermoso de su tierra,
la verdad de su tierra y su ternura,
la impiedad de su tierra y su ternura.

Con el amor puesto en la canción,
cuando agosto se despide sobre los campos,
uncido al brabán sobre el surco,
con el canto y la esperanza
hondos en el corazón como una siembra,
en su tierra
vino a morir.

MIGUEL^[103]

Tú, mejor que nadie, a tus alturas,
sabes que no, Miguel, sabes que no.
Mientras mordiste el ajo vivo
y la almendra amarga y las collejas
y te agarraste a la esteva, y fue el silbido
tu palabra; mientras bañaste
en tus ojos la luz del campo, y no cubriste
sino con cáñamo tus pies, y acariciaste
tu libertad para ti mismo.
Mientras mordiste los ásperos limones
y el barro, Miguel, que era tu nombre, fue tu tierra,
y hablaste con silbidos los diálogos
de la tierra, la madre, fue en tus labios
fiel clavel de la tierra, la palabra.

A DON ALFONSO QUEREJAZU.
EN LAS ALTURAS DE GREDOS^[104]

En las alturas de Gredos
los piornos encendidos;
la primavera con ellos.

Llama viva en la Palabra
en las alturas de Gredos,
primavera de la llama.

De mano de la humildad,
tu palabra-lazarillo
nos llevaba a la verdad.

De mano de la Palabra,
en las alturas de Gredos,
caminos de la Esperanza.

A DÁMASO, EN SUS ALTURAS^[105]

Dámaso amigo, el tiempo nos depara
diversas ocasiones, varias gentes,
nos lleva entre moradas y accidentes,
unas veces la cruz, otras la cara.

A veces gozo todo, la vía clara,
todo va bien por estos continentes.
A veces negro todo. Diferentes
nos hace cada instante. Nunca para

ni nos deja parados. Pesadumbre
y ligereza al par. Nada sabemos
ni en sus motivos, si los hay, contamos,

hechos a su medida y su costumbre.
Así, tras de la luz, como podemos,
tras de la paz, como podemos, vamos.

A JORGE, ESTOS VERSOS AHORA SÍ QUE DE RETORNO, A LOS TANTOS AÑOS DE AQUELLOS^[106]

Desde entonces cadena ininterrumpida
hasta este último eslabón muriendo.
Polvo sobre polvo. Vida sobre vida.
Tal rasgo, tal lugar, tal manera
misma de ver las cosas. Por los siglos
pisando estos lugares, de siempre
a los suyos encadenados; el trajinar labriego,
el guerrear, los hijos, las llamadas;
rodando a lo sabio cada año,
los rincones sabidos, los deseos surgiendo,
los pasos a lo mismo, los temblores
avisando el colmo y la sazón de la esperanza.
Año tras año uncidos.

Habrà que preparar
el otoño, el grano para la siembra,
la tierra para el grano, el apero
para la siembra, las bestias del apero.
Unas nubecillas sobre las crestas
y un silencio en los árboles advierten
la hora. Habrà que prepararlo
todo. Así año tras año, generación
tras generación. Habrà que reparar
los muros, tantos temporales como llevan
sufridos y las grietas comienzan.
Habrà que ir preparando la casa
para los hijos.

Fija, la lamparilla
señala en su temblor constante, en su romper
tímido la oscuridad, el seguro
continuar, el hilo que año tras año,
gente a gente, los va atando, urdiendo
su labor en cañamazos de tiempo.

Ahora que lo dices creo
que llevas razón. Las cosas no son tal y como
aparecen. Hay muchos recovecos
inadvertidos. Estos pobres juicios

van a ciegas, tentando como un ciego
sin báculo la oscuridad. Por dentro
hay como una iluminación. Si remueves,
tras las cenizas quedan ascuas vivas.

CARTA A ALFONSO CANALES SOBRE EL LIBRO EL PUERTO [1979]

Te escribo, Alfonso para decirte
que tu libro llegó. ¿Llegar un puerto?
Desde este tren donde viajo, el navajazo del poniente
enternece los visos de las lomas
al encenderse, haciendo su juego
de sangre, el de la vida, por el cielo.

Pero era de tu libro, entreleído
entre la noche y el desvelo, llevado
de su mano, de lo que quería escribirte.

Alfonso, sabes muchas cosas, dices
muchas de ellas. Para leerte a estas alturas
(hablo, claro, de alturas de los años,
mejor descendimientos), hemos
de estar con los dardos dispuestos,
los lebreles alerta, no se nos vaya
aquella, la esperada. Muchas son
tus sabidurías. Tu verso
es para la voz viva; así se me ha entregado,
o entregado alguno de sus sentidos. Vienen
lentamente los sentidos de la poesía.

La poesía (leo ahora) es una encarnación
que le da cuerpo a lo anterior, invisible
e inaudible, súbitamente revelado.

¿Retórica? Sin retórica, la palabra
se muere, ni hay letra que nos salve.

Ahora desenvaina el sol un rayo
para dejar al seis de marzo caer sobre los campos,
entre Andújar y Córdoba, donde el río
le da su espejo, que es el morir, una tarde
cualquiera. Decía que tu verso
es para dicho en alta y viva voz.
Esta mañana me amaneció escuchándolo.
Tras los años descubro (nunca es tarde)
que para leer tu verso
la voz es necesaria. Amanecí

leyéndote. Tardó tu libro
en llegar, ¡oh, la pereza de los envíos!
Llegó a punto a la cita del goce,
esta mañana misma, seis de marzo.

P. S. ¡Ah, se me olvidaba! ¿Cómo
se te ocurre eso de las distancias?
Dime si dentro del corazón existen.
Y, de aprender, sólo una cosa podría
enseñarte: perplejidad, que es donde habito.
Y ni siquiera.

EN MEMORIA DE A. JAMESON

Storrington es un pueblecito de Sussex,
condado, como es sabido, del sur de Inglaterra.
En la calle del Oeste hay una casa pequeña
—cottage dicen allí—, Twitten Cottage es su nombre,
de pedernal y ladrillo como es uso en el país,
un par de salitas abajo y otro par de dormitorios arriba,
más los servicios y un jardincillo trasero que, a la primavera,
se embellece con unos anémones temblorosos.
Storrington es un pueblecito de no sé cuántas casas,
habitado por no sé cuántas gentes.
Hasta ahora Storrington no tenía para mí más que una casa,
la casa, un habitante,
mi corazón, un amigo.
De vez en cuando el corazón se me iba a Storrington,
llamaba a la puerta,
abría la ternura de unos ojos,
le recibía una voz amiga.
Y así muchas veces, cansado de esto y de lo otro,
cansado de mi corazón,
echaba mi corazón a volar, camino de Storrington,
y dejaba que su latido golpease la puerta amiga.
Hoy, un portazo grande ha cerrado esa puerta,
y aquí tengo a mi corazón para siempre en la calle
de este Storrington para siempre deshabitado,
y he de levantar dentro de mí la casita de pedernal y ladrillo,
pena a pedernal, ladrillo a pena,
y encender en mis ojos la llamita de aquellos,
y contestar con mi voz a su voz.
Dios, no nos dejes tan solos con los que se nos van,
acompañanos con ellos, que vengan y nos sostengan.
Acompáñate de ellos para acompañarnos.
Se nos rompe la soledad sin ellos.
Nos deja solos la soledad sin ellos.
Nos dejas solos de ti sin ellos.
Ellos, los amigos, son tu camino,
que ahora me cierras llevándote al amigo.
Tenlo, Señor, contigo. Tráenoslo contigo a esta soledad.

A JESÚS MARTÍNEZ LABRADOR, AMIGO^[107]

El barro es tu palabra,
el barro se hace carne en tu palabra.
Con barro hablas, dices, cantas
música de tus dedos en el barro,
sacándole su son a cada uno,
su grito, su dolor, su miedo o pasmo,
haciéndolos mirada, gesto, oído,
dejándote tu alma en cada uno.

Humilde canta el barro,
amoroso responde, generoso,
al toque apenas leve,
sutil, con que tu mano le dice:
Responde, mira, escucha.
Misterio de lo inerte, de lo inerme,
nada inerte ni inerme
con mi soplo de amor.

El espíritu en vilo el amor lleva
de modo tal que le da vida
a lo que muerte parecía.
Todo lo mueve algo
que de no ser amor, no sería nada.

Tus dedos van diciendo, susurrándole
al barro: Mira, escucha, tiembla.
Muévete a compasión.
Amor sin compasión es barro inerte.
O no es amor aquello que mueve la materia?
Algo que si nombre no tiene siempre queda,
que destruido sigue si una vez existió.

Eso fue en el principio, algo
que gime, vibra o canta; nunca muere.
Como tu barro, que canta, gime, vibra.
Nunca muere; si no el viento de qué?
Eso fue en el principio, un algo
que al crear te hace suyo,
razón de ser de amor,
y torna la materia éxtasis en tus manos.

A RAFAEL, MI HERMANO^[108]

Mi Rafael, el tiempo nos condena
a vivir en el ansia y en el viento;
lo mejor y peor son un momento
y siempre es pronto si la vida es buena.

Y no es seguro nada, y la cadena
no liga a la hermosura, sí al aliento;
todo tiene su música y su cuento
y buena va la vida mientras suena.

Lo demás, esperar. No de los hombres.
Materia de esperanza no procuran
aunque hechos estén de su sustancia.

Las rosas como son^[109]. Sus varios nombres
les prestan su apariencia mientras duran.
Memoria de un olor es su fragancia.

A MI HERMANO JUAN

Querido Juan, el tiempo que nos tiene
cogidos en sus horas, que nos lima
la ocasión de gozar, la breve cima
en que el vivir se colma y se entretiene

en júbilo la sangre y se nos viene
la palabra mejor, y nos anima
a lo bueno del mundo, el alto clima
de Dios que nos calienta y nos mantiene;

para los días de la gente, el tedio,
la inclinación oscura donde quiera,
el bien huido, el mal necio y sin tino.

Que Dios nos tenga, Juan, de medio a medio,
nos dé la paz de dentro y la de fuera,
la gracia de ver claro en el camino.

A ALFONSO URQUIJO, EN SU NAVA EL SACH

Entre la jara, Alfonso, y la coscoja
y el chaparro, ya sabes dónde digo,
bueno es el mundo si lo alivia amigo
con quien partir el pan y la congoja.

Si tienes a la vera quien recoja
mano cansada y corazón contigo
del amor necesario, y sea testigo
de la vida diaria que deshoja

sus horas raudamente y de su huella
sólo deja el regusto de lo bueno,
y de lo bien logrado la memoria.

Un vaso de buen vino sin querella,
un monte de solaz y caza lleno,
y decir: Aquí paz y después gloria.

A MAURICIA Y JUAN LLADÓ^[110]

Que Dios sobre vosotros flor y trigo,
y cuanto bueno cría, y todo aumento
de lo bueno que cría, sin descuento
jardín y troja os llene. Y sean testigo

de vuestro bien alegre, sol amigo,
lluvia en sazón y en su sazón el viento;
que sueño sin romper y largo aliento,
Mauricia, sean contigo, Juan contigo.

Que, Juanmauricia, con el mismo verso
se hace un nombre de un par de corazones,
como Dios de dos sangres hace una.

Que el Señor de lo uno y lo diverso
en vosotros derrame bendiciones
de alegría, de paz y de fortuna.

UN HOMBRE CABAL^[111]

Era un árbol extraño. No tenía
par en el bosque. Se entregaba
a la vida de modo que dejaba
dondequiera su huella. Poseía

la virtud de crear, sin la porfía
de la brieda, y donde transitaba
sendas al bien en su quehacer, dejaba
siembras de bien que sin sentirlo hacía.

Flor y sazón, un hombre si los hubo,
mudo al rencor, maestro de su ira,
la mano generosa de lo bueno.

Dio a los demás cuanto de bueno tuvo,
rastros de bien lo que dejó en su gira,
nada humano en la vida le fue ajeno.

II DIVERTIMENTOS

A JANE CLEMENS, MALAGUEÑA

Para Carlos Rodríguez-Spiteri

Estoy enamorado de ti, Jane Clemens,
irremediablemente enamorado de tu nombre
y la brisa que al nombrarte se levanta
y la sal que al nombrarte nos alegra.
Jane Clemens, natural de Málaga,
nacida un abril para su gloria,
floreceda entre los estefanotes^[112] y las buganvillas,
venida a menos en caudal
y encaramada para siempre a la belleza,
derramada en las orillas todas de la hermosura,
llegada como una nave de preciosos cargamentos.
Como siempre, Jane Clemens, como siempre.
¿Como siempre? Al abrir este libro, leo:
“Hay ya gris en tus cabellos, y los jóvenes
no contienen súbitos el aliento cuando pasas...”
Y ahora por mi recuerdo pasas
y un aire de mucha ternura te rodea
igual que la delicia por abril,
igual que por el latido la esperanza,
lo mismo que el olor por esas tardes
de Málaga que tanto amaste, Jane,
que tanto, Jane, amo.

A CARMELA OLIVER

I

Hay una voz presente que me pide lo escriba,
hay una voz lejana que sabido lo tiene.
Lo que el poeta dice de lo hondo le viene,
lo sabe la lejana, lo dice la voz viva.

Escrito está el mensaje. ¿Habrá quien lo reciba?
Siempre habrá quien reciba lo que en lo hondo suene.
La voz oye el poeta. La mano lo detiene.
Escucha. Suena dentro. Palabra es fugitiva.

Palabra es fugitiva, por eso siempre queda
la música en el aire y la canción al viento.
Amiga, el tiempo es agua, y el poeta es un río.

Amiga que me escuchas mientras el verso rueda,
no hay verso sin oído, palabra sin aliento;
a ti, amiga, va el verso, no sé si tuyo o mío.

II

Hace ya mucho tiempo que Carmeta^[113],
hace ya tanto tiempo, le pedía
un verso que esperando todavía
está (¡ay!, ¿desde cuándo?) a su poeta.

Pero el poeta a mano la receta
del verso, el tiempo, a mano no tenía.
Mañana dijo que será otro día.
Cada día su verso, si le peta.

Ahora, Carmela amiga, ya no sabe
el poeta si un año son, o ciento
si quien pide es Carmeta o es Carmela.

El tiempo, el verso, amiga, cosa es grave,
y más se pierde cuando va en aumento,
y pasa y pesa más cuando más vuela.

III

Quiero, Carmen amiga, en la blancura^[114]
de esta esperada página el traspaso
dejar de algún temblor, apenas paso,
de la sangre caliente a la escritura.

Dejar en la escritura la hermosura,
entera si pudiera, a cielo raso,
y con el verso el corazón escaso
para necesidad de tanta altura.

Pero entregado y cierto. Nadie sabe
decir lo que por dentro le resuena
y la sangre traduce en su latido.

Carmen amiga, el tiempo es cosa grave,
dejémosle correr sin otra pena
que darlo por gozado y no perdido.

A ESTE FEBRERO, QUE SE EQUIVOCÓ Y SE VISTIÓ
DE ABRIL EN 1966^[115]

Qué disparate, Abril se ha equivocado,
y tomando la posta de febrero
y diciéndose flor para qué os quiero,
a Marzo a la torera se ha saltado.

Y un alboroto por el campo ha armado
de yemas sin sazón, tramas sin fuero,
la violeta diciéndose me muero,

apenas el color recién morado.
No me abrilees Febrero a estas alturas,
que luego viene Marzo con su yelo
y nos hace la pascua antes de fecha.

Tú con las tuyas y él con sus diabluras.
Y donde dice vega pone duelo
y nos deja a dos palmos de cosecha.

CUARENTA DE ABRIL^[116]

Abril cuarenta veces ha venido,
cuarenta veces mil y más viniera,
y cada vez es más la vez primera,
cada vez más abril, loco perdido.

Abril de cada día, mantenido
todo el año, contigo primavera
y multidichas de la vida entera.
Abril cuarenta abriles ha cumplido.

Abril, ¿quién te conoce, así parado
cumpliendo en vez de más años de menos,
edad más bella cuanto más cumplida?

Yo te conozco, Abril, nunca cansado
de traerme de ti los brazos llenos,
de dejarme de ti llena la vida.

EN ESTOCOLMO, UNA TARDE

Eres sueca como la vida que digo,
rubia como la golondrina, y da gusto;
el mar a veces azul, y no te sigo;
el tiempo salta que es un susto.

Mi corazón espiga que digamos
tu cabello por no decir mentira,
las siete de la tarde nos amamos;
nunca es tarde mientras se respira.

Déjame vagar por esas vegas;
lo de menos el nombre; lo de más
sentir que pasas, que no llegas;
¡ay, vida mía! ¿dónde vas?

Me duele la vida, ese recuerdo
de lo que nunca fue, y la ocasión
la pintan verde; si me pierdo
no busquéis el corazón.

Eso de la música, antojos;
los brazos, las colinas, ¡zas!;
yeguas circulan por esos ojos;
no pierdas, si lo pierdes, el compás.

Te vas, bella sueca de las siete,
de entre las manos bajo los pies,
a veces conjugación lo que promete,
otras, suéltame, sale al revés.

Hay muchas clases de irse
de tus descansos, es un decir;
es un decir el desdecirse,
sin quedarse no poderse ir.

El tiempo, el tiempo, el avión;
se nos ha hecho tarde, y para colmo,
dejarse atrás el corazón
sobre las siete en Estocolmo.

A MI SOBRINA PEPA

Oh tú, sobrina Pepa,
sobrina de verdad de las espigas!,
en tanto que yo sepa
decirte a lo que obligas

—a rosa y a lucero,
a brisa y a cantar y compostura,
a dulce tarde, y fiero
despertar, y relente y calentura—,

mi voz sin abandono
cantándote estará sin desperdicio;
mi verso irá en tu abono
trenzando y destrenzando su ejercicio;

mi corazón parado,
mi verso sin candela ni instrumento;
¡oh Pepa!, tú has llegado,
y el aire se ha quedado sin aliento,

y sin su paso el río
alegre, y sin verdad y sin mentira
el mundo, ni albedrío;
la voluntad sin ira.
¡Oh Pepa, mi sobrina,
saltando por las cosas!
¡Oh Pepa, saltarina
de corazones y de rosas!

Ya no te sigue, Pepa,
mi verso. Lo has cansado. Más alada
que mi palabra vas. ¡Oh, que no quepa
sin ti ya nada!

ROMANCE DE DON SEBASTIÁN, REY DE BASTOS^[117]

1

Don Sebastián, Rey de Bastos,
iba por el olivar,
los ojos grandes y tristes,
y la barba de azafrán
—de su cabellera, el aire
es comedido galán;
el manto, de piel y pluma
y la corona real—,
sobre su jaca burrera
que se deja el viento atrás,
negra si la noche es negra,
y en las ancas un lunar,
duras las crines de estopa
y la cola de alquitrán,
y relinchos que se quedan
prendidos por donde va.

La primilla suspendida
se olvida de avizarar,
las tórtolas no se mueven
cuando lo sienten pasar,
sólo las perdices pican
el aire con su metal
sin enterarse de nada
y sin quererse enterar.

“Olivos por donde voy,
plata que tenéis me dais,
aceite para el cabello
y aceitunas para el pan,
sombra para mis pesares
y leña para quemar;
ni plata ni fuego os pido
mientras no me deis la paz”.

Los olivos siguen serios
sin volver la cara atrás,

que las lomas están pinas
y ellos tienen que llegar.

Tanto le pesa la pena
y el basto a Don Sebastián,
que se apea de la jaca
y se sienta a descansar
debajo de un grande olivo,
el mayor del olivar.

La corona pone a un lado
y echa la cabeza atrás.

Lágrimas duras de azogue
por las mejillas le caen,
suspiros como pavesas
por la boca se le van:
“¡Ay, amantes sin orillas
de donde lanzarse al mar!
¡Amantes de tierra adentro,
a morir y nada más!
Pena como la que tengo
no la ha sufrido mortal”.
Y apoya sobre la mano
la hermosa testa real;
los cabellos se la cubren
de oro, de miel y azafrán.

El más bello rey de todos
tiene una pena mortal:
de amores se está muriendo
en medio del olivar.

2

La joven Sota de Oros
se levantó peripuesta,
se puso el jubón pajizo
y se alisó la melena,
se caló un bonete raso
con cinturillas de perlas,
se miró luego al espejo
y sonrió satisfecha,

porque el espejo le dijo
con su lisa y blanca lengua
que en la baraja de sotas
no había sota como ella;
luego los gregüescos verdes
en las redondas caderas,
y sobre los lisos muslos
se fue ajustando las medias,
finas si tienen que serlo,
pero las ligas no encuentra.
Maldice su mala suerte,
y el suelo todo de hogueras
se hace a sus pies, sin descanso
dondequiera que los sienta.

“Llegaré tarde a la cita
y Don Sebastián no espera”,
y en el blanco pecho se abre
con las uñas roja puerta
por la que la sangre brota
sin tener la nieve en cuenta.

Se abalanza a la ventana
seguida de sus doncellas:
“¡Miradla, amigas, miradla
quien en el pico las lleva!,
la enemiga de mi dicha
que por los aires se vuela”.

3

El toro del desengaño
su hondo cuerno le ha metido
al Rey, cuya sangre suelta
va corriendo como un río
por el olivar abajo,
dejando a su paso lirios.

La alondra de la esperanza
que en las barbas tenía nido
se remonta y se remonta
por el azul encendido.

Los tristes ojos del Rey
la siguen en su camino
y sus orejas escuchan
perderse el lejano trino:

“¡Ay esperanza que tuve
y alejarse de mí miro!”.
La alondra tiene sus alas
y el toro dos cuernos fijos,
la alondra una voz de ángel,
el toro su negro hocico.

La una le habla desde el aire,
la otra con el cuerno hundido;
la de la alondra le llega
tan delgada como un hilo:
“Mientras se espera se vive;
quien no espera no está vivo”.

Grande y ronco, desde dentro,
el desengaño le ha dicho:
“Esperar sin esperanza,
Don Sebastián, es perdido.
Más te vale estarte muerto
que estar de la muerte al filo;
la esperanza sólo juega
cuando los deseos son niños.
Muérete, Don Sebastián,
la muerte sólo es lo fijo”.

Don Sebastián la cabeza
reclina sobre el olivo.
La jaca lo ve morir
y lo llama con relinchos.

La Muerte, tan complacida,
aparece por el viso;
como presente de rey
le trae el último suspiro:
“Cuando en los labios lo tenga,
Don Sebastián será mío”.

Fuera la Sota de Oros
de su palacio y de sí,
por el campo daba gritos:

“Don Sebastián, alhelí
de mi amor y de mi culpa,
¿cómo estás vivo y sin mí?
Tu joven Sota se muere
porque no te tiene a ti”.

Cuando llegó al olivar
vio una figura gentil,
con cara de albayalde
y las manos de jazmín.

“Doncella, donde usted vaya,
yo con usted quiero ir.”

“Yo no soy yo; soy mi pena,
que es lo que queda de mí.”

“Doncella, para su pena
tengo yo un remedio aquí.”

De la faltriquera saca
un gran tarro de elixir.

“Tragar no puedo, señora,
que el dolor me traga a mí.”
La señora entonces saca
de su regazo un cojín
bordado con aves verdes
sobre un fondo carmesí.

“Doncella, bajo este olivo
un sueño vais a dormir,
mirando las aceitunas
y escuchando el colibrí.

Os dormiréis de doncella;
despertaréis querubín.”

La joven Sota reclina
su cabeza y, sin sentir,

se duerme y sueña que duerme
un sueño que no halla fin.

El Rey de Bastos ha muerto
a cuatro olivos de allí.

XII
OSCURIDAD ADENTRO
[1950-1980] ^[118]

I
RAÍCES EN LO OSCURO

Hay raíces que labran en lo oscuro
y no sacan al aire tronco u hoja,
pasos perdidos en lo oscuro, dentro,
voces oídas en lo oscuro, sordas,
manos que tientan y no alcanzan, ojos
abiertos en las sombras.
Oscuridad adentro, ¡cómo huelen
en nostalgia y recuerdo aquellas rosas!

Esto es largo y oscuro. Nadie viene.
El corazón espera y siempre espera.
Y nadie viene. El corazón no sabe
más que esperar junto a las aguas negras,
donde pasan las sombras de las nubes
sin señalarse apenas.
El corazón está con lo que sabe,
llamando y sin entrada en las tinieblas.

Dicen que habitas en lo hondo y llega
como un rumor de ti, como una brisa
que viniera de lejos, como una
remota lucecilla.

El corazón se alegra. La mirada
te busca. El pie vacila.

4
SOBRE ESTE POLVO

SOBRE el polvo,
sobre esta angustia me deshago,
sobre este tener que usar los nombres,
sobre este gran temor de usar los nombres.
Sobre este polvo
que sabe a ti, que tú saboreaste,
este repetimiento de congojas,
este aire continuo de congojas,
este camino de congoja y polvo.
Sobre este polvo,
Señor, que respiraste, que respiro.
Igual que la tormenta
en la sierra lejana, que la piara
galopando aterrada en la llanura,
igual que por la noche el temblor de que vengas.
Sobre este polvo
se abre enorme la angustia,
me retuerce la angustia.
Me deshago.

II SONETOS

Aquello era la gloria. Se llamaba
ternura, paso de ángel. No tenía
ni un roce, ni una arruga. Se veía
aún la mano de Dios que lo formaba.

Como el ojo de un niño, como acaba
un poeta su verso y todavía
está en el aire errando la armonía,
mi corazón en su delicia estaba.

Viejísimo rumor del paraíso
que en las entrañas maternas suena;
hierro de Dios en nuestra carne inerte.

Freno y espuela en nuestro ijar sumiso,
mano de Dios que nuestro sueño ordena,
cara de Dios que en nuestros ojos duerme.

La conozco de siempre. Ése es su paso.
Como se escuchan pasos conocidos,
y al corazón le dicen los oídos:
“La que esperas se acerca”. Y está acaso

el temblor al acecho del abrazo,
así en el corredor, como latidos,
han sonado sus pasos conocidos
y en mi puerta, después, su aldabonazo.

Y el corazón le ha abierto: no esperaba.
Tenía prisa de entrar: nunca se iría.
Cogió el mejor lugar del aposento.

¡Ay, corazón, se empieza y no se acaba!
De lejos y derecha te venía
y por mi sangre, suelta, yo la siento.

Está entre la hermosura. No se siente.
La hermosura la lleva aparejada.
La hace más hermosa estar dañada
y sentir su temblor tan brevemente.

No para de roer. Oscuramente
va por las dulces venas, engañada,
abriendo al corazón la bocanada
que segará la vida de repente.

Espanto pequeñísimo, enemigo
clavado en las entrañas de la vida,
diente oscuro y cruel en la belleza.

Gusano pertinaz, viejo testigo
que corta nuestra hora a su medida,
y que no acaba nunca cuando empieza.

¡Qué duros tus retornos! No esperaba,
Señor, que así vinieras, que así fuera
hacia ti sin saberlo, de manera
que, al querer acordar, ya me asediaba

tenaz tu corazón, ya me llagaba
tu amor, terco y ardiente con la espera,
y sin poderte ver, claro te viera,
ciego como tu vista me dejaba.

Toro, verano, Dios, déjame echado
en esos de tu paz descansaderos,
en esa de tu luz por siempre aurora,

y déjame de mí, por ti, olvidado,
tus aguas a mi sed abrevaderos,
tu sangre de mis^[119] culpas redentora.

5
TIEMPO Y HOMBRE

Va siendo ya para la voz cansada
disperso el recordar, loca la hora,
pasando más deprisa y más señora
de este río sin tregua. Encadenada

la acción al desear, y la mirada
sin romper en lo oscuro, y sin demora
empujando la mano destructora
¿de quién y para quién?, ¿hacia qué nada?

¡Oh tiempo!, Dios te suelta con el aire,
respiración, latido, pobres gentes
que han de labrar con tiempo sus asuntos.

Araña inútil, hombre, tú donaire
del tiempo, entre las manos inclementes
del tiempo, tiempo y hombre siempre juntos.

GOLPEAR NUESTRA CARNE

Oh Dios!, si para tiempo o para muerte
anudaste a estos huesos tantos sueños,
y en este corazón tantos diseños
hiciste de ti mismo; si por verte

espíritu y dolor a común suerte
redujiste y lanzaste a tus empeños,
y nos diste la gloria de ser dueños
y el terror de tenerte y de perderte;

si de ti mana el bien y corre el llanto,
y la lengua que canta y la que aúlla
son obras ambas mismas de tu diestra,

¿por qué tanto, Señor, y tanto y tanto
golpear nuestra carne que es tan tuya,
para matar tu imagen que es tan nuestra?

7
DIOS DEL ESTÍO

*A Manuel Alvar, en recuerdo de
su visita veraniega hace tantos*

Qué atroces tus veranos! ¡Cuánto estío,
y qué largo a tan breve primavera
para esta parva humana que en tu era
avientas al sabor de tu albedrío!

¡Y este calor tremendo, el ancho río
que tiene tierra y cielo por ribera,
y este secano en que se hunde entera
la raíz de tu amor, el pecho mío!

Barcinador celeste te imagino,
con tus enormes horcas barcinando
gavillas de sudor y de despojos.

Y en estos duros campos adivino
tus huellas que los pies me van quemando,
tu sequía a mi sed en los rastrojos.

III RETORNOS

1
OLOR A JAZMINES

He entrado en la casa deshabitada de todo
salvo de un olor a jazmines
que la llenaba. Me he quedado
como vestido de su olor, como penetrado
de ese mundo, fuera de mí, parte de él,
con tantas sombras que participan de este olor,
aire hoy sólo animado por el aroma de los jazmines,
a quien setiembre saca su blanco más profundo,
como a una vieja arpa su mejor sonido
una mano antigua, o a unos huesos cansados
su quejido, el amor.
Errabundo por la vieja casa me he perdido
buscándome a mí mismo
a ver si por fin me encuentro. El errabundo
olor de los jazmines me persigue.

2
ESPEJO INTERIOR

A lo de siempre vuelvo desde siempre:
a la mano primera y a la casa,
al mayo de celindos y gayombas,
a las ruedas del tiempo en los umbrales
tras la paz albergada, a aquellos ojos
de ternura conmigo, a los silencios
escogidos.

El corredor de losas relucientes,
la escalera subiendo a la ventura
del sabido calor, y los serones
de la Alhajuela^[120] rebosando frutos.

Y luego mayo, loco en la Ribera,
los ruiseñores locos en el huerto
de Perea, cantando locos mientras, lentas,
las ruedas del trabajo y de la lana
las aguas de la sierra iban moviendo
bajo murallas nobles.

Los ojos, aves locas, se escapaban
en vuelos de miradas, al prodigio
del agua y de la rueda, a los olores
de gayomba y culantro, a los colores
de malvas y amapolas, a los vencejos
zurciendo en el azul blancos retazos.
¡Oh este espejo interior, donde aparece
el de hoy, el de ayer, el siempre niño!

3
DIOS TORRENCIAL

Necesariamente al comenzar las tardes a alargarse,
necesariamente
al irse las sombras alargándose,
desde muy antiguo,
como venida de muy antiguo,
una desesperanza,
desde muy antiguo, y necesariamente
con los primeros largos días del verano,
con el primer calor estival, sobrevenía.
¿No eres tú, Dios mío, el pan, la sal de la tierra?
¿No eres la roca, el arroyo, el belfo ansioso?
¿No eres la espera?
Dios de mi desesperanza,
Dios ternísimo, carne hecho;
Dios, desde chico
te miro, Dios, te escucho;
dentro Dios, fuera Dios,
Dios por todo, pared mía, aire, espacio mío,
corazón aquí dentro,
latido, sobresalto,
esta hermosura, terror tuyo,
mar extendido o puñado de tierra,
una pequeña, antena del insecto indeciso,
línea, esta línea, vocablo, este vocablo.
Todo para nadie; derrámate,
rómpete, Dios torrencial.

TU OFICIO, POETA

Para que algo quede de este latir,
para que, si alguien quiere mirarse, pueda;
para calmar quizá alguna sed, y que alguien diga
“a mí me pasó algo semejante”.

Los poetas estamos para eso:
para ofrecerles tránsito a los demás,
para que se encaramen sobre nuestros latidos, y que divisen
un poco más allá, en medio
de tanta oscuridad como nos circunda.
A veces nada tiene sentido, ni siquiera
que me des la mano o ese
limón redondo tan bello en la vereda.
A veces lo que tiene sentido no tiene sangre,
ese poco de sangre por la cual se muere.
Todo es ganas de morir de otra manera,
ganas de imitar a los ríos y que la tierra vea
que hay otras aguas y otras penas, y los cielos
contemplan misericordiosamente
nuestras peregrinaciones.

Tu oficio, poeta, es contemplar,
que todo se te escriba dentro; luego,
quizá leer allí mismo, quizás decir a los otros
lo que allí mismo, escrito, tú lees.

ME DICEN QUE OS DIGA

Soy un poeta que tiene
la voz temblorosa, y no sabe
qué clase de luz se le viene a las manos,
y cómo disponerla, y decirles
a los demás la clase de luz
que se le viene de pronto, sin saberlo, a las manos.

No sabría deciros, si alguien
no estuviera por dentro diciendo:
“Di ahora: La luz tenía esta forma,
y una vez comenzado sigue siempre”.

No sé muy bien qué luz sea ésta;
no sabría deciros de la voz.
Soy un poeta a quien se le dice.
Escucho. Os hablo. Acaso me entendáis.

De esto que digo apenas sé la forma.
Siento una resonancia, pego el oído.
Se viene la palabra como un agua.
“Diles esto. No digas otra cosa.”

No es triste ni alegre. No es triste
ni alegre un poco de ceniza.
Es un poco de ceniza. Si lo vemos,
decimos: Es sólo un poco de ceniza.

Claro que no digo lo que tengo pensado,
porque tampoco lo sé muy bien. Me dicen
que os diga. Nunca dicen:
“Diles algo que entiendan”. Simplemente:
“Diles”, y a veces solamente
es como un poco de ceniza.

Como una chispa de luz que la ceniza
lleva olvidada, y otras veces
es un derramarse de algo como la tristeza
o la alegría.
No me llagáis responsable.
Más vale que paséis sin parar.

Uno es un poeta que ve de pronto una rendija
abierta a una luz indudable.

TRANQUILO DESCANSARÍA

Tranquilo descansarí, si fuera esto bastante. Si la cancela al abrirse nos entregara el mundo de la fuente como al ansia nosotros por las tardes aquellas que se abrían sobre nosotros inmensamente, y en melancolía nos sumergían, o igual que a la azucena la tiene mayo en sus mañanas, o el fuego del rastrojo se da al viento. La vega, ahora entregada a los calores de julio, se silencia. Girasoles se tornan lentamente obedecidos a un calor que les urge. Todo pasa^[121] serenamente. Descansa el campo año tras año, los mismos y distintos; al misterioso rodar nos llama la naturaleza. Los mismos y distintos adelfares, llenando de colores los lechos agostados. Todo llama y espera. A esto nos han hecho. Y la llamada persiste. Se nos pierde tras la esquina la sombra. La figura, la misma, el mismo acezar. ¿No es ella? Ella en todo lo nuestro estuvo presente. Compañía resumida en el brillar de los ojos pequeños, compasivos; en el huir ligera a las colinas, los helechos rojizos y la entrega a la hermosura. Los brezales ocultaban la entrega y la hermosura. Alguien nos toca en el hombro. Alguien dentro murmura, alguien presente nos dice algo al oído. Ya nadie espera. El relente y las estrellas invitan a dejar sola la noche.

LA VISTA SE VUELVE

Inevitablemente la vista se vuelve
atrás, y no quiere soltarse
de las amarras del pasado,
el aire de la inocencia, los pasos
por la calle, la premura
tras algo que esperaba denso
de promesas y de alcance.
Prístino todo —sólo
un alargar la mano— y al alcance.
Caballos espléndidos rompían,
nubes bellísimas colgaban,
vencejos locos nos reclamaban a sus vuelos;
suelta el agua en delicia, desbordaba
el gozo, y andar por el gozo a la delicia
era. Hermosuras libres, corredoras,
en éxtasis invitaban, alargándonos la mano.
Las calles iban anchas a la esperanza
y transeúnte la alegría por ellas.
Las campanas con su son al aire
convocaban a más dicha.
¿Dónde, ahora que siguen los vencejos y las aguas
y las nubes se cuelgan, está el hilo
sutil que las ataba a tanta dicha?
Aún el cuerpo sigue, y su presencia;
ávidos los ojos, en la forma
creen tocar aquello que al alcance estaba.

8
LA ESPERA

El cuarto con la ventana en flor.
Encaramados
a su soledad, con anchos caminos
donde escapar, nos invitaba
y las dejábamos en busca
de tanta pretendida
ilusión. ¡Había tantas
ventanas, puertas, avenidas...!
Camino todo era, y los pies ansias
dispuestas, incansables. ¿Por qué vuelven
ahora continuamente a suscitarse
aquellas ocasiones? Déjame tranquilo
rumiar mi soledad sin avenidas.
Deja que el agua sin más su son repita.
Nada quiero. Dejar los ojos a cuanto
quiera entregárseles. No ir a las cosas;
dejarlas penetrar hasta lo hondo,
estarse quietas en lo hondo. Esperar.
Cada hora lo suyo. Esperar es misterio,
y el misterio uncido va a la espera.
Siempre está algo por venir.
No la esperanza, cosa de otros dioses.
La espera, que es vivir mientras se muere.

Dentro de mí estás, pueblo mío,
 tanto como sobre los cerros en que te asientas,
 por mí van tus calles pinas hacia los siglos
 o extendidas hacia la vega
 que te trae la labor y el pan de cada día.
 Dentro de mí suenan repiques de campanas,
 vuelvo la vista y tendida,
 fría y extendida estás,
 abierta al solano, edificada sobre el yeso.
 Batanes sonaban,
 misteriosas tenerías,
 molinos y aguas corredoras,
 menestrales y hortelanos,
 zurradores con el trajín y el afán,
 al paso lento de la yunta y la rueda
 te ocuparon un día.

Una luz propia los amaneceres
 te desnuda enterneciendo la sierra
 y te devuelve con las primeras sombras
 a los sueños de tus viejas piedras
 y a los recuerdos de tus romances.

Pasos amados, polvo de mis gentes,
 fueron ascuas a mis días,
 hoy rescoldo cuando atardece.

Calma y espera

Si fuera bastante tranquilo
 descansaría. Si la cancela al cerrarse
 y el mundo de la fuente se entregara,
 como el ansia a nosotros por las tardes,
 aquéllas que se abrían inmensamente
 y en melancolía nos sumergían,
 igual que a la azucena la tiene
 mayo en sus mañanas
 y el fuego del rastrojo tiene al viento.
 La vega, ahora entregada a los calores
 de julio, se silencia. Girasoles

se tornan lentamente obedecidos
al calor que les urge. Todo pasa
serenamente. Descansa el campo
del trabajo invernal. Año tras año
los mismos y distintos, al misterioso
rodar, llamando la naturaleza.
Los mismos y distintos adelfares,
llenando susurrosos de colores
las ramblas agostadas. Todo calma y espera.

A eso estamos hechos. Y la llamada
persiste. Se nos pierde
tras la esquina la sombra, la figura,
la misma, el mismo acezar. Ella?
En todo lo nuestro estuvo siempre,
resumida en el brillar de los ojos
compasivos, en la huida
ligera a las colinas, los helechos
rojizos, la entrega a la hermosura.
Los brezales erguidos ocultaban
la entrega y la hermosura.
Alguien dentro susurra. Alguien presente
dice algo que túneles abre
interiores al misterio. Ya nadie espera.
El relente y las estrellas asomando
invitan a dejar sola la noche
y a nuestra soledad la desconsuelan.

Algunas veces

Cuando se tiene la palabra dentro
en que se encarnan aire y significado,
todo dentro es hervir confuso,
no resuelto temblor que bulle dentro,
tantos rescoldos que no rompen en llama,
tantos rotos cristales hirientes dentro,
que sólo la palabra resuelve en libertad,
algunas veces.
Algo dentro pide
su voz y pronunciarse. Una cadena
nos ata y nos dispone así a la angustia
de la libertad. Uncidos vamos
al tiempo, nuestra yunta,
la libertad y el tiempo uncidos.

IV
VOLANDO AL JAPÓN [123]

Me dicen que estamos incomunicados
y se me ocurre qué quieren significar con eso,
cuando resuena la soledad
y gime dentro algo que le responde.
Como un vacío resonante por dentro,
un perderse por dentro;
no está oscuro
ni tienen sentido lo oscuro o la luz,
es otra cosa,
la poesía debe de ser así,
un resonar en lo interior,
un balbuceo que cuando se traduce en palabras
ocurre el milagro
y se multiplican el pan y los peces,
y gime algo por dentro.

Le gusta a uno la hermosura del campo,
ayer por ejemplo, con unos rompientes
de luces y sombras por los olivares,
con una luz que se colaba de pronto entre las nubes
y creaba el mundo.

Y Dios se paseaba por la tarde
y se veía que Dios andaba por la tarde
entretenido en ella,
iluminándola y oscureciéndola.

Había unas flores, muy pocas, en los albaricoqueros
y un juego de sombras y luces.

Se está bien solo, se camina por dentro,
se coge uno del brazo y se habla
de tantas cosas como con la gente.

No nos dejan decirnos.

La belleza anda suelta, desnuda y descalza.

Le decimos anda, ven, y no viene. O viene.

V
EL BREZO Y LAS SOMBRAS [124]

En esta ciudad tranquila, donde el viento
y el rumor de las olas y las^[125] gaviotas
y la línea del horizonte y las colinas
(en estos días tan hermosos e inesperados),
el pensamiento como un ave, y los sentidos
como visos de cerros que, lejanos,
anunciaran países de esperanza.

Pero no hay mucho tiempo, porque el día
discurre tan aprisa como hermoso,
porque es dulce temer que esto se acabe
y no sentir el peso del latido.
Pero el amor es fuerte y sigue siempre,
y la esperanza dulce y sube siempre,
porque no estar aquí ni en parte alguna
es condición del hombre, carne propia.

Hoy, seis de setiembre, una tormenta
ha ido tras nosotros en Escocia
por carreteras estrechas, bordeando
lagos bellísimos que las lluvias
ocultaban como cabellos del cielo.
Andar por Escocia con la lluvia,
como por la vida, rodeados
de hermosuras no vistas, con el alma
tras ellas y sin tiempo, cuando nada
hay que hacer al llegar, sino decir:
Aquí, tras la hermosura, sin lograrla.

Somos unos cuantos hombres venidos
de ramas de árboles distintos
todos diciendo cada día a las ocho
good morning, mientras echan
un poco de café sobre su taza.
Good morning para cada uno significa
una cosa distinta, aunque pretendan
que se escribe lo mismo.
Escribir es morir, si alguien no espera
la palabra, y la entiende y la hace suya.
No es paloma aunque vuele, es puro aire
conformado en amor por unos labios.

Vivir no es otra cosa que un discurso,
una adición de sombras incesantes
a mil perplejidades por minuto,
de ternuras de pronto, de congojas
de siempre, de esperanzas de nunca,
un calor que se nos va, una pena
que se nos viene.

De pronto, una bandada por la noche
de aves que habitaron estas ramas
ha retornado rauda, y he vivido
memorias de otro tiempo, en estas nubes.

Una tarde de agosto en que batía,
ya anochecido, el mar de las rocas, fuimos
por las murallas.

Anduvimos después campos y pueblos,
ricos con lo encontrado de nosotros,
montes de helecho y brezo y hermosura,
lagos donde los cielos se asomaban,
temblando como amor.

Sonaba el agua fresca del arroyo
y los veranos se quedaban en lo hondo
de la vega, y arriba, por la sierra,
tantos airecillos venían
con tantos olores, cuyos nombres
todavía nos refrescan el alma.

Y ahora, inevitablemente,
duramente, indiferentemente,
aquello es sólo niebla en la memoria,
tela para la araña del recuerdo,
colgada por un hilo que se afina
irremediabilmente.

Qué sabes tú de lo que te viene,
de dónde te viene, por qué te viene?
¿Qué sabes tú de esta voz que sientes,
de esta luz que no ves, de este camino
por dentro, de estos pasos por dentro?
¿Quién te llama?
Lo único que tienes es la pregunta.
¿Por qué me tienen aquí? ¿Para qué sirve
esta chispilla de alegría que se enciende,
este asomo de esperanza que no sigue,
este camino que se acorta y no sigue?
Lo único que puedes es preguntar,
repasar de nuevo tus perplejidades.
¿Esperar a que alguien conteste tu pregunta?

La tarde comienza a alargarse, y el camino se pierde un tanto en la noche, y nuestro paso se torna indeciso y busca. Espera. Aún la violeta no ha venido, y la hermosura se cuelga de tantas cosas que decirte, y la vocecilla por dentro sigue diciendo: Espera. Es tiempo de liar los bártulos. No llames. Nadie. Las sombras que se fueron continúan pero su voz se pierde a veces, y su consuelo se acerca más despacio que solía. En el bosque hay muchas señales de silencio. Las muchachas se ven más hermosamente. Los deseos, como muchachas cansadas, reposan. Y ella te sigue hablando interiormente. Espera.

VI
OSCURIDAD ADENTRO

1
OSCURIDAD ADENTRO

A José Luis L. Aranguren^[126]

Las palabras tienen sentido
o no tienen sentido.
Hay, sí, como el reflujo de algo
que interiormente
llama y vuelve a llamar,
se silencia y queda en silencio.
La estela no tiene más que nombre,
la profundidad no se ve a sí misma,
el temor no cesa, y excava,
se adelgaza la esperanza por la que vivimos.
Señor, no toques más, deja.
El corazón teme mucho;
los rostros de los hombres cada vez
muestran más largos caminos
y más dolientes, y recorrerlos
es andar por la decepción y la angustia.

No es lo que te quiero decir
lo que te quiero decir.
En todo caso temo no tener
lo que tengo.
Temo no saber
lo que sé.
Temo no morir
lo suficiente, o morir
demasiado.
En todo caso las formas
suelen prestarse al engaño,
y descansar no viene mal
tras un largo camino.

En todo caso al andar
parece que quedan atrás cosas
y que otras cosas se presentan delante
y al hablar parece que los mundos
salen de nuestra boca
y que^[127] las pompas las pincha un niño distraído.

Si sabes lo que quiero decir,
si te clavabas en la esperanza y murmurabas,
si por fin ves la hermosura clamada,
si haces carne de esta esperanza,
palabra de este aliento,
hermosura de esta esperanza,
¡oh hermano, hermano!, deja que vayamos juntos.
Entre la decepción y la esperanza,
entre la hermosura y la realidad,
entre la carne y el deseo,
entre la hoja y la tierra,
entre el aire de la hermosura y la esperanza
y los corceles del corazón
y los aludes del corazón, corazón abajo,
enterrándolo todo,
entre el recuerdo y sus testimonios,
la silla donde se sentaba, las dulces prendas que sabes,
entre el vivir y el no vivir
está la misma muerte, pero el hombre
es también decepción.
De modo que los hombres
tienen el hacha pero no el árbol,
tienen la mano pero no el fruto,
el temor pero no la gloria,
el andar pero no el llegar,
y ni el comienzo, ni el fin,
ni el descanso, ni la nada.
Sólo el empujón y el aire
hacia el fruto y el temor y la gloria.
Temo ir demasiado lejos
cuando no acabo de empezar a moverme.
Temo entrar aquí dentro
cuando de aquí dentro no he comenzado a salir.
Espero manejar estas herramientas
cuando no me dieron herramientas ningunas.
Me dicen que haga esto o aquello,
que cante el arroyo o la tarde,
que diga primavera o mejilla o temblor,
que abra los ojos y contemple,
que los cierre y vuelva a contemplar,
que me eche al mundo y sus regocijos,
y nada encuentro de lo que dicen

más que un humo en las manos,
un rastro de lo que dicen
mientras suena sin parar un eco,
mientras tiembla sin temblar la rama,
mientras espera sin esperanza el temblor.
Me digo: Vámonos de todo esto, y me voy
efectivamente, adiós, me voy,
miles de ansias lejos,
miles de temores lejos,
miles de ausencias lejos
para decir por fin y cerrar los ojos
y abrir los ojos y encontrar
que no hay miles
de ansias, ni de temores, ni de números
y que estoy donde estaba,
ni sé si esto se mueve, como dicen
que algo se mueve.

A veces digo: Ya está,
con lo que quiero significar sosiego,
bien, en su sitio todo, el rumor
pendiente de la hoja, la hoja
pendiente del aire, el arroyo
por su pendiente, el cantar
por su labio, la alegría
por su agua, la ternura
por su carne, la esperanza
por su cielo, la hermosura
por su alma, la limpieza
por sus lustres, la libertad
por sus comienzos.
Y torno la vista, y nada
está, y me vuelvo a decir:
¡Si hace un momento estaba
donde tenía que estar, y lo llamaba
y me respondía lo que me tenía que responder,
y cantaba lo que tenía que cantar!;
y cuando iba a decirle una palabra
la tuve que inventar porque no la encontraba;
cuando tuve a punto la palabra
como una cierva en un arroyo,
había saltado como una cierva de mi vista;
y ni siquiera me quedé solo para poder decir

que la recordaba, porque seguía allí
el hecho mismo, pero de otra manera, y dolía
como una espina secreta que no se puede sacar,
como un remordimiento que se mete corazón adentro,
que vive de nosotros y es nuestro dolor mismo.

2
SALMO^[128]

Por qué no has de sangrar, piedra?
Hora es ya de que sangres, piedra.
Hora es de que te arranques los varios aparejos que te ocultan
y enseñes la sangre de la piedra.
Vas entre crecidas tumbas y desiguales apariciones,
dejándote enterrar y arrebatar los dones que se te dieron.
Entregas por rescate tu respeto
y tus días por monedas de menosprecio,
la hermosura a los traficantes de las esquinas
y la luz que te fue dada a sus ventoleras.
Hora es ya de que entregues,
viandante de la noche, la luz a quien sepa llevarla.
Mira cuánto amor has dejado en las piedras.
Así ni canto ni agua vendrán a tus labios.
Si no enciendes la verdad,
¿cómo quieres que la tiniebla no se alargue?
Sacude los huesos y dile al pájaro
que vuelva a tus labios y cante.
Sin canto no hay silencio donde crecer.

Yo tiemblo, y le digo a la encina florecida:
¿De dónde sacas la esperanza?
Se me queda la alegría entre los cambrones
y la compasión no crece como debiera
ni la piedad usa mi corazón para derramarse.
Arrojado de mí por los caminos,
sin habitación para el decoro, ¿qué ángel
elegirá este aire para su vuelo?
¿Qué cardo para crecer,
si falta compasión para las raíces
y en el aire aparecen señales
de aquella a la que sólo una vez se conoce?

La diversidad de escarchas es grande
y los mantos de la noche cobertores de miedos antiguos.
La luz usa lenguas diferentes, y lo que late silencios varios.
Así el pájaro canta sobre la rama eterna,
y el año que las violetas no asoman, un hueco en el aire advierte su
ausencia

y nos quedamos en el jardín esperando.

El tiempo de la consumación se presenta bajo especies diversas
y la llamada pide al corazón que se entregue.

Vuelvo a los locos pájaros de la noche;
su solicitud turba los caminos de mi sueño,
la arrebatada vuelta al calor no tiene límites
ni la prontitud con que los fantasmas nos cercan
con toda forma de perversión, y su deslizamiento
sobre la conciencia nos deja sin contemplaciones.
Y sin contemplación no hay soledad que nos salve.

Los nombres claman. Los nombres de la piedra y la esperanza
de nuevo se aúnan para consumir una continuación
por la que el pájaro se pregunta:

¿Por qué? Si lo único es el canto y no suena,
si el vuelo está en el aire y no se advierte,
si la suma de la tristeza es piedra, y piedra el canto.
Por eso lo que se llama esperanza
no responde a las posibilidades de la piedra
y el nombre de la misericordia se reserva para la piedra
y las aproximaciones de la paz se rodean de murallas.
Y eso entre tantos pájaros como presente la primavera.

¿De dónde vienes? ¿Por dónde pasas y penetras?
Me tienes en los entresijos de tu dulzura
e, inhábil para los oficios que me corresponden,
quiero que me desates y me entregues a tus ministerios.
Tu misterio, al que me unes y en el que me acoges,
dice dentro de mí que las posibilidades de la piedra
en la ternura y la extensión de la paz y las profundidades
de la misericordia, unidos a tanta hermosura
como crece en el monte y se lleva el río,
no son países olvidados sino ofrecidos.

El amor adopta a veces forma de rescoldo;
por un soplo de la noche nos enciende,
nos hunde en su tristeza. Desde el principio
fue silencio su ministerio y transcurrió por el misterio
sin dar señales de revelación más que cuando
lo llamaron ciertos pájaros,
los pocos que en el mundo ha habido,
y lo pusieron de manifiesto con su canto.

No es arena lo que me pesa en las manos
sino la falta de esperanza.
Las dehesas de la misericordia no agostan sus pastos.
Crece innumerablemente la misericordia en las dehesas del mundo
y alimenta la esperanza la mina secreta de la seguridad.
Todo se sabe y espera. El corazón está como un latido
y una disposición continua clama por el postigo
donde el pájaro hallará su huida a la luz.
Tú déjalo. Tú no sabes nada.
Todo lo más te tocan en el hombro.

Si la que esperas no está,
si a la de que te hablan no la entiendes,
si a la que llamas no responde,
señal de que la tierra no olvida,
señal de que la voz es cierta.
Es lástima que te cierres.
La alegría tiene ser de hierba
y está oculta y crece
y la lluvia está ligada a la esperanza.
La piedra existe.
Si a lo que no entiendes lo llamas pena
y a lo que te sacude lo llamas dolor
y no sabes nada de sementera,
hay mil modos de escuchar,
pocos de decir.
La voz tiene una palabra
y no suena si no está transida por el misterio.

Entre la bruma estás, más querida entre la bruma.
¿Cómo al cabo de la separación
ibas a retornar entre la bruma
a traerme una palabra que habías
dicho hace cuánto, dónde,
pero que has dicho pensando
que yo ahora y aquí iba a oírte^[129]
sin perder un ápice de su dulzura,
trayéndome, como el viento a la primavera,
las mil señales de tu ternura antigua,
aquella mirada donde yo veía los cielos más azules
y la caricia de una mano donde yo compendiaba la delicia de

Amiga, cuando la luz comienza a caer
y el camino se entrevera de melancolía,
¡cómo penetran y nos abren los entresijos
las raíces del querer que no muere,
las rejas del recuerdo que abren el surco a la esperanza,
y los pájaros llenan el aire de una canción
que hemos esperado toda la vida
y que ahora, a la postre, suena como nunca y nos calienta!

3
DIOS DE LO ALTO

Dios de lo alto,
de lo hermoso,
de lo insaciable,
tras cada puerta,
tras cada noche,
tras cada latido,
cada acariciada cadera,
temida noche,
dura esperanza que no muere,
tierna esperanza en que reclinarse.
Dios de la inmensidad circundante,
del perseguidor latido,
la temida esperanza,
la máscara seguida,
la desnudez imposible,
el querer total.
Y más acá y más allá,
Dios, mi duro Dios,
Dios dentro latido,
Dios mundo terror,
Dios y carencia
y lluvia dulcísima,
recuerdo de los días primaverales, riberas preciosas
a la dicha que nos esperaba,
que cogíamos con el corazón en la boca,
la mano en el temblor,
la luz en los ojos,
la delicia en la nube.
Dios allí
y en lo más oscuro,
el terror nocturno...

Hay cosas que me aburren:
los espárragos y las fábricas,
las reuniones y la política,
aquello donde el hombre aparece y no se encuentra.
Me enternecen la libertad y la tierra recién arada,
la ahijada y la tierra,
la sementera y la tierra,
la sazón y la tierra,
cada cosa en su sazón y en su sitio.
Tengo la suerte de tener labranza y amigos,
brazos abiertos, es decir, familia,
suelo de los míos, es decir, pasado.
Habrás, pues, que dejarse de historias que se venden,
de máscaras que se compran,
de patrias no del corazón,
de tesoros sin cotización celestial^[130],
aunque vivir sea equivocarse
y la poesía oficio de tartamudos,
donde se encuentran a veces y en la oscuridad
hombres de buena voluntad
que buscan a Dios entre las sombras^[131]
y en la perplejidad lo encuentran,
y en el temblor, la luz,
y la esperanza de un refrigerio orillas tuyas,
con un agua tuya para más sed,
y gloria sin tasa,
y deseo deseado y aliviado.

La noche está preciosa.
 Hay una luna rielando sobre el ala del avión
 y abajo nubes como algodoncillos de Dios
 y dentro unos recuerdos y esperanzas como nubes, como
 algodoncillos,
 sobre el mar y la vida los recuerdos flotando.
 Sobre las nubes, entre lo oscuro y lo inmenso,
 una lucecita roja intermitente recuerda.
 Lejos quedan la libertad y sus consecuencias,
 las principalidades y sus concomitancias,
 las ternuras y sus sucesos.
 Aquí, en la solemnidad de la noche, donde reina lo oscuro,
 donde la desnudez no resplandece,
 una lucecita que se enciende advierte
 que en el mundo todo es vano y para siempre;
 que en el reino de la esperanza el temor tiene su lugar,
 que existe una correspondencia con los dones más distantes
 y una concomitancia con las suciedades más resplandecientes.

Todo en el mundo es vano, y no valen
 el resplandor y sus consecuencias,
 el suceso y sus concomitancias,
 la complicidad y sus compensaciones,
 la seguridad y sus adormecimientos.
 En medio del torbellino, sólo hace falta
 un poco de soledad para que se haga visible,
 un poco de pena para que luzca,
 una altura a la que sube cualquier avión moderno para que proclame
 que nada vale en el mundo más que ese poco de temblor
 que sobre la compasión se levanta,
 más que esa dulzura que sube
 cuando la carne se hace puente hacia la plenitud,
 cuando Dios se refleja en la pupila del niño,
 cuando se abre la rosa y se advierte su huella.
 Sobre la inmensidad de la noche y su ámbito,
 ahora que vemos a treinta y tantos mil pies de altura,
 equivalentes a los metros que nadie sabe,
 una porción de corazones,
 cada uno tras su latido,
 yo, un poeta nacido en una ciudad del Sur,

sin acabar nunca de salir de ella y los años primeros,
que perdió su oficio, o no supo encontrarlo,
que creyó oír^[132] la voz lejana
y se quedó con la palabra a medio balbucir
como muo nomore a quien se le uio la paiaora y le rano su vuerro,
camino de Dios siempre en la esperanza,
debatido entre las varias razones que a una cierta edad nos acechan,
inclinado sobre un espejo y perplejo,
tembloroso hacia una luz que apenas se le alcanza,
una palabra entreoída y sin posible enunciación,
un calor en cuya creación se gasta la vida,
un aliento gastado en busca de la verdad, de la luz,
de la indicación al país de la ventura,
las regiones donde continúa el amanecer
y el mediodía se resuelve en aurora,
en revelador encendido,
en no usada senda donde el pie no cesa en la ventura,
el corazón en un latido que se confunde con la belleza,
la caída en la noche dura y dulce,
con la ternura como un can y una cierva
y la hierba como la carne
en que perderse, selva por la que irse,
dejando el aliento y la dicha.
Inalcanzada la imagen soñada, la perfección y la libertad.

Dios mío, aquí, ahora que me llevas, ala de todo,
orilla de la nada, linde de terror, anunciación y consolación,
urgencia y perplejidad,
chispita de luz y querida venilla,
agua para más sed,
trilla de hermosuras,
Dios de mi libertad, que me la cercas,
Dios de mi esperanza, que me la enterneces,
Dios de mi terror, con el que me muerdes,
Dios de mi remordimiento, con el que me amas,
Dios de mis hijos, en que te miras,
Dios del latido de mi corazón, por el que te pronuncias.

Se han roto las nubes, y abajo
está una seca, arrugada y pobre masa de tierras erizadas
donde hondos vallecillos huyen de la aridez de los altos
y se adivinan veredas de cabras,
tránsito de muchas gentes, muchos años, que usan esta lengua,
de muchos corazones latidos por sangre como ésta.
En la lejanía se pierde la pobre tierra erizada
y desde la altura se vislumbra
algún río difícil que empuja sus aguas,
algún montoncillo de agrupados tejados a sus veras
y hazas quebradas con las distintas coyunturas,
amarilleando cereales y, erguidas,
ahora que se acerca el tiempo de la trilla,
o verdecidas ya las primaverales siembras.
Tierra de esta sangre y esta palabra
rodeada por mi corazón por todas partes,
arrugada expresión terrenal donde circula
mucho nostalgia y hermosura
y la honrosa servidumbre de la humana grandeza,
el destino hacia la semejanza para la que se nos designó en un
principio.
Increíble y extraña,
pobre y fecunda,
arisca y entregada,
tierra de trashumancias en busca de la hierba,
tierra de pan candeal, de la granada y la aceituna:
para cantarte se me ha dado esta palabra que te expresa,
este lenguaje que resuena como un río empujado a la altura.

XIII
RAYO SIN LLAMA
[1993]^[133]

Piafa escarbando, gozoso de su fuerza,
y se lanza al encuentro de las armas;
no se asusta, se ríe del miedo,
no se vuelve ante la espalda,
sobre él vibra la aljaba,
la llama de la lanza y de la jabalina;

JOB, 39, 21-23

Tan repentinamente suelto y libre.

F. DE ALDANA

The wild, the free,
like waves that follow o'er the sea,
came thundering on.

BYRON

I

Quiero decir caballo,
se empujan olas blancas,
¿cómo se empujan?
Digo crines, digo y corren,
caballos crines olas con espumas,
cabalgando.
Trigos, espinas lamen ijares
ásperos haciendo surcos sin arado,
ijares lamen los ijares espigas,
ondulando.
Decirte amor,
ijares enardecidos curvado el seno de la loma,
caballos extendidos.
Déjame amanecer.

Pero vuelve, vuelve
el retorno del molino y la oveja,
vuelven la ola y el galope,
el viento en la sien,
galopando
como nunca en las lomas,
soñaba en el galope
loma arriba, gozaba
el caballo loma arriba.
Vivir es galopar, mientras el viento.

Hermoso como nada, como nadie,
hijo de lo veloz,
hermano, lejos espuelas,
arneses, baticolas, crines y viento,
la hermosura.
Galopar es morir mientras se vive.
Nube sombra, polvareda siguiente.
Yo sumiso,
tú, locura y arrebató.
Era entonces la gloria.

Se llamaba con nombre de éxtasis
se llamaba y venía a la mano
y se quedaba.

La ola que no vuelve
y sigue,
cabalgando.

Era la luz y la nube
cabalgando,
es el fuego y el hierro,
cabalgando.

II

Rayo el ojo y el ollar fuego,
fuego ollar el campo entero,
galopando,
el campo tan tendido,
se alza, vibra, se encarama,
entregada la cañada al galope,
galope el campo entero
la cola viento y el relincho al viento.
Nadie sabe de éxtasis, de irse,
lo que es ser viento sobre el viento,
fuego en la muerte de la huida.
Nadie que no haya galopado al viento.
Crin al aire enardecida cola,
quadrupedantem,
nadie que no haya sido acariciado
por la ventura del galope
a campo tendido,
a no ser en la dicha de la huida.

Uncido al hombre siempre,
arma y escudo,
fortaleza y transporte,
carne y vestido era.
Ya el relincho su palabra,
anunciador de muerte o vida.
Desde siempre a tu lado
en la caverna, la yegua maternal,
allí quedó su huella,
de ella viviste, leche y sangre.
Tendióse el arco.
Hubiste de morir para dar vida.

III

Escrita está la Historia por tus cascos,
el ritmo de los tiempos, tu galope.
Qué fuera si no fuera aquel milagro
del solo casco, aquella que dijo el poeta,
sandalia golpeante y reluciente,
cantando a Félix Randall, Herrador,
que tan bien conocía su oficio.

Galopasteis el Bering,
fuego contra los hielos galopando,
estepas infinitas aguardaban
vuestro galopar, para él se hicieron,
ofrecidas a vuestro galopar
eternas se extendían, ansiosas
del rumor de vuestros cascos
y su herida batiente.

Estepas infinitas, hierro y fuego,
carne, crujir de sillas, las estepas
avanzaban ante ellos, las empujaban
los pechos, los relinchos. Seguían
y seguían las estepas, ¿hasta dónde
si su nombre era infinito,
si lo infinito se llamaba estepa?
Furia el turbión de vuestro galope,
torrente, el alarido.
Asia sin fin, empujada sin fin
por vuestros pechos.

Atrás anchas praderas que os dieron vida,
a extinguiros ahora. Mudas quedaron.
El destino tiene quiebros extraños,
resabios del destino, siglos, siglos,
esperando vuestro retorno las praderas.
De Occidente volviendo, fue su ruta
el mar; sus jinetes, navios de Tartesos,
a poblarlas de nuevo y prestarle
corcel a Gary Cooper.
Uno de ellos, Morcillo se llamaba,
Dios lo hicieron los indios.

Como Dios lo adoraban.

IV

Kikkulis, trece y pico siglos antes de Cristo,
Maestro Picador de Sepululiamas,
Rey de los Hititas, en cuneiforme y barro
escribió cuanto de pienso y prado,
de yerba y almohaza,
de látigo y caricia cada día.
El Hitita, Maestro Picador,
en unas pocas tabletas lo dejó escrito
como quien bien lo sabía:
“El sexto día bañarlo cinco veces,
por la mañana, a mediodía
dejarlo pastar,
bañarlo una vez más cuando la tarde”.
Kikkulis el primero, cuantos fueron
maestros en el arte
de doma y trato, pienso y mano,
hasta Don Juan Valero, también Maestro Picador,
que nos sacaba mañanas de verano,
cuando niños, a enseñarnos lo mismo,
sólo unos siglos después:
“En la boca del animal
y vuestra mano, está el secreto”,
mil novecientos veinte de Cristo.

V

Tus lomos corcel, tu cuello arco
que disparas huyendo,
tu piafar ¿tras qué corcel?
Tras este ser en la belleza,
forma de la belleza de tus formas.
Enamorados de tus formas cuantos
capacidad de amor tuvieron
a la belleza de las formas vuestras
en el moverse, en el reposo,
movimiento hecho gracia, hecho
belleza el ser. ¿Dónde sin vosotros,
piedra de la caverna,
lienzo, seda, mármol o bronce,
música, poesía, hallaron
pincel, cincel, palabra, nota,
su destino cabal, mano, ejercicio
y expresión en que plasmarse,
sino en vuestras formas de belleza?
¿No fue corcel el nombre,
de lo que es criatura el aire? ¿Ni dónde
hubo alianza de lo que vuela y queda?
¿Dónde sin vosotros los maestros
de las cavernas, los ignorados y nombrados,
los Fidias, los Uccellos, los Leonardos,
los de Don Diego Majestades,
o los Stubbs pastando prados del siglo dieciocho?

Entre los ojos, los tesoros del mundo.

EL CORÁN

Volarás sin alas, vencerás sin espada.

EL CORÁN

Death on a pale horse

W. BLAKE

¿Dónde rayo sin llama?

CALDERÓN

XIV
OBJETOS PERDIDOS
[1997]^[134]

I

Señor que me has perdido las gafas,
por qué no me las encuentras?^[135]
Me paso la vida buscándomelas
y tú siempre perdiéndomelas.
Me has traído al mundo para esto,
para pasarme la vida buscando unas gafas
que están siempre perdiéndoseme?
Para que aparezca este tonto
que está siempre perdiendo sus gafas,
porque tú eres, Señor, el que me las pierdes^[136]
y me haces ir por la vida a trompicones,
y nos das unos ojos y nos pierdes las gafas,
y así vamos por el mundo con unas gafas
que nos pierdes y unos ojos que nos das,
dando trompicones, buscando unas gafas
que nos pierdes y unos ojos que no nos sirven.
Y no vemos, Señor, no vemos,
no vemos, Señor.

II

Y así como ésta me pasan muchas cosas,
vuelvo por algo al cuarto y se me olvida
a lo que vuelvo al cuarto, y me quedo pensando,
a qué habré venido al cuarto, Dios mío.
Tantas cosas como me estoy dejando que no encuentro,
y vuelvo al cuarto y no las encuentro,
y vuelvo buscando algo que está allí
y no encuentro, perdiendo y no encontrando,
no encontrándome.

Dónde andas?

Pensabas que tenías que hacer esto y lo otro,
y lo otro y lo de más allá. De más allá?
De más allá, hay más allá? me pregunto.
Y me responde un silencio y colijo
—colijo, colijes, colijamos, colijen—,
que efectivamente hay más allá,
porque^[137] —ay, este porqué!—
si no hubiera más allá no habría silencio.
Luego colijo, colijamos, el silencio
es el más allá por el que me pregunto.

III

Nada se pierde dentro, todo queda.
Quedar, quedar? El verso aquel
suena por dentro. Era de Yeats?
Me suena a Yeats, pero no era.
“Por los jardines, donde los sauces.”
O eran mimbreras? Apuros del traductor.
Sauces? Mimbreras? Pero lo que busco
es otra cosa, un verso perdido dentro.
Casi lo tengo ya. Era? Acababa?
Deep of my heart acababa. De pronto:
Are wronging your image that blossoms a rose in the deep of my
heart^[138].

IV

Ahora que tantas cosas están perdiéndose,
ahora que tantas cosas están olvidándose,
ahora que tantas cosas aparecen en rincones perdidos,
un pañuelo olvidado, la flor aquella,
un olor, el nombre de este rostro. El nombre?
Por Dios, dónde está el nombre?
El nombre, el nombre. Tiene barba y mujer.
Me habla cariñosamente, pero sin nombre.
Seguro que es el mismo, con barba y sin nombre,
una mirada dulce y sin ponerle nombre.
Lo malo no es que se nos pierdan,
sino que no sabemos dónde se nos pierden
tantos objetos perdidos como se nos pierden;
un montón de objetos perdidos es la vida.
Y la memoria trabajando en lo oscuro,
buscando incesante, escarbando en lo oscuro,
un animalillo escarbando por dentro,
buscando por dentro. Y nada, nada.
Una mirada dulce con barba y sin nombre.
Y por fin y de pronto: se llama "Montaña".

A qué tanto buscar las llaves
que están siempre perdiéndose?
Cecilia, Pepa, mis llaves, las habéis visto?
Pero para qué guardar unas llaves
que no voy a encontrar y que cuando las encuentre,
por fin mis llaves, no guardan nada dentro,
tal vez expresiones, “con tanto como te he querido”.
Nada de aquello poco, nada queda,
como un tonto escribiendo esto poco,
de qué, para qué? De un armario cuyas llaves
no encuentro, como un tonto escribiendo.

VI

A Carmen

Por favor, mándamelo, me dijo.
Quién fue? Me la encontré en la calle.
Dios, por Dios, dame su nombre
para mandarle el libro, no me gusta
decir que sí, que sí, que se lo mando
y que luego resulte que no, que no,
que no ha llegado. Pero dame,
Señor, su nombre y la ocasión.
Fue en la calle y ayer. Antesdeayer?
Ésta es otra cuestión porque los días,
Times winged Charriot hurrying near^[140];
se nos pierden que no hay manera
de llamarlos por su nombre. Aguarda,
fue en la calle y ayer. Era morena
y guapa. Dios misericordioso, dame
el nombre, sin el nombre nadie es nada.
Nadie? Nada? Y no podré mandarle
el libro. Y eso que era morena y guapa.
Me la encontré en la calle. Estoy seguro.

VII

Ahora que lo pienso bien
lo que me pasa es lo que no me pasa.
Qué es lo que me pasa, Dios mío?
Que no me pasa nada. Por eso
me quedo así, sin hacer nada.
Sabes lo que haces, o lo que dices
cuando dices, sin hacer nada?
Puede no hacerse nada? Sería
nada lo que tú haces, Dios mío?
Nadie y nada. Es eso todo?

VIII

Qué es lo que se me ha perdido,
porque algo indudablemente se me ha perdido
y no lo encuentro, buscando siempre
algo perdido (o seré yo el perdido?)
Las gafas? Las llaves? Las gentes?
Los nombres de las gentes o sus caras?
Con barbas o sin barbas? Como ahora
tantas gentes las llevan y no saben^[141]
darles nombre a las barbas que llevan.
Sé que algo se me ha perdido y no sé qué es ese algo.
Algo es algo. Algo? O resulta
que algo y nada es lo mismo en este caso,
es decir, nada, y yo he hecho el tonto de siempre
en busca de nada sin saberlo.

IX

Y ésa es otra cuestión: saberlo o no saberlo.
Ahora que ando tras tantas cosas que no encuentro,
que ando, como decía, perdona que me repita,
quién decía, desgraciado el que no se repite,
que ando a trompicones, buscando y repitiéndome,
ahora, pierdo el hilo, y vuelvo al principio,
saberlo o no saberlo; espera un poco,
otra cuestión, cuestiones todo. Déjame
respirar un poco, un algo, un nada.

X

Hoy le tocó al paraguas.
Mejor que te lo lleves, por si acaso,
está que si sí, que si no, de todos modos
nunca estorba un paraguas por si llueve.
Por favor, señorita, soy señora,
por favor, alguien ha visto, olvidado
un paraguas en estas mesas? Eso
Seguridad lo sabe. Quién es Seguridad?
He dicho Seguridad, Seguridad he dicho.
Dónde se encuentra? En cualquier parte,
porque Seguridad está por todas partes.
Yo busco un paraguas simplemente
que esta mañana se me escapó.
Puede un paraguas escaparse y perderse
entre autobuses, entre corazones?^[142]
Perdone, pero ese verso es mío y lo tenía
también perdido no sé dónde.
Aquellos días andaba sin paraguas,
entre autobuses, entre corazones,
ya sabe lo que llueve en Inglaterra,
bastaba irse cantando so la lluvia,
entre autobuses, entre corazones.

XI

Creo que ayer tarde en este mismo banco
me lo dejé. Está seguro? Dice en este banco?
Sí; estuve en este banco. Cómo era?
Seguro me lo dejé. Tarde me di^[143] cuenta
que algo me faltaba. Volví otra vez al banco.
No me dejé algo olvidado aquí? Usted delira.
No existen bancos ni parques para
corazones olvidados. Sí una sección
para objetos perdidos. Allí tal vez, quizá,
podrá encontrarlo.

XII

Lo peor es que pase lo que me pasa ahora
mismo, que tenía un poema a punto y se me ha ido.
Estará traspapelado en mis papeles, el desastre que soy.
El caso es que yo estaba tan contento con mi poema.
Se me ocurrió, como se ocurren estas cosas, así, de pronto,
yendo cualquier hora en busca tuya como siempre,
y de pronto un remusguillo y allí estaba el poema.
Pero luego, al ponerme a escribirlo ya no estaba,
traspapelado sin duda en la memoria, perdido en la memoria.
Y aquí estoy, tratando de inventarlo malamente.

XIII

Dónde puede dejarse el alma, dónde?
Dónde dejarse el alma si no hay dónde.
En un lugar de un momento cualquiera
según vamos caminando; en un verso guardada;
en cualquier tarde de éstas caminando;
en una tal vez mirada que nos mira;
en cualquier labio, en una calle cualquiera
de cualquier parte, sin saberlo.

XIV

Es otra de las cosas que decimos
sin saber muy bien lo que decimos,
eso de perder el tiempo. No es tan sencillo.
Por lo pronto habría que hallar la alacena
donde guardarlo y cerciorarnos
que sigue. No está claro eso
de que el tiempo se pierde, ni dónde
va si se pierde el tiempo. Se pierde
el aire o la noche? Dónde se pierde
el tiempo que dicen que se pierde?
Llevo tanto tiempo perdiendo el tiempo,
sin saber cómo lo pierdo, ni dónde
como no sea en tu regazo. Me gustaría
guardarlo para necesidades urgentes,
como ésta de tu regazo donde
dejar para siempre y nunca el tiempo
que dicen que se pierde.

XV

No dejes que me pierda, Señor, que soy
este que todo lo va perdiendo, pero esto
que tú tan bien conoces, la tua voluntate
é riostra pace^[144], no me dejes perderla porque muero.
Algo que antes con llamar hallaba.
Con tocar la campanilla y pronunciar
la palabra que era bastante para entrar.
Estaba allí siempre y a la espera.
Hoy es otra de las cosas que no encuentro.
Se quedó para siempre en la casa
cuya llave perdí. O era sólo palabra
y la llave está dentro?
Y sin ella no vivo, más bien muero.
O era la tua voluntate palabra sólo?

XVI

Hoy le tocó al audífono, una
de mis varias prótesis, dejado u olvidado,
con lo que me hubiera gustado no perderme
lo que los sabios dijeron. Eran varios
y cada uno decía lo que decía.
Y yo, perdiéndomelo por el maldito audífono
olvidado, que debía ser mucho, todo,
nada, y yo perdiéndomelo, por culpa
del olvidado audífono, lo que decían los sabios.

XVII

Hay palabras que se unen y crean.
Su unión siempre es fecunda. Quien las tenga
de huéspedes en el alma será salvo.
Decirlas es perderlas. Viven dentro.
Sus nombres son Silencio y Soledad.
Y su fruto la paz. A veces nuestra.

XVIII

Siempre. No digas siempre,
o si lo dices, dilo con un beso
y será siempre para siempre.
Caminando y perdiéndome
en busca siempre de ese siempre,
que cuando llego ya se ha ido.
Y me quedo sin siempre para siempre.

XIX

No será nunca, si me entiendes,
que tanto vive en mí y es para nunca,
a pesar de que vivo y respiro y te deseo.
O será todo, tú, nunca para siempre?
Horror, Dios mío. Tú nunca para siempre.

XX

Dónde? Puede ser dónde en todas partes
y luego no ser dónde en parte alguna.
Seguro lo olvidé, no sé seguro dónde.
En el jardín quizá, bajo el toronjo,
o en el rincón de los celindos?
Y ahora ando loco buscando el dónde,
donde sentarme y descansar un poco,
el banco aquel del corazón perdido.
Y lo busco y lo busco sin hallarlo.
Estará quizá dentro y en lo oscuro.

XXI

Dónde, siempre, cuándo, cómo,
adverbios que son alas, que son vida
en la esperanza. En un lugar cualquiera,
en este jardín mismo. En lo eterno de un beso,
una hora cualquiera, noche y día.
El cómo, dejárselo al momento:
a menos que sea nunca y es mi pena.

XXII

No es eso. Qué es eso que no es eso?
Me he parado a pensar?
Qué es eso de pararse
a pensar? (Las cosas a que la lengua obliga).
Porque cuántas cosas se sueltan y se encierran
en decir sólo eso. Eso puede ser uno mismo,
o quizás más bien ése o éste, o aquél, o el
que está escribiendo esto o eso, o lo de más allá.
De nuevo y siempre lo de más allá. Eso, lo de más allá?

XXXIII

Una vez más, Señor, me condenas perdiéndome
las gafas; una vez más me pones en trance
de maldición y pecado. Por favor, devuélvemelas.
No es, Señor, que me las pierdas, es que me las escondes
y me dejas sin ver. Es que nos quieres ciegos? Que no veamos
el horror que nos rodea, tantas cosas terribles
como hay que ver cada día? Es una muestra de tu misericordia
dejarnos sin ver? Por qué no te llevas
la mirada, ese ave? De todo nos priva nuestra
desesperación de ciegos, hasta de ese olor
del jazmín vespertino, de la escapada de puntillas
de la tarde, de aquellos que tú bien sabes
su nombre, porque tú eres su invención,
tú le pusiste nombre, amor,
y aquí ando las veinticuatro horas del morir de cada día
sin ver, hasta donde lleguen los hastas,
hasta que un toque en el hombro y una voz diga:
“No busques más lo que tienes delante”.

XXIV

Perdió la cabeza. Dónde, cuándo, cómo?
Ha puesto anuncio? “Cabeza perdida, no sabe
dónde”. Por una tontería se pierde la cabeza.
Estará en cualquier parte donde el amor habite,
entre tantas cabezas perdidas. Hay cabeza
que no se pierda si el amor anda cerca?
Para qué sino para perderse está la cabeza?
Por eso son inútiles identificaciones,
ni posible generosa gratificación.
Lo mejor es dejarla perdida, que se pierda.

XXV
OCASIONES PERDIDAS^[145]

1

Entre tantos objetos perdidos, los hay
dolorosos, lo siguen siendo,
los irrecuperables. Aquel encuentro
que nunca fue. Tan a mano como lo tuve,
tan perseguido luego, cualquier tarde
en cualquier cuarto de cualquier colegio,
o tomando una cerveza en cualquier pub.
Cambridge en sus glorias, aunque no hubiera
sonado la primavera, ni apuntado (o sí?)
el primer crocus todavía y el tiempo fuera
infernado como suele, y Mrs. Thatchford
insistiera, oh el Reverend Cárter
y su hija Joyce y John, su novio, que luego
se enamoró perdidamente en Málaga
de mi mujer, menos mal que fue a parar
a las Bahamas.

Decía
que estuve a punto de encontrar,
en cualquier lugar del Cambridge aquel,
aunque lo impidió la habitual difidencia
de mi amigo Theo Redpath.
Era Mr. (o Professor!)
Wittgenstein, la persona que lo acompañaba
aquel día, en aquella calle de Cambridge?
—Professor Wittgenstein, no sabes?
Pero ésta no fue la única
ocasión perdida para el encuentro,
porque años después, muchos años,
no fue en Cambridge, sino aquí
en Madrid, y en un libro, donde tienen
siempre lugar los verdaderos encuentros,
un libro que también puede ser una calle
que te lleva en cualquier momento
al descubrimiento y la verdad,
a la ocasión perdida y encontrada.
Fue en su palabra

donde encontré definitivamente
a Mr. o Professor? Wittgenstein.

2

Cuántas veces ahora^[146]
me viene a la memoria
el instante perdido para siempre.
Fue súplica tu palabra en el quicio?
Qué ceguera o sordera o muerte
dejó en el aire la súplica
para siempre?^[147]

XXVI

Yo sólo sé escribir esto
porque no sé hacer otra cosa,
tan perdido como siempre he andado,
porque no sé más que andar perdido,
porque no sé hacer otra cosa,
tan a tientas, golpeando el muro,
por si golpeando el muro llego a alguna parte,
tentando el muro. No sé hacer otra cosa.
Por Dios, por Dios, no sé decir otra cosa.
Por si Dios me enseña otra cosa,
por Dios. Que estás en los cielos.

XXVII^[148]

Son, pero no objetos,
que no se pierden nunca, aunque se pierdan.
Acaban reapareciendo
otros con nombre, Gabriel, Algie,
y los demás sin nombre, no olvido,
siguen para siempre,
viven en nosotros mismos, en ellos y con ellos vivimos.

XV
ENTRE OTROS OLVIDOS
[2001]^[149]

I CUESTIONES^[150]

Esta mañana amanecí con un poema
en la cabeza. O dónde estaba que a poco
de levantarme estaba en el papel.
Y me dio alegría encontrármelo
así, como quien no quiere la cosa,
la misma alegría que a veces
me ha pasado, que es andar la tierra
en las Chozas (de eso hace tiempo)
y encontrarme una piedra rara y
darle un puntapié y resultar que era
un hacha prehistórica, del paleolítico creo
(sucedió con frecuencia en aquella tierra).
No es que el poema tuviera el valor
de un hacha prehistórica, pero encontrarse
un poema una mañana cualquiera,
que estaba allí, en la tierra, en el alma,
y que al darle un punta con qué pie
saliera... Estaba esperando
lo mismo que un hacha prehistórica:
el puntapié.

Ésta podría ser la primera de Cuestiones^[151],
y es que muchas veces pensamos
en los libros que nos gustaría escribir,
y no sabemos, como siempre, lo que decimos,
porque ninguno de esos libros es verdadero
y no existirá nunca, porque el verdadero
llevaba toda la vida en lo hondo esperando
y no acabará nunca de salir de^[152] lo hondo.

3 HOMENAJE

Por qué me gustará tanto andar la tierra
arada, sentir la tierra tanto.
Andar, andar, aunque sea torpe-
mente, ay Fray Luis!^[153], cómo me gusta
romper el verso y dividir adverbios,
como tan magistral-
mente hacías tú, tantas cosas
que se te caían de las manos
sin sentirlas, eso sí que es difícil,
porque si alguien ha sentido el verso
y se le ha caído de la mano sintiéndolo,
has sido tú entre los pocos, Fray Luis.

Fíjate cómo ahora estoy escribiendo,
pero me gusta, lo que no había imaginado.
Qué es esto? reguerillo, rescoldo,
oh^[154] las palabras, el otro día andaba
solo, pronunciando, por el solo gusto,
regusto de sentirlas, sosiego, soledad;
el gusto de paladearlas en el alma,
que para eso se hicieron.

Te rompes los sesos pensando
la quiero o no la quiero;
querer se quiere siempre, lo que pasa
es que a veces querer es otra cosa
y todo lo que sabemos es otra cosa,
así que no sabemos nada, y ya es bastante
no saber nada y seguir con la tarde
tan hermosa y andar la tierra arada
que decía, y cansarse un poquito.

Hay compañías perfectas,
las que no hablan y dicen
tantas cosas sin hablar,
que no decimos y se entienden
aunque no se hablen porque
van de mano de la verdad.
Música en los labios,
aquellos que amé tanto.
Los labios que tú sabes
y no olvido.

De puntillas ha entrado en mi alma
sin sentirlo, ni si el alma tiene puertas,
aunque he sentido pasos, y calor,
y ese silencio que sucede.
No hay silencio como el de la soledad,
que no es tan fácil como se dice
eso de estar solo (pero eso es otra cosa,
siempre todo es otra cosa). Pero vuelvo
a la soledad que tan bien se lleva,
con ese silencio que se hace
en la soledad, y desvanece las compañías
que no son soledad, y nos hace
andar por dentro, sintiendo las resonancias
del silencio en la soledad, las olas
de la soledad en el silencio.

Alguien me ha hablado^[155]
de una isla desierta y yo le he dicho:
Pero existe una isla desierta?
Claro que en el mundo existen
muchas islas desiertas, es decir,
espacios rodeados de almas
por todas partes que son las aguas,
aunque desierto e isla son términos
imposibles, sobre todo si se piensa
que el amor no tiene refugio
más que en lo hondo de cada uno,
que es lo que le dije cuando me dijo
aquello de la isla desierta.
Y es sabido que cada uno
lleva dentro su isla desierta
y cuando llegas a verla, no está,
y te encuentras que la llevas contigo
donde vayas, esa isla desierta
que somos cada uno de nosotros,
rodeada de nosotros por todas partes,
de manera que no hay manera de llegar.

Otra vez vuelve vuestro pensamiento
como olas continuas y suaves
de una resaca infinita,
como si de verdad existierais
fuera de las lindes del corazón.
Y ésa es la cuestión,
simplemente vuestra existencia
fuera de las lindes del corazón.

Siempre está lo inexpresable
en su pugna con la palabra
ofrecida inútilmente,
rumor de ola insistiendo
en la orilla. Como quiera
que lo que es, es, lo dejamos
por si acaso quedara
en la mano alguna vez
ese grano de sal
que lleva oculto.

A veces inesperada-
mente fiel, otras rebelde,
cuanto más precisa
más tenaz su ausencia.
Otras, el verso que escondido
estaba en sus abismos,
salta de sus abismos.

Si cuando pienso en la isla desierta
no estuviera pensando en mí mismo,
si cuando me siento en una piedra en lo alto
no estuviera pensando en mí mismo,
si cuando me visto, me desnudo o me afeitado
no estuviera pensando en mí mismo,
no estuviera ahuyentando fantasmas
de mí mismo,
los muchos fantasmas del yomismo
que soy,
si me desenterrara y me rayera
de este yomismo que soy,
quizá sería un hombre libre.

Seguir, seguir a qué? a dónde? y la palabra
nos atormenta
y seguimos, seguimos. Y de pronto una cosa,
una cosa, cómo se llama?
lo que no es memoria en este mundo
que no tiene remedio, como no sea
de mano del Espíritu ese Santo,
voz y llama, y lo imploramos,
Veni Sancti Spiritu
y la consolación que sigue,
refrigerio dulcísimo,
huésped del alma.

Adivina, adivinanza, que quizá
cuando acabe (o empiece)
la luz, quizá entonces
tenga nombre la vida
o lo que sea tenga su nombre
y yo la libertad de este yo mismo.

Qué hará ése en medio del campo,
escribiendo en medio del campo,
que ha parado su coche
y se ha puesto a escribir.
Ése, que a lo mejor soy yo,
a lo mejor trataba
de contar el sentimiento
de esta tarde tan bella.
Como se sabe, inútilmente.

II
CUÁNTO ABRIL^[156]

Abril, oh cuánto abril yéndoseme
de las manos, de los ojos^[157],
en esta luz de Abril, que tú tan bien te sabes,
en dónde la aprendiste?
De dónde la sacas y me dejas temblando,
contemplando esta luz?
Por qué, Abril,
dime, no la guardas un poco, que podamos,
cuando vienen los que sabes, por dentro,
a oscurecernos?
Abril, torna como sueles, como sabes,
diciéndonos, diciéndose aquí me tienes,
en esta nube rosa de la tarde
que me trae embobado en su hermosura.

Cuando no era eso todo lo que escribir quería,
sino quejarme de esta inanidad que me acompaña
seguro, cómo lo diría, lo digo,
claro, los años, los peligros
de andar a tientas como siempre andamos
reclamando la pared, el suelo, el muro
donde apoyarnos para seguir andando,
adónde, a qué? Tú no lo sabes.
A lo mejor, mejor es no saberlo.

Hoy, tras esperarlo de pronto,
pronto con lo gris y lo oscuro te me muestras,
aunque sea veintitrés de ti mismo
y debieras estar saltando,
saltando al sol con tus colores,
dejando que las nubes un momento
abran un delantal de azul
y un rayo de calor nos temple el alma.

Son tus invitaciones a quedarse,
se dice fácilmente eso de quedarse
y en eso está todo lo que merece
estar; si no fuera por nuestros
cortos alcances, quizá lo retuviéramos.
Y cuando tanta sed viene a los labios,
con una sola gota de la tuya bastaría.

A veces pienso, Abril, que algo te falta
cuando veo que no ves lo que está a ojos vista,
que a mí todavía me prende el alma
(el alma me he dicho, por si acaso),
la mirada, instante de fulgor que nos penetra,
como si fueras tú.

Tan por dentro siempre, no porque sea
Abril del uno al treinta de tus días,
sino porque luce mi abril aunque se nuble
o con nubes mejor, cualquiera sabe,
como Rosa sin ropa muchas veces.
Por Dios tápate, Rosa,
para verte mejor.

Por eso yo querría que hoy a solas me dejaran
con mis cosas, las cosas de José
con sus manías, entretenerse con sus cosas,
con si Rosa es tan bella como dice,
tan bella y tan fugaz, fugaz es nada,
con si Abril anda ya con botas nuevas,
de violeta en celindo,
como si el jaramago no estuviera
con sus incontinencias
en miles de amarillos,
proclamando aquí estoy, tenedme en cuenta,
por si Abril se olvidara,
porque Rosa y Abril son sólo uno^[158].

Abril y Rosa se casaron^[159]
como se sabe, un jueves a las cinco,
el cinco mismo. No llegaron
las azucenas a tiempo.
Los celindos en punto.

Qué te urge a partir, Rosa, tan pronto,
a dejar cortado el verso igual que una
flor pisada dejada en el camino?

Déjate ya de abriles y de rosas,
y vamos a lo nuestro, tú que sabes
que lo nuestro es lo nuestro
sin que deje de serlo por mucho
que cambiemos de piel y de sonrisa;
ya sabes, quien tú sabes,
que todo es uno y lo mismo,
y lo demás, y los demases.
Y siempre Ése.

Abril, oh cuánto Abril, pero Abril cuándo?
oh cuánto abril del alma entonces claro,
eso del alma y de lo otro y lo demás!
Los demás? Qué es eso que el alma
pone en vilo, eso, lo otro y lo de más allá?

INDUDABLEMENTE el verso,
allá en las hondas cavernas,
disparatado viene con iluminaciones
que hacen temblar las hondas
cavernas del sentido, por supuesto
lleno de incoherencias,
de locuras semejantes a infausta Grecia,
la escritura, un camino que no lleva
a parte alguna, sino al^[160] gusto
de que a letra siga letra,
palabra a palabra,
para lo mismo y eso
de lo otro y lo mismo
en que esta sangre se entretiene
latiendo, como si fuera algo
esta escritura, y su decir para nadie, para nada.

Bastante fuera y tan contento,
pero nunca bastante es lo que basta,
porque queda eso que queda, y otra vez eso
que escuece cuando andas por el sueño
y viene de pronto, déjame le digo,
con la nada que tengo, que es bastante.

Sabiduría tu brevedad,
eterna fueras y morirías,
brevísima y por siempre.
Olor la música?
Las rosas como son, como tú eres,
como Abril es Abril y no lo sabe.

Y apenas este poco de agua fresca,
apenas este algo si es que es algo,
algo este manar, este secreto,
este rebelde corazón latiendo.
Dame un beso o vivir que es todo uno
y cuanto necesito para morir un poco.

Más allá?
Más acá,
presencia y nombre,
lo siempre entre nosotros,
los nunca idos
por siempre me acompañan;
es cuanto necesito para morir un algo
y que siga esta sed sin la cual muero.

Porque lo invisible y lo impalpable
vienen en forma de tacto, con son y gozo,
y se nos inunda el alma y podemos respirar,
eso que hacemos sin sentirlo, sin saberlo,
como lo hacemos todo, lo milagro.

No puedo desprenderme de vosotros,
antiguos amantes, dueños del alma mía,
ni de eso (eso, eso, eso) que me queda,
que todavía, al no tener otra ternura
que le dé nombre, llamo con el nombre
(si lo tiene) de alma, algo
que cuando me sacude, de pronto
sin saber de dónde viene,
digo con toda el alma.

III OLVIDOS

Por qué de nuevo este
cómo decirlo? chorro de vida
dándole de pronto
sentido al sinsentido.

Años hacía que aguardaba,
a punto de saltar alguna vez,
adentrándose, aguardaba este
mil y novecientos para siempre.
No son años, sino vidas,
eternidades lo que miden.

Revuelvo los rescoldos, quedan
entre las cenizas restos
de aquel hermoso crecimiento
de la encina en la linde
donde tantas aves anidaron,
tanto canto oculto en vano
esperó su momento. Y ahora,
removiendo las cenizas,
a mis labios viene la palabra
que encendieron los tuyos.

Mientras espero
se me vuelven voraces los recuerdos
de la ocasión del gozo
y el encendido, y el rescoldo
se oculta en la ceniza, leve,
no vaya a morir. Espera,
deja al menos que me consuma
el gozo del recuerdo.

Bonito viene mayo, trae
despeinados celindos, azahares
tardíos, enreda luces
en las hojas recientes,
se va deteniendo, desplegando
aroma, color, luz.
Para su colmo faltan
tus labios que lo enciendan.

Lo demás no digas que es vida
por hermosa que haya sido la primavera,
que haya llenado los cielos con una luz
que te asemeja, hecho temblor
de hermosura este campo cuando,
entre aterido y seco, se moría,
pisaba leve, como nunca delicado,
llamando a la resurrección.

Dije un día: La infinita
extensión de tu cuerpo. Los poetas
decimos a veces verdades
que decimos sin saber.

A veces me pregunto,
cuando sobreviene tanta
hermosura cualquier tarde de éstas
que me aprieta y deshace el corazón,
cómo no estás aquí,
si eres tan parte de la tarde
y de mí, disuelto como estoy
en la hermosura que me cerca.

Te tengo en lo que de mí queda
por ti con vida. Tantos galopes
perdidos en la llanura. Tantos
olvidos que estaban ahí
hasta que los despertaste
y ahora son corceles
en las esperanzas de mi memoria.

Janeiro nao e mes para morrer^[161]

E. DE ANDRADE

Cómo para morir? Cuando volví
se me entró a chorros,
volví a sentirme agua,
brote, calor, que tenía sitio
en el aire, que acudía
tácito al lugar de tus sueños,
que poblabas los míos con tus cielos.

Entreabriles te cunden,
sueitas primaverae te engalanan,
deja que el jazmín te cite
en agosto. Entonces
te asumirán las aguas
de la alberca como a cosa suya,
y se acomodará el verde
a esas infinitas extensiones.

Adónde me llevará
este sinfín que a la menor^[162] indicación
del tomillo o la rosa
se presenta y es como si estuvieras
sin estar. Y sé que es inútil,
que es tarde para que traspase
esa puerta a cuyo umbral te espero.

Sólo en las hondas raíces del tiempo
crecen las plantas eternas del amor.
Muchas veces pasamos de largo y no vemos,
sordos somos a la queja del amor.
Pasamos a un paso como si no estuviera
allí diciéndose. Y está allí y pasamos
de largo para siempre.

Lo que cabe de vida en una mano
que aprieta la tuya y te lleva.
Nadie sabe lo que de pronto se te viene
cuando resucita el palpito.
Aquella mañana, andando por dentro,
preciosas las primulas, andaba por dentro
de la mano, no iba solo y nadie
podía apercibirse, cuando estalló
la primavera. No me dejes. Tengo
el corazón a medio romper.

Nada como cuando la casa se queda sola entera para nosotros. Qué repentina repoblación de sombras, seres, ecos, palabras, resonancias, tiempos que parecían muertos, presencias, invocaciones, poblaciones de invisibles criaturas, de formas de aparecer, conocerse, sus pronunciaciones de mano del jazmín y su olor, de mano de cualquier pájaro y su canto, cualquier luz o color. Maravillosa plenitud de cuanto ha llenado nuestro mundo en esta invasión de pronto, cuando la casa se queda sola y nosotros a solas, y por ella vagamos con nosotros.

Ni la esperanza de una lluvia
que no llega. Ni pisar el otoño
en estas hojas caídas, ni la
trágica risa de la granada
pudriéndose, ni tu andar aquí dentro
eternamente.

Ahora que la explosión de los nardos
acompaña y hace temblar la noche
con su olor, y los jazmines
fuera y dentro recrean las horas
para de ellas vivir quién sabe cuándo
ni cómo ni dónde, ni por qué. Y sin embargo
a ellas por siempre volviendo estoy.

Ven como sea, en la luz
de la mañana, en el primer vuelo
de cualquier pájaro de los que ahora
mismo cruzan el cielo, o se levantan
de la tierra. Ven como sea,
que esta hermosura de tarde
te necesita para su eternidad.

XVI
LA VOZ QUE ME LLAMA
[2004]^[163]

Amarrado a qué estoy sino a mí mismo.
A veces, dulce amarra, me sostiene
el beso o la caricia y es mi vida
aunque se llame amarra y lo parezca.

Jugando con palabras siempre estoy
sin saber dónde terminan por llevarme,
sabiendo que son nada y en nada quedan
salvo que la verdad, que es suya, las pronuncie.

A mí me pasa muchas veces
estarme quieto y en lo hondo,
esos hondos de Dios que Dios se sabe,
un reguerillo que apenas si se siente,
y de pronto oír la voz llamando
a la letra. O se pierde irremisiblemente,
o Dios sabe dónde vaya
porque no hay llave que se pierda
ni palabra perdida. Muchas veces,
dando vueltas a estas cosas
que estaban y no están y siguen,
las llaves y las penas y algo siempre.

Aquí me tienes llevado de esto
que sí es esto, en la música
de Mozart, sintiendo en el alma
sus reiteraciones, sus invitaciones
a nada menos que morir.

Tantas cosas sin decir, a punto
de palabra, hierven por dentro
por la voz que rompa
lo que se nos queda dentro
hirviendo, por romper.

Claro que me gustaría
sentarme a la orilla de este pequeño río
que ni siquiera arroyo
de un rumor interior que se produce ahora mismo
y me hace decir cuánta hermosura
de cualquier cosa que se mueve
sin saber adónde.

Una ramita,
cuatro insignificantes florecillas,
qué manera de devolvernos
en la levedad de un olor,
en la insignificancia de algo
entre lugares, instantes,
una mano que te lleva,
un corredor reluciente.
Miro al árbol de la nieve,
el patio aquel, el patio, aquella sombra,
la mano aquella todavía.

Si me preguntas qué es sentir [164]
te diría: compadecer. Si me apuras,
no simplemente estar, porque estar
no es vivir, y si me apuras
sólo compadeciendo vivimos.
Lo demás es jugar con el aire
que nos es dado.

No sabría decir las cosas que se tienen
sin saber que se tienen.
El aire no es otra cosa que compasión.
Sin ella apenas se respira.
Y así andamos por este mundo
preguntándonos muchas veces
qué es lo que nos hace vivir
que no es el aire, que respiramos
como si tal cosa, sino algo
que respiramos sin que el aire lo sepa.

La verdad, que hay más que eso:
que existen clavos que se te clavan
en lo oscuro y destrozan
lo que era sentirse claro,
y las horas golpeando duramente
a eso que llamabas Paz contestando
a la voz que te preguntaba Quién?[165]
y te lo sigue preguntando todavía
y no puedes contestarlo porque a estas alturas
no lo sabes, ni lo sabrás nunca.
O acaso en lo oscuro te dirá su secreto.
Mientras tanto, tratas de no replicar
a preguntas sin respuesta.

Qué ala de temblor
es este ala. Lo que es la ternura
quién lo sabe, quizá allá
a punto de volar y llevarnos
donde sólo ella sabe
llevarnos.

Hay días en que uno es éste y el otro,
no tiene más remedio que dar suelta
a tanto como lo llena y pide lengua
o voz, lo que se dice ser.

Otra cosa sería puro estallido
para nada, para todo, una mano que pide
encontrar dónde encontrarse. La otra mano?

A veces algo echamos de menos
y no sabemos dónde está ni cómo
llamarlo. Sentimos algo
y es seguramente eso,
la necesaria compasión,
la luz de una mirada suelta,
la palabra que se queda
sin pronunciar.

Así lo mismo que éste muchos otros,
sólo expresión de amor, me faltan nombres.
Sólo lo mucho de eso que por dentro
y por siempre me ha tenido, no digamos
los años, los caballos del tiempo
y también, tú mejor que yo lo sabes,
lo que es sentir, de manera que te quedas
sin ser tú mismo.

Siempre espero que se abra la ventana,
como si abriéndose se abriera
a un fulgor completo, como si
la ventana no lo^[166] fuera sólo,
sino iluminación total
de la explosión de la esperanza
que llevamos dentro y que por fin
nos inunda, la inundamos,
y cesamos de ser lo que somos para ser
lo que es y por siempre será dentro.

Todos se fueron de la estancia.
Era una tarde, como suele este junio
de luces lejanas de poniente
que se colaban alma adentro
y te traían, la lejana de siempre,
la de nunca. O quizá no fuera
ella misma sino yo el milagro
de existir sin latido.

Dejado, dejado, cuando queda
todo lo que te llevaste. Nada pudiste
llevarte. Lo que eras tú estaba en mí,
nunca dejado, llevado siempre
en mí, que no hay lugar que no te encuentre.
No puedes irte de este corazón
que es tuyo y mío.

Deja tu presencia
una leve huella. Se queda
como pasando, como sin estar,
como si siguiera estando sin estar,
como si no dejara de oprimir
la mano, como si la mirada
siguiera mirando.

No sabes cómo te siento
ahora que me has dejado.
Me pasa siempre cuando
me dejas. Más honda
te quedas cuando te vas.
No tienes lejanía posible.
El amor que eres no sabe irse,
queda siempre cuando se va,
quedándose.

Te pido una cosa sólo:
que me saques de mí
a la hermosura que me rodea
estos días de abril.
Ábreme la ventana
a estos tironazos de abril
que rompen mis cadenas
y me sacan a la libertad
de esta hermosura. Dime
si son lo mismo libertad
y hermosura.

Qué población de resonancias,
de presencias, al quedarnos solos.
Qué inesperadas compañías
acuden al abrirse los silencios,
qué canciones de amor
siempre sonando.

No tiene nombre. Tiene latido.
Por eso no hay manera de llamarlo
ni para qué. Se parece
a una latente eternidad.
Ser, estar y tantos nuncas,
tantos siempre como nos trae
ahora mismo el tacto de la albahaca
estos mediados de julio, nos salen
al encuentro para decirnos:
Somos ese tú mismo que te estás sintiendo.

Lo más prodigioso es tu invento de cada día,
que llenes este vacío que es vivir sin ti, contigo,
que son lo mismo latido y tu paso en mis adentros,
que no hay soledad que tú no puebles,
de manera que eso que llamo mi soledad
eres tú, como eres mi libertad.

Este amor y todavía
si quieres estoy donde bien sabes
y te espero. No pido. Sólo
que sabes donde estoy. En ese vasto
territorio que sabes en que espero.

La verdad que muchas veces me digo
a qué, si ya pasó para mí la hora.
Y cuando resta todo
y no hay manera de que no estés,
donde quiera que vayas ahora andando
no das un paso fuera de mí,
que no hay pasos tuyos fuera de este latido,
mi soledad sin ti.

Y así, entre la invención y el sentimiento
sin saber dónde el uno acaba y empieza el otro,
que no todo es puro juego, sino algo
que te duele o consuela,
y así, entre inventar y sentir
se va la vida, sin sentirla.

Déjame con mi soledad, que me hace falta,
déjame que me pueble de ella, que si quiere
hablarme me hable con su silencio,
nunca muda la soledad. Aquella que quien tanto
la sentía la llamó sonora. La soledad no habla,
sólo se siente cuando nos lleva
por sus caminos sin camino.
Qué vano es el decir y sin embargo
aquí la estoy sintiendo, la siento
resonar. Es eso acaso, sonando dentro,
ese sentir no dicho, la soledad sonora?

Quiero las anchas tardes
para estar contigo.
Quiero estar contigo simplemente,
si sabes que estar contigo significa
quedarse como no estando,
como sintiendo esos chorros de vida
que es lo tuyo y llámalo
como quieras y déjalo estar,
estando contigo.

ELEGÍA DE LA ALHAJUELA ^[167]

Un montón de escombros es lo que queda
de aquella entrada, de aquella reguerilla
donde corría el agua, eternamente el agua,
con la capillita de mis lecturas al fondo.
Busco la entrada y no está y la estoy viendo
sin poder entrar aunque estemos viéndola
y sintiendo el agua cantando, el agua correr.
Pero no puedo entrar en la estancia
porque la estancia no existe aunque la vea,
ni siquiera la reguerilla donde el agua
corría eternamente, ahora corazón abajo,
y los ganados llegando al abrevadero,
una larga tropa de mugidos balidos cencerros
llegando, dentro de mí, al abrevadero,
y el ruiñor en la breña, y el culantro
que huele todavía en el agua corriendo.

ETEREIDAD^[168]

Y se queda uno con la esperanza
colgando de su delgado hilo,
de tantas cosas colgando,
de tantas esperanzas deshaciéndose,
con tanto temor oculto,
con tantos olvidos como caben
en un instante, tantos olvidos
vividos y padecidos.

Y esa mujer que llegó hoy con su misterio,
con su etereidad, que lo hace posible,
que la define y la sostiene
y ha dejado la casa llena de su misterio.

GLOSARIO DEL MUNDO DEL CAMPO

- abubilla (del sup. lat. “upupella”, dim. de “upupa”): Pájaro coraciforme que tiene un penacho de plumas eréctiles sobre la cabeza,
- adelfa (del ár. and. “addífla” del el. “diflá”, y éste del gr. “dáphne”): Arbusto apocináceo de hojas lanceoladas coriáceas y flores grandes en racimos, de diversos colores. Baladre, laurel rosa, rosa francesa, ahijadera: Prado reservado a las ovejas que crían,
- alacena (del ár. and. “alhazána”): Pequeño armario empotrado en la pared, donde generalmente se guardan cosas de comer. Alhacena, alhanía, lacena.
- alazor (del ár. and. “al’asfúr”): Plantas compuestas cuyas flores, de color azafrán, se emplean para teñir de amarillo, y cuyas semillas se dan de comer a las aves. Azafrán bastardo, azafrán romí.
- albarillo (de “albar”): Variedad de albaricoques de carne muy blanca.
- albariza (de “albar”): Terreno de secano blanquecino, en una loma,
- albayalde (del ár. and. “albayád”, blancura): Blanco de plomo,
- alberca (del ár. and. “albírka”): Depósito artificial de agua, piscina,
- albero (del lat. “albarius”, de “albus”, blanco): Terreno albarizo; tierra amarillenta; paño para secar,
- alcacel (del ár. and. “alqasíl”): Cebada todavía verde,
- alcacer, alcaraván (del ár. and. “alkarawán”, el. “karawán” de or. persa): Ave caradriforme esteparia de plumaje pardo rayado de blanco. Árdea, dorniel.
- alforja (del ár. and. “alhúrg”): Tira de tela fuerte con las puntas dobladas de modo que forman dos bolsas, que llevan los campesinos colgada al hombro o se pone sobre las caballerías, para transportar cosas.
- algarrobo: Árbol leguminoso, propio de regiones marítimas templadas, de copa extendida y ramas bajas y que alcanza gran corpulencia,
- algodoncillo: Planta asclepiadácea de América, cuyas semillas tienen una borra parecida al algodón, alhelí (del ár. and. “alhayrí”): Planta crucifera de jardín, de hojas alargadas de color verde blanquecino y flores en espiga, de diversos colores y olor muy agradable. Viola,
- almiar (del lat. “metalis”, de “meta”, meda): Montón que se hace con la paja para guardarla, apretándola alrededor de un palo. Baraño, borguil, henazo, meda, montonera, nial, niara, niazo,
- almohaza (del ár. and. “almuhássa”): Instrumento formado por una plancha de hierro que lleva insertas unas sierrecillas, que se utiliza para limpiar a las caballerías. Rascadera, rasqueta.
- alondra (del lat. “alaudula”, dim. de “alauda”): Pájaro insectívoro, de 15 a 20 cm. de largo, de color pardo con un collar negro, que anida en las mieses. Alauda, alaude, alhoja, aloa, aloeta, aloya, capada, carabinera, copetuda, jaracalla, sordilla, subigüela, sucinda, terrera, zurriaga.
- alto: Elevación del terreno en el campo.
- altozano: Elevación de poca extensión y altura sobre el terreno llano,
- anca (del occit. ant. “anca”, cadera): Cada una de las dos mitades de la parte posterior del cuerpo de las caballerías y otros animales. Grupa, cuadril.
- arnés (del fr. “harnais”, del sup. escandinavo “hernest”): Conjunto de cosas que se les ponen a las caballerías, especialmente a las de montar. Aparejos, guarnición,
- arriate (del ár. and. “arriyád”, huerto): Recuadro acotado en un jardín o patio, donde hay flores plantadas. Bancal, era, terraza,
- asfódelo (del lat. “asphodelus”, del gr. “asphódelos”): Planta liliácea silvestre, muy abundante, con flores blancas a lo largo de un tallo erguido y hojas radicales,
- aulaga (del ár. y rom. and. “alyiláqa”): Planta leguminosa de hojas de forma de púa y flores amarillas como las de la retama. Abolaga, aliaga, ardeviejas, argoma, gáraba, otaca, tojo, cádava, gromo,

avefría: Ave caradriforme de color blanco y verde, con un moño eréctil de dos o tres plumas encorvadas. Frailecillo, judía, quincineta,

báculo (del lat. “baculum”): Bastón que se emplea para apoyarse. Cayado.

barbecho (del lat. “vervactum” de “vervagere”, arar): Campo que se deja sin cultivar durante un año o más, para que descanse. Añada, ñoñal, aramio, hoja, huebra, sabático. Campo ya labrado para sembrar en él.

barcinar: Recoger las gavillas, cargarlas en el carro y transportarlas a la era. Cosechar.

batán (¿del sup. ár. and. “batán?”): Instalación movida por fuerza hidráulica, provista de unos mazos con los que se golpean los paños que se fabrican para desengrasarlos, apretar el tejido, etcétera,

baticola: Correa con un ojal por donde pasa la cola de la caballería, que sirve para evitar que la montura se corra hacia delante. Grupera, tiracol.

belfo (del sup. lat. “bidifus”, metátesis de “bífidus”, partido en dos): Labio del caballo o de otros animales que los tienen de forma parecida. Befo.

besana (del lat. “versare”, dar vueltas): Primer surco que se hace cuando se empieza a arar un campo. Labor de la tierra en surcos paralelos.

boj (del cat. y arag. “boix”, del lat. “buxus”): Arbusto buxáceo de hojas persistentes que se emplea para setos y cuya madera, muy dura y blanca, se emplea para mangos de herramienta y trabajos de tornería. Boje, bujo.

brasero: Recipiente redondo de metal, donde se pone un carbón menudo especial que se va quemando lentamente debajo de la ceniza; se coloca debajo de las mesas como calefacción,

brabán (en el *Cancionero de la Casería* aparece “braván”, homófonas halladas simultáneamente en diccionarios especializados): Antiguo arado de hierro con dos ruedas, para tiro animal, breña: Tierra quebrada y llena de maleza. Aspereza, fraga,

brezo, brezal (del sup. célt. “vroiceus”): Arbusto ericáceo de madera muy dura de la que se hacen, por ejemplo, pipas y carboncillo de dibujo. Bermejuela, berozo, gabuzo, urce,

briega: Brega, acción de bregar. Bregar (del gót. “brikan”, golpear): Trabajar mucho (en el campo),

brocal (del lat. “bucculáre”, taza): Pequeña pared que rodea la boca de un pozo.

buganvilla (de “Bouganville”, navegante francés que trajo esta planta a Europa): Planta nictaginácea muy decorativa por sus brácteas moradas o rojas que, semejando flores, cubren casi totalmente la planta,

cambrón (del lat. “crabro, onis”, abejorro, por comparación del aspecto de la planta con el aguijón y las alas de este insecto): Arbusto solanáceo de ramas retorcidas y espinosas. Espino cerval, escambrón, zarza, espina santa,

campanilla: Nombre de diversas plantas, en especial convolvuláceas, cuyas flores tienen forma de pequeñas campanas, cancela: Verja baja que cierra el paso en algunas entradas cuando están abiertas las puertas, por ejemplo, las que suele haber a la entrada de los patios andaluces,

cañada (del lat. “canna”, caño): Pequeño valle o paso entre dos alturas de poca importancia. Camino natural frecuentado por los ganados trashumantes. Cabañal, cabañera, cajón, cordel, galiana,

cañamazo (del sup. lat. “cannabaceus”, de “cannabum”, cáñamo): Nombre aplicado a distintas plantas herbáceas, generalmente gramíneas, que se cultivan para el forraje y para el pasto de los animales. Estopa de cáñamo, arpillera,

caracola: Planta leguminosa, trepadora, de flores vistosas reunidas en racimos, cultivada como planta de jardín por la belleza de sus flores.

caramillo (del lat. “calamellus”, cañita): Planta quenopodiácea del mismo género y usos que la barrilla, con hojas agudas de color verde claro. Carambillo, jijallo, salado, sisallo, tarrico.

carrero: Conductor de un carro, carretero.

casco: Parte córnea del pie de las caballerías en donde se clava la herradura. Pezuña, uña.

cayado (del sup. hispanolat. “caiatus”, del lat. “caía”, porra): Bastón tosco, curvo por la parte por donde se agarra, usado particularmente por los pastores.

celindo: Arbusto saxifragáceo que da en primavera flores blancas o algo amarillentas, muy olorosas, de un tamaño algo mayor que el de una violeta, en grupos abundantes,

cedal (del occit. “sendal”, del lat. “sindon, -onis”): Barbas de la pluma,

chaparro (del vasc. “txaparro”): Chaparra (planta de encina o roble): Se aplica en Andalucía a las encinas jóvenes,

chicharrera: Calor sofocante,

clavo: Capullo seco de la flor del clavel.

cogujada (del sup. lat. “cucullata”): Pájaro granívoro, parecido a la alondra, de plumaje pardo rojizo, con un penacho en la cabeza. Alondra moñuda, carabinera, cochevís, copada, cotovía, cugujada, galerita, totovía, tova, vejeta,

colleja (del lat. “cauliculus”): Planta cariofilácea silvestre que, en algunos sitios, se come como verdura. Tiratiros, verdezuela.

coscoja: Árbol o arbusto fagáceo, semejante a la carrasca o la encina, sobre el que vive preferentemente la cochinilla. Chaparra, maraña, matarrubia.

crocus: Cultismo (lat. “crocus”, del gr. “krókos”) para designar el “croco”: Azafrán, planta iridácea.

cubrial: Terreno cobrizo o rico en cobre (vocablo inventado por el autor).

culantro: Planta umbelífera, aromática, de hojas filiformes y flores rojizas. Cilantro, coriandro.

dehesa (del lat. “defensa”, protegida): Campo acotado, generalmente de prados y dedicado a pastos. Acampo, ahijadero, alijar, boalaje, boalar, defesa, redonda, redondo, rodeo,

derrotero: Camino.

descansadero: Sitio donde se descansa o apropiado para descansar,

despojo: Vientre, asadura, cabeza y manos de las reses despedazadas para carne.

espuela: Arco de metal, con una espiga que lleva en su extremo una estrella o ruedecilla con dientes, que se ajusta al talón para picar a la cabalgadura. Esporón, espuera, lloronas, roncadora, acicate, aguijón.

estepa (del hispanolat. “stippa”): Llanura extensa sin vegetación arbórea. Pampa, tundra.

esteve (del sup. lat. “steva”, del lat. “stiva”): Pieza que lleva el arado en su parte trasera, sobre la que se apoya la mano del que ara. Mancera, mangorrillo,

estiaje: Sequía.

estopa (del lat. “stippa”): Parte basta del lino o del cáñamo que queda al peinarlos y que se utiliza para cuerdas, telas bastas y otros usos. Alrota, aresta, arlota, carrasca, escaba, malacuenda, sedeña, tasco, tomento, arpillera, cerrón,

estornino (dim. del lat. “sturnus”): Pájaro cantor de cabeza pequeña, plumaje negro con reflejos metálicos y pintas blancas. Tordancha, tordo.

fuélliga [sólo hemos encontrado esta acepción en “fuelle”]: En los carruajes, cubierta de piel o de tejido impermeable que, mediante unas varillas de hierro puestas a trechos y unidas por la parte inferior, se extiende para resguardo del sol o de la lluvia, y se pliega hacia la parte de atrás cuando se quiere,

gavilla: Haz de cañas o ramas, o de mies.

gayomba (¿de or. prerromano?): Arbusto leguminoso de flores amarillas y muy olorosas, en grandes ramos. Piorno, retama de olor,

grupa (del fr. “croupe”): Parte trasera de una caballería. Ancas, cuadra, gurupa.

guija (el lat. vulg. “petra aquilea”, piedra aguzada): Guijarro, haz (del lat. “fascis”): Conjunto atado de cosas largas, tales como mies, leña o hierba, colocadas paralelamente y atadas,

haza (del lat. “fascia”, faja): Porción de tierra de cultivo, herriza: Terreno pedregoso, por lo general en la cumbre de un cerro, que permanece inculto por su resistencia a la reja y escasa productividad.

hocino (de “hoz”): Utensilio usado por los hortelanos para trasplantar. Paso de un río entre dos montañas. Faja de terreno que queda entre el río y la montaña. Huertecillo cultivado en ella, hondón: Parte del estribo donde se apoya el pie. Valle profundo,

horca (del lat. “furca”): Utensilio en forma de tenedor de dos o más púas, que se utiliza para aventar, amontonar las mieses y otras operaciones agrícolas. Biello, horcón, horqueta,

ijar: Cada uno de los dos espacios situados entre las falsas costillas y los huesos de la cadera; se emplea especialmente hablando de animales. Ijada, vacío, hipocondrio,

jara (del ár. and. “sá’ra”): Arbusto cistáceo muy abundante en los montes del centro y mediodía de España, de hojas muy viscosas, con el envés veloso y flores blancas. Ládano, coihue, estepilla,

jarablanca: Estepilla.

jaramago: Planta crucifera, de flores amarillas en espiga, común entre los escombros. Balsamita, raqueta, ruqueta, sisimbrio, yuyo.

jarastepa (jara estepa): Arbusto cistáceo semejante a la jara, pero mucho más pequeño, de hojas también vellosas, pero pecioladas y cenicientas por el envés, y flores con largos pedúnculos, abundante en España.

juncia (del lat. “iunca”, f. de “iuncea”, semejante al junco): Planta ciperácea propia de sitios húmedos, de tallo triangular, aromática y medicinal. Junza.

lagar (de “lago”): Trozo de tierra de poca extensión, plantada de olivar, en la cual hay edificio y artefactos para extraer el aceite,

lámina (del lat. “lamina”): Parte ensanchada de las hojas, pétalos y sépalos.

lecho (del lat. “lectum”): Fondo de un río, lago, mar, etcétera. Si se trata de un río o canal, también todo el cauce,

lenguaza: Lengua de buey, planta borraginácea.

linde (del lat. “limes, itis”): Límite entre campos, fincas, casas, etcétera,

manijero (del fr. ant. “maisnagier”): Capataz de una cuadrilla de trabajadores del campo,

matagallos: Aguavientos, planta labiada.

matalahúga (o matalahúva, del ár. and. “habbat hulúwwa”, grano dulce): Anís, planta umbilífera, y su semilla,

menestral (del lat. “ministerialis”, funcionario imperial, empleado): Persona que trabaja en un oficio manual. Artesano,

mies (del lat. “messis”): Nombre aplicado a las plantas de cereales ya maduras. Se usa también en plural, refiriéndose a más de un campo o a más de una especie de cereales: “Las mieses están ya maduras”. Campos, sembrados. Cereal, grano, mese, panes,

mimbrera: Arbusto silicáceo cuyas ramas son los mimbres. Mimbrón, vimbrera, zuma.

misión (del lat. “missio, -onis”, encomendar, llevar): Ración de pan, carne y vino señalada a los segadores por una cantidad determinada de trabajo.

morena (de or. prerromano): Montón de mies de los que se hace según se va segando.

muladar: Estercolero. También se refiere al establo de las mulas, aunque esta acepción no la hemos hallado en ningún diccionario,

nazarenos (del lat. “Nazarenus”): Hierba bulbosa de flores de color violeta.

nomeolvides: Miosotis, planta borraginácea.

ojeador: Hombre que ojea la caza. Ojear: Ahuyentar la caza con voces, tiros, etcétera, para que vaya al sitio en que están preparados los cazadores o las redes para cazarla,

ollar (del gall. o port. “olio”, ojo): Orificio de la nariz de las caballerías.

pámpano (del lat. pampinus): Brote tierno de la vid, cuando las hojas están todavía acogolladas. Zarcillo de la vid, pámpana,

parva (¿del lat. “parva”?): Montón de mies extendida en la era para trillarla, o ya trillada,

pavesa (del sup. lat. “pulvisia”, de “pulvis, -eris”, polvo): Porción ya carbonizada o convertida en ceniza de una materia combustible ligera, como papel o paja, que puede ser llevada por el viento. Bolisa, cardeña, favila, monjas,

pegujal (del lat. “peculiaris”): Porción de terreno que el dueño de una finca cede al guarda o encargado de ella para que la cultive por su cuenta, como parte de su remuneración,

piafar (del ff. “piafer”): Dar patadas o rascar el suelo con las manos el caballo cuando está parado e inquieto,

pina (del lat. “pinna”, almena, pluma): Mojón terminado en punta,

piorno (¿del sup. “viorno”, del lat: “viburnum” con influencia de “pino”?): Gayomba, arbusto leguminoso. Codeso (otro arbusto leguminoso),

pitás: Planta agavácea de hojas radicales carnosas, acabadas en un fuerte aguijón, y flores amarillas en un alto y grueso bohordo o tallo central; sus fibras se emplean como textiles, para cuerdas, etcétera. Agave, cabuya, caragatá, cardón,

posta (del it. “posta”): Cierta número de caballerías que estaban apostadas de trecho en trecho en las carreteras o caminos para renovar las del correo, el tiro o las diligencias. Distancia entre una posta y otra.

predio (del lat. “praedio”): Finca o propiedad, particularmente rústica.

primilla: Ave falconiforme parecida al cernícalo, de menor tamaño y color rojizo uniforme, que vive en colonias próximas a asentamientos humanos.

prímula (del lat. “prímula”): Nombre científico de la planta primulácea primavera.

promontorio: Elevación del terreno, o monte de poca altura. Peñasco,

rambla (del ár. and. “rámla”): Cauce formado en el terreno por las aguas que corren por él cuando llueve,

ramón: Conjunto de ramas cortadas para darlas al ganado, por ejemplo en tiempo de muchas nieves o sequía. Pienso, ramulla,

raspa: Filamento áspero del cascabillo del trigo y otros cereales. Tallo y pedúnculos que quedan después de quitar los granos, las flores, etcétera. Escobajo, escoyo, rampojo,

raspajo: Envoltura tierna que recubre la cáscara de algunos frutos, como la almendra o la nuez,

rastrajera: Conjunto de tierras en rastrojo. Temporada en que pastan en ellas los ganados, hasta que se vuelven a labrar.

rastrujo: Partes bajas de los tallos de la mies, que quedan al ser segada ésta. Campo o tierra en que quedan, antes de ser labrado de nuevo. Restrojo, rispión, riza, pajonal, correntía,

reguerilla (reguera): Cauce pequeño por el que se lleva el agua de riego desde el canal o acequia hasta los bancales,

reguerillo (reguero): Hilo de cualquier líquido que corre sobre una superficie.

reja (del it. “reggia”, del lat. “porta regia”): Cancela, celosía,

relente (del fr. “relent”, de “rele”, del lat. “regelare”, helar): Humedad que se nota en la atmósfera al refrescarse ésta en las noches serenas. Cencío.

remanso (del lat. “remansus”, supino de “remanere”, detenerse): Lugar de una corriente donde se hace más lenta o donde el agua queda quieta o casi quieta. Lugar o situación tranquilos en un entorno que no lo es.

remusguillo (remusgo): Viento tenue, pero frío y penetrante, remo (del lat. “remus”): Brazo o pata de un animal. Ala de un ave.

resabio (del sup. lat. “resapidus”, de “resapere”, tener sabor a): Vicio o mala costumbre que alguien tiene o que le queda; se emplea frecuentemente con referencia a los caballos,

rescoldo: Fuego de brasa que se conserva bajo la ceniza. Borrajo, calibo, escoldo, rescaldo.

retama (del ár. and. “ratáma”): Arbusto leguminoso de hasta 2 m de altura, muy ramificado, con ramas delgadas y flexibles, hojas simples y pequeñas, flores amarillas y fruto ovoide; es propia de los matorrales que crecen en las zonas de tala o pérdida de encinares. Escobera, ginesta, genesta, genista, hiniesta, iniesta, retamo,

revuelo: Segundo vuelo que da un ave. Vuelo hecho dando vueltas,

ribera (del sup. lat. “riparia”, de “ripa”): Faja de tierra que está al lado de un río o del mar. Borde, margen, orilla. El terreno que se riega con el agua de un río. Huerta, vega,

saeta (del lat. “sagitta”): Resto del sarmiento que queda en la cepa cuando se poda.

sementera: Siembra para la cosecha. Temporada en que se hace. Tierra sembrada.

serón: Especie de sera alargada que se coloca sobre las caballerías para llevar carga.

siempre viva: Perpetua amarilla, planta compuesta,

silla: Aparejo para montar a caballo donde se sienta el jinete,

sisón: Ave gruiforme común en España, de color leonado con listas negras en la espalda y en la cabeza, y blanco por el vientre y en el borde de las alas; las patas son amarillas y el pico gris con la punta negra. Es de vuelo tardo, pero, en cambio, corre mucho. Avutarda menor, gallarón, sisa, sisonte, sinsón.

solano (del lat. “solanus”): Viento del Este. Viento cálido, cualquiera que sea su procedencia. Rabiazorras,

solaz (del occit. “solatz”): Descanso o recreo del cuerpo o espíritu. Solacio.

tajón: Vena de piedra caliza que se hace cal.

tenería (del fr. “tannerie”): Taller donde se curten las pieles. Curtiduría.

tordo (del lat. “turdus”): Pájaro, muy común en España, de cuerpo grueso, pico negro delgado y plumaje de distintos colores, pero siempre moteado. Chirlomirlo, furaré, torda,

toronjo: Pomelo (árbol rutáceo).

trama (del lat. “trama”): Floración del olivo.

trashumancia (de “tras” y el lat. “humus”, tierra): Acción de pasar el ganado y los pastores de las dehesas de verano a las de invierno, y viceversa.

trilla (del lat. “tribulare”): Operación de triturar la mies y hacer que el grano se suelte de las espigas, con el trillo o con una máquina trilladora.

troje (troj) (¿del sup. gót. “thraúsh”, arca?): Lugar rodeado de paredes, donde se almacenan frutos, especialmente cereales. Granero. Algorín de los molinos de aceite. Alhorín, troja, trox,

trompetas (de amor): Girasol (planta compuesta). También se aplica a las flores cuyos pétalos hacen forma de trompeta,

turbión: Aguacero violento y con viento,

ubio: Yugo de uncir las muías o bueyes.

umbría: Lugar, por ejemplo en un valle, que, por su orientación, está siempre en sombra,

vado (del lat. “vadus”): Lugar de un río o curso de agua por donde se puede atravesar sin barco o puente. Esguazo, pasil, vadera,

velloritas (¿del lat. “bellis”?): Primavera (planta primulácea).

vena (del lat. “vena”): Conducto subterráneo natural por donde corre agua.

vencejo (de “oncejo”): Pájaro apodiforme insectívoro, semejante a la golondrina, con la cola partida. Arrejaco, arrejaque, oncejo,

venero: Manantial de agua.

vera (del celtolat. “viria” anillo, círculo): Borde u orilla de un río.

vilano (de “milano”). Milano (ave rapaz): Corona de filamentos largos y finos que rodea las semillas de muchas plantas compuestas y les sirve para ser transportadas por el viento,

viso (del lat. “visus”): Sitio alto desde donde se ve un panorama extenso o hermoso. Mirador, vistillas, vuelo: Arbolado de un monte.

zapaticos del Niño Dios: Flor cuyo significado no hemos hallado en ningún diccionario, cuyo nombre es utilizado popularmente en Andalucía para designar flores menudas, generalmente de color blanco. En “Las yerbas ignoradas”, de *Las cosas del campo*, el autor escribe: “Los que llaman nazarenos, la que dicen lechitrezna, los zapaticos del Niño Dios (que son el prodigio de finura con que Dios pisa la tierra), los jaramagos...”

zorzal (del ár. and. “zurzál”): Nombre común de diversas aves passeriformes del género *turdus*, de color grisáceo o marrón, que habitan en la Península Ibérica durante el invierno,

zumaya: Aldorta (ave ciconiforme). Chotacabras,

zurrador: El que tiene por oficio zurrar, golpear las pieles.

Claves polisémicas

Dentro de este amplísimo campo semántico, existen voces polisémicas, que bien pueden significar algo fuera de este área, o bien dentro de ella. Al tener dos o más significados, y siempre dentro de contexto, la lectura en ocasiones suscita una preciosa ambigüedad, y si estamos en un poema cuyo contexto es el campo y a la vez el amor, Dios o la belleza, se une el significado de lo que sería el sustantivo concreto con el del abstracto, y es doblemente enriquecedor. O hallamos dos acepciones de sustantivos concretos. Ejemplo: “aspereza” (vid. infra), “derroteros”, etcétera. Y el siempre juego verbal del autor con aquellos sustantivos que en el campo son una cosa y, fuera de él, otra, como los casos de “siempreviva” (la amada y la flor), “trompetas” (las flores —o forma de algunas flores— y la música), “seno”, “entraña”, etcétera.

Muchas de las dobles acepciones provienen, por supuesto, de fenómenos metonímicos, pero lo que importa aquí es la aportación semántica en un contexto concreto de seres, objetos y abstracciones a que nos lleva la palabra poética. Enumeramos algunos de estos ejemplos, ofreciendo sus posibles significados, a sabiendas de que José Antonio Muñoz Rojas los conoce todos. Las definiciones están tomadas de Julio Casares (1994) y de María Moliner (1994):

aspereza: Calidad de áspero; desigualdad del terreno, escabrosidad,

brizna: Filamento o partícula larga y delgada de una cosa; Hebra que tiene en la sutura la vaina de la judía y de otras legumbres,

candela: Vela para el alumbrado; Flor del castaño;

candelera; unidad de medida para la luz; lumbre; claro que deja el fiel de la balanza cuando se inclina a la cosa que se pesa,

celo: Cuidado y diligencia con que se procura el cumplimiento de los deberes; Amor a la gloria de Dios y al bien de las almas; Recelo o envidia; pl., Sospecha de que la persona amada ponga su cariño en otra; Apetito venéreo en los irracionales.

clavo: Barrita de hierro con cabeza y punta, que sirve para fijarla en alguna parte, o para asegurar una cosa a otra; Capullo seco de la flor del clavero; Daño que uno recibe; Dolor agudo, o grave aflicción; Tumor que sale a las caballerías en la cuartilla,

copa: Vaso con pie para beber; Todo el líquido que cabe en una copa; Conjunto de ramas que forman la parte superior de un árbol; Parte hueca y superior del sombrero; pl., Cabezas del bocado del freno.

entraña: Cada uno de los órganos importantes conocidos en las principales cavidades del cuerpo; Lo más íntimo o importante de una cosa; Lo más oculto o escondido; El centro, lo que está en medio; índole o carácter de una persona; etcétera,

hierro: Se trata de un uso metonímico que no siempre se refiere al mundo de la agricultura, aunque en algunos casos el poeta emplea este sustantivo para referirse al arado (aquí el fenómeno metonímico), como ocurre en el soneto II de *Abril del alma* (en *Rayo sin llama* se refiere, sin embargo, a la herradura del caballo: «¡Corazón prisionero y emigrado, que con cada latido el hierro labra, y que convierte en sueño cuanto toca!»).

hocino: Instrumento cortante, compuesto de un hierro corvo con mango, que se usa para podar y cortar leña; El que usan los hortelanos para trasplantar; Terreno que dejan las angosturas de las faldas de las montañas

o los valles estrechos, cerca de los ríos o arroyos; pl., Huertecillos que se forman en dichos parajes; Angostura de los ríos entre dos montañas,

lecho: Cama para descansar y dormir; Cama para el ganado; Cama de los carros; Madre de río, cauce,

lozanía: Fuerza, verdor y frondosidad en las plantas; En los hombres y animales, viveza y gallardía; Orgullo, altivez,

mayo: Quinto mes del año; Árbol o palo alto, convenientemente adornado que se pone en un lugar público en que han de celebrarse fiestas, danzas, etcétera; Ramos que ponen los novios a las puertas de sus novias; pl., Músicas y cantos con que obsequian los mozos a las solteras.

misión: Poder que se da a una persona para desempeñar algún cometido; Porción de víveres que se da a los segadores como remuneración.

orilla: Ribera, límite de la tierra, que la separa del mar, lago, río, etcétera; Vientecillo fresco,

palma: Palmera; Cualquiera de las plantas monocotiledóneas, siempre verdes, de tallo leñoso, sin ramas, coronado de grandes hojas que se parten en lacinias; Parte interior y algo cóncava de la mano, desde la muñeca hasta los dedos; Gloria, fama, triunfo,

remanso: Detención o suspensión de la corriente del agua u otro líquido; Pachorra, lentitud,

remo: Instrumento de madera, en forma de pala larga y estrecha, que sirve para mover las embarcaciones haciendo fuerza en el agua; Brazo o pierna, en el hombre y en los cuadrúpedos; pl., En las aves, cada una de las alas,

renuevo: Renovación; Vástago que echa el árbol después de podado o cortado.

saeta: Asta delgada y ligera, con punta de hierro que, disparada con el arco, sirve de arma arrojada; Punta del sarmiento que queda en la cepa cuando se poda; Copla breve y fervorosa que se canta al paso de las imágenes en algunas procesiones religiosas,

seno: Concavidad o hueco; Pecho (cuerpo humano); Cualquiera de las concavidades interiores del cuerpo del animal; Regazo,

trasplantar: Mudar un vegetal del sitio donde está plantado a otro,

trompeta: Instrumento músico de viento; (trompeta) de amor: Girasol.

vado: Paraje de un río con fondo firme y poco profundo, por donde se puede pasar andando, cabalgando o en carruaje; Solución, curso, remedio o alivio de algún mal o dificultad; Tregua, interrupción,

vena: También este sustantivo plantea una doble lectura en el caso de Muñoz Rojas: en el soneto I de Abril del alma leemos: "...y la gloria / del viento en los cabellos, y en la vena / este rumor de sangre y de colmena...". Esa vena que el poeta escoge para este verso, acoge dos significados que se funden y complementan: por una parte, el significado del campo semántico de la agricultura, que según María Moliner sería doble ("Filamento de tejido conjuntivo de los que surcan las hojas vegetales formando un reticulado" y "Conducto subterráneo natural por donde corre agua"; de este último tenemos un derivado precioso, "venero"); por otra, el significado del campo semántico del cuerpo humano (en María Moliner, "Cada uno de los vasos por donde vuelve la sangre al corazón después de haber bañado los tejidos").

Notas al prólogo

[1] Incluye Cuevas los libros casi completos (o a veces selecciones de poemas por periodos cronológicos o temáticos) *Poemas de juventud*, *Ardiente jinete*, *Canciones*, *Al dulce son de Dios*, *Sonetos de amor por un autor indiferente*, *Abril del alma*, *Dedicatorias y divertimientos*, *Cancionero de la Casería*, *Cantos a Rosa*, *Consolaciones y Lugares del corazón* y *Oscuridad adentro*. Muchos de estos títulos han sido modificados en cuanto al número de textos, el orden o su contenido en nuestra edición. <<

[2] Del discurso pronunciado en el Colegio de Abogados de Málaga (febrero de 2003). <<

[3] “La alacena olvidada: Estudio y edición de la Obra Completa en verso de José Antonio Muñoz Rojas. Universidad de Granada. Departamento de Teoría de la Literatura, 2008. Dirigida por Antonio Chicharro Chamorro, el tribunal estuvo constituido por Antonio Carvajal, Antonio Sánchez Trigueros, Enrique Baena Peña, José C. Paulino Ayuso y Álvaro García, quienes revisaron el texto íntegro de la poesía completa del autor que aquí ofrecemos.” <<



JOSÉ ANTONIO MUÑOZ ROJAS (Antequera, 9 de octubre de 1909-Mollina, 29 de septiembre de 2009). Su vida literaria ocupa holgadamente tres cuartos de siglo, desde el momento de conformación de las estéticas del 27 hasta bien entrado el siglo XXI. A lo largo de todos esos años, ha visto pasar a su lado la fiebre vanguardista de los veinte, la poesía «entre pureza y revolución» de los treinta, la oposición entre el garcilasismo y el expresionismo tremendista de los cuarenta, el socialrealismo y las estéticas que se abren hacia el medio siglo, los culturalismos y esteticismos marginales, las poéticas del 68, la poesía figurativa y la poesía minimalista a partir de los ochenta..., y así hasta el cansancio. Ya en los años de su fecunda vejez, su obra (rescatada y dada a la luz por la editorial Pre-Textos) se ha levantado del duradero y parecía que cómodo silencio en que se encontraba, para convertirse en una presencia viva, a la que muchos poetas jóvenes acuden para familiarizarse con algunos rasgos esenciales de la poesía de un siglo.

Muñoz Rojas estudió con los jesuitas de Málaga y Madrid, y cursó Derecho en la Universidad Central. Por entonces fundó —con José Antonio Maravall, Leopoldo Panero y José R. Santeiro— *Nueva Revista* (1929-1931). Con la publicación de su primer libro, *Versos de retorno* (1929), tomó contacto con los directores de *Litoral* (Prados y Altolaguirre) y José Luis Cano, además de granjearse la amistad de muchos poetas del 27, entre ellos Vicente Aleixandre. En ese contexto, colaboró en revistas como *Mediodía*, *Isla*, *Los Cuatro Vientos*, *El Gallo Crisis*, *Caballo Verde para la Poesía*, *Cruz y Raya*...; años después lo haría también en publicaciones de posguerra como *Escorial*, *Garcilaso*, *Ínsula*, *Arbor*, *Papeles de Son Armadans*, etc.

En 1932 opositó sin éxito al cuerpo diplomático, y entró a trabajar en la Escuela Internacional fundada por José Castillejo. En septiembre de 1936, y gracias a la intervención de sus amigos de Cambridge los profesores Bullock y Parker, se incorporó a la lectoría de español de dicha Universidad, en la cual pudo iniciar una investigación sobre las relaciones de los poetas metafísicos ingleses con los autores españoles de su tiempo.

Concluida la Guerra Civil, en 1940 volvió a Málaga, donde, entre otras actividades, fundó con Alfonso Canales la colección «A quien conmigo va». Instalado en Madrid, en 1952 ingresó en el Banco Urquijo, del que fue Secretario General, y se ocupó intensamente de su Sociedad de Estudios y Publicaciones.

Versos de retorno supuso una aportación dentro de la corriente neopopular y machadiana, perceptible también en libros posteriores como *Cancionero de la Casería*, mientras que con *Ardiente jinete* desarrolla el tema amoroso con cierta experimentación vanguardista. A aquel libro le siguieron títulos como *Canciones*, *Sonetos de amor por un autor indiferente*, *Abril del alma* y, sobre todo, *Cantos a Rosa*, símbolo de la belleza y la fugacidad del tiempo, todos ellos poemarios en torno al amor, la melancolía serena y la armonía del alma con la naturaleza, de la mano de un estilo directo y coloquial que busca el acercamiento entrañable al ser. Con *Las cosas del campo* aborda la prosa poética marcada por cierto estilo horaciano, presente también en su obra memorialística: *Historias de familia*, *Las musarañas*, *Amigos y maestros*, *La gran musaraña o Dejado ir (estancias y viajes)*. Una vertiente más reflexiva da curso a las preocupaciones en torno al recuerdo, la soledad y el tiempo, bajo un estilismo de ruptura y repeticiones que se puede rastrear en sus libros de diversas épocas —en muchos de los cuales el tiempo de la escritura no concuerda con el de la publicación—: *Al dulce son de Dios*, *Consolaciones*, *Lugares del corazón en nueve sonetos que lo celebran*, *Salmo*, *Oscuridad adentro*, *Objetos perdidos*, *Entre otros olvidos*, *Rescoldos* o *La voz que me llama*.

Es autor también de *Ensayos anglo-andaluces* y de diversas obras dramáticas (*Hay que lamentar una víctima* y *Cuando llegue el otoño*), y ha traducido a poetas ingleses como Wordsworth, John Donne, Crashaw, Hopkins o Eliot. Fue Premio Nacional de Poesía en 1998 por *Objetos perdidos*, y en 2002 se le concedió el Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana por el conjunto de su obra.

Notas

[1] Los poemas I, II, III, V, VI, VII, VIII y IX han sido rescatados de su sola publicación en la revista *Verbum* [*Versos de retorno y otros versos*, Buenos Aires, *Verbum (Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras)*, 75, 1930, pp. 449-459]; aquí se incluían trece poemas de *Versos de retorno* (“próximo a aparecer”), con nota de Ángel J. Battistessa. El poema “Muriendo ya, clavel...”, sólo lo hemos localizado en la revista *Síntesis* [*Versos*, Buenos Aires, *Síntesis (Artes, Ciencias y Letras)*, 38, julio de 1930, pp. 105-107]: aparecen los poemas de *Versos de retorno* “Muriendo ya, clavel...”, “Mirador, 3: Margarita en la Gran Vía / Aire”. El último poema (“Amor de todas las cosas”) estuvo inédito hasta que Rafael Inglada hizo su edición [*La rebusca*, Martita Wiessing (il.), Málaga, “Poesía Circulante”, 14, Imprenta Sur, Unicaja, 1998].

El resto de poemas —IV, X, XI, XII y el V (en *Verbum* también)— más los dos primeros de “Poemas tempranos”, fueron los seleccionados por Cristóbal Cuevas en *José Antonio Muñoz Rojas: Poesía (1929-1980)*, Cristóbal Cuevas (ed., sel. y pr.), Excelentísimo Ayuntamiento de Málaga (“Ciudad del Paraíso”, I), 1989. No hemos publicado aquí más que la selección definitiva del autor de los poemas pertenecientes a esta época.

El autor ha desechado los siguientes poemas: “Desolado” y “Miedos”, en Sevilla, *Revista de Filosofía y Letras*, 1, diciembre de 1928, p. 10, y “Adrina”, en Manuel Altolaguirre y Concha Méndez (imp.), Madrid, 1932. En cuanto al libro *Versos de retorno*, éste era más extenso, pero el autor se niega a publicarlo íntegramente. Realmente no tienen el resto de poemas más que un valor testimonial. <<

[2] Málaga, Imprenta Sur, 1929. La redacción de este libro pertenece a los veranos de 1928 y 1929, cuando el autor pasa sus vacaciones en Antequera leyendo a Machado y a Juan Ramón (“¡Oh esos libros, guías de la primera juventud, en la que somos como la tierra dispuesta a la semilla (...) y en cuyo verso amigo hallará su aire propio la ensoñación salvadora, la musaraña eterna!”). *Versos de retorno* es el resultado del descubrimiento de la poesía de manos de Machado, el vuelco de sus primeras y propias ensoñaciones poéticas. El manuscrito lo recibiría Jorge Guillén, quien dijo en carta al poeta: “Usted va, usted sale: ¿por qué, y de qué, *retorno!*”. Ernesto Giménez Caballero dice en la *Gaceta Literaria* que más que de *retorno*, son del *entorno* literario, aludiendo a sus claros ecos de Machado, Juan Ramón y los poetas románticos de sus lecturas infantiles. Pero la publicación del librito en la Imprenta Sur de Málaga le trae el trato con Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, José M^a Hinojosa y José Luis Cano. La influencia de la lectura de los poetas románticos se palpa en estos versos, ya que su primer contacto infantil con la literatura le vino de su abuela (cfr. 48): “Mi abuela sabía muchos versos de Espronceda, de Zorrilla, de Bécquer. Gustaba recitarlos las noches de luna...” {*La gran musaraña*}. <<

[3] Una de sus primeras lecturas poéticas fue la *Segunda Antología Poética* de Juan Ramón. <<

[4] Sustituimos “caminitos” por “caminos” a *CC* para mantener el octosílabo. <<

[5] Reminiscencias clarísimas de su maestro Antonio Machado, cuya lectura por aquellos veranos fue una revelación para el poeta. <<

[6] Madrid, *Nueva Revista*, 6, 14 de marzo de 1930, p. 3. <<

[7] Madrid, *Nueva Revista*, 4, 31 de enero de 1930, p. 1. <<

[8] [Revista] *Poesía*, coordinada por Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, París, [ca. 1931]. Según el testimonio de Muñoz Rojas, en el nº 4, en edición de lujo, se publica un poema del autor junto con los de otros poetas, entre los que estaba Gerardo Diego. <<

[9] Manuel Altolaguirre (imp.), Madrid, Ediciones Héroe, 1933. El autor sólo conserva el original mecanografiado, fechado en 1932. Los datos de la edición los tomamos de Enrique Baena Peña, “Estudio y edición crítica de las obras de José A. Muñoz Rojas”, en *Literatura española contemporánea, II*, Universidad de Málaga, 1988 [se trata del guión de un proyecto inédito]. Este original se reproduce en facsímil en *Galeote, Revista de Poesía*, 8 {*Homenaje a José Antonio Muñoz Rojas*}, Excmo. Ayuntamiento de Antequera, 1991; contiene textos dedicados a la obra y figura del autor, por un gran número de escritores, como Dámaso Alonso, Manuel Alvar, Fernando Ortiz..., y poemas escritos al autor por M^a Victoria Atencia, José Luis Cano, Carmen Conde, Elena Martín Vivaldi, Pablo G^a Baena, Vicente Núñez, etcétera. <<

[10] “Dover 30 de octubre”, Antequera, 1933. Del original sólo se conserva la portada, vista, con estos datos, y una prueba de imprenta, guardada por el autor (dedicada a Pedro Salinas). Se da noticia de esta publicación, con reproducción de la portada original, en *Galeote*, 8 (*Homenaje a José Antonio Muñoz Rojas*) —cfr. 9. <<

[11] [Palabras preliminares a] *Ardiente jinete*, Ángel Caffarena (ed.), Diputación Provincial de Málaga (“Puerta del Mar”, I), 1984. <<

[12] *Ardiente jinete*, Ángel Caffarena (ed.), Diputación Provincial de Málaga (“Puerta del Mar”, I), 1984. El subtítulo del libro es *Poemas de amor (1931-1954)*. En esta publicación se incluyen los libros *Este amor* (vid. infra), *Sonetos de amor por un autor indiferente* (cfr. 33), una selección de sonetos, titulada *Sonetos de Amor de “Abril del alma” y de “Lugares del corazón”* y, por último, *Cantos a Rosa*, con los 37 poemas de la 1.^a ed. (cfr. 72).

La composición de *Ardiente jinete* abarcó desde 1931 a 1934, año en que Muñoz Rojas lo presentó al Concurso Nacional, obteniendo un tercer premio, compartido con José M^a Morón y Alfonso Marqueríe (el primero fue para Aleixandre y el segundo, para Cernuda y Altolaguirre); gracias a ese concurso conocerá a muchos de sus amigos y maestros futuros. Sin embargo, el original ardió en los Archivos de *Cruz y Raya*, donde se estaba preparando su edición, y sólo se ha salvado una parte, el poemario *Este amor* —guardado por Amalio Gimeno—, que es el publicado con el título del libro original, cincuenta años después, en la edición de Ángel Caffarena. Para más detalles, recomendamos consultar el *Ensayo introductorio* de Cristóbal Cuevas y las Palabras preliminares de Muñoz Rojas al libro, que se incluyen en ambas ediciones (Caffarena y CC). Omitimos el subtítulo de *Este amor*, que era “Amor corriente” y encabezaba los poemas. <<

[13] El autor siempre se ha referido a sus sonetos con este término, por no haberse considerado a sí mismo nunca versado en dicho arte. <<

[14] El *tú* o receptor lírico de algunos poemas del autor, como los de *Este amor*, el “Salmo” de *Oscuridad adentro* o *Entre otros olvidos*, suscita ambigüedad. En este poemario es predominantemente el Amor (“Como eres más alto que yo”, “Amor, te tengo abandonado y no lo mereces”), aunque otras veces es la amada (“e irnos allí, amiga”, “De todas las que están ausentes / tú eres la que no te alejas.”); incluso se refiere al amor en tercera persona (“El amor es una incógnita”) y hallamos combinaciones de este tipo que sugieren a la vez extrañeza y complicidad, posiblemente heredadas de la poesía amorosa de John Donne. <<

[15] Frases interrogativas sorprendentemente extensas para el verso contemporáneo (El “Salmo” de *Oscuridad adentro* o los alejandrinos de *Abril del alma* ofrecen bastantes ejemplos), posible influencia de la apasionada lectura en su juventud de los místicos españoles e ingleses y, sobre todo, de las largas frases en la poesía de T. S. Eliot. El encabalgamiento en sus versos sirve de hilo conductor de una poesía estilísticamente cercana en ocasiones al enunciado de los filósofos clásicos latinos y del humanismo renacentista. <<

[16] Omitimos el último poema que aparecía en CC [XVI, “Final de amor: (Coda de los años sesenta)”], que comenzaba “Amor, te me vas, te me has ido...”, por voluntad del autor; no pertenecía al libro original. <<

[17] El texto original de *Canciones* es el que aparece en *CC*, el mismo texto escogido en *Canciones: (1933-1940)*, Francisco Torres (ed.), Jesús M. Labrador (il.), Benalmádena, Ediciones de aquí (“Seguro Azar. Poesía” I), 2003. Los poemas que hemos añadido al libro para terminar de completarlo se especifican en notas 22, 23, 24 y 25. La puntuación ha sido modificada en esta edición bajo el beneplácito del autor. <<

[18] La mayoría de los poemas de este libro pertenecen, según fechas de los cuadernos manuscritos originales, al invierno de 1936. <<

[19] Poema escrito en Cambridge el 24 de febrero de 1936, al contemplar a una ciclista en un parque. <<

[20] El polisíndeton, reforzado con la extensión de diferentes tiempos verbales, será marca fiel de sus últimos libros de poemas (*Novísimos a Rosa*, *Objetos perdidos*, *Entre otros olvidos* y *La voz que me llama*), que introduce series de especificaciones a una misma realidad o bien enumeraciones. Pero pocos rasgos estilísticos en la obra de Muñoz Rojas son tópicos absolutos; en este libro hallamos multitud de casos de amplio encabalgamiento. <<

[21] “Amor, oh pluma...”, Córdoba, *Zubia* [3.^a época], 14, septiembre de 1986. <<

[22] Recogido de *La rebusca*, Rafael Inglada (ed.), 1998 (cfr. 1). No perteneciente al libro original, lo incluimos aquí por su tono similar al de *Canciones* y su idéntica cronología. <<

[23] Id., 22. <<

[24] Id., 22. El poema está escrito tras contemplar el cristal roto del marco que contenía la foto de su esposa, M^a Lourdes Bayo Alessandri. <<

[25] Id., 22. <<

[26] La métrica en este libro es variadísima. Los cinco poemas iniciales en versículo, su complicada sintaxis, así como la abundancia de extensas coordinadas y subordinadas para la descripción de la naturaleza, hicieron que dudáramos sobre su inclusión en un libro aparte, bajo este título. Hasta *CC*, sólo conocemos la publicación del poema “Paso de Dios” en Córdoba, *Cántico*, 4, abril de 1948. <<

[27] Unimos dos versos que aparecían separados en *CC*. <<

[28] Hallamos en este libro claros ejemplos del hipérbaton y del largo encabalgamiento estrófico que aparecen en toda su obra (*Ardiente jinete*, primera parte en alejandrinos de *Abril del alma* u *Oscuridad adentro*). <<

[29] Error de concordancia que no puede ser corregido pues fallaría la rima (“que la azucena y la gayomba canten”). <<

[30] Cfr. 26. <<

[31] La descripción del calvario de Jesús recuerda en su tono, entre el naturalismo y la ternura, a las descripciones del Comendador Ruy Díaz de Rojas de su novela *El Comendador*, Clara Martínez Mesa (ed.), Valencia, Pre-Textos, 2006; tanto a las inspiradas en testimonios populares, como a las líricas que conforman el relato del autor, que enlaza emoción y fantasía con datos históricos. Lo mismo ocurre en este romance. Hallamos además fórmulas típicas del romance medieval, como el dativo afectivo, la anáfora, las interrogaciones retóricas o las citas interiores en estilo directo. Vid. “Romance de Don Sebastián, Rey de Bastos” en *Dedicatorias y divertimientos*. <<

[32] Aparente error de concordancia (debería decir “quiénes”), trasladado sin embargo del habla popular local. <<

[33] *Sonetos de amor por un autor indiferente*, Málaga, Ediciones Meridiano, 1942; *Sonetos enamorados*, Madrid, Ediciones Escorial, 1943, pp. 411-415 (consta de 8 sonetos escogidos de *Sonetos de amor por un autor indiferente*), *Sonetos de amor por un autor indiferente*: (los publica José Antonio Muñoz Rojas), Antonio Carvajal (ed.), Universidad de Granada, Aula de Poesía del Secretariado de Extensión Cultural/Vicerrectorado de Extensión Universitaria, 1984; también en CC. <<

[34] El autor continúa la tradición literaria del manuscrito encontrado, al modo de Cervantes o Unamuno. <<

[35] Se trata de Don Trinidad de Rojas, su antepasado decimonónico. En *La gran musaraña: (memorias)*, Valencia, Pre-Textos, 1994, leemos “En la familia hubo un poeta, tío Trinidad, vaya nombre, llamarse Trinidad, hermano de mi abuelo, malísimo para los negocios, tenía una gran biblioteca, aquí vivió, ser poeta, se podía ser muchas cosas...” <<

[36] Don Juan de Rojas, hermano del anterior. <<

[37] Beatriz de Vibraye fue Condesa de Suzenet; el autor cree fidedigna la referida relación amorosa con su tío Ramiro. <<

[38] [Palabras preliminares a] *Sonetos de amor por un autor indiferente*, 1942 (cfr. 33). La cita inicial del poemario debe de pertenecer a *Eros y Psique*, de Apuleyo, aunque en las versiones consultadas aparece “ipsas aquas urere consuevit”. <<

[39] Este soneto fue el escogido por el autor para el díptico que se imprimió en recuerdo de su esposa, durante su misa funeral en noviembre de 2003. <<

[40] El poema surgió de la contemplación de una fotografía de Marilu. <<

[41] Reminiscencias de las metáforas del amor cortés de los cancioneros medievales castellanos, también asimiladas de la poesía amorosa de John Donne. <<

[42] *Abril del alma*, Madrid, *Adonais*, IV, 1943. El poema XI (“Qué vendaval de sueños te arrojan a mis playas...”) aparece en Málaga, *Litoral*, 231-232 (*La poesía del mar*), 2001, p. 153. <<

[43] Sustituimos “entienden” por “extienden” a CC, y en el poema X, “sácalas” por “sécalas”. <<

[44] *Abril del alma* fue escrito en febrero de 1942; se trata de un epitalamio que contrasta con la nostalgia de la primavera durante los primeros meses invernales en la Casería del Conde, recientemente habitada (cfr. 54). <<

[45] Cfr. 15. <<

[46] Encontramos en este libro amplias similitudes retóricas con la poesía del Siglo de Oro, especialmente con Garcilaso, Aldana y Fray Luis de León, con quien el poeta se hermana desde siempre (recuérdese que su tesis inacabada trataba sobre la relación de la poesía española del Siglo de Oro con la inglesa): “Y en tanto que, preñado, se desploma / el cielo”, “Y al viento los cabellos”; véase el parecido con los comienzos de Garcilaso: “y en tanto que el cabello, que en la vena / del oro se escogió, con vuelo presto, / por el hermoso cuello blanco, enhiesto, / el viento mueve, esparce y desordena” (Soneto XXIII). También el hipérbaton y el encabalgamiento adornando flores y frutos, los epítetos bucólicos (“florido almendro”, “el agua clara”, “redonda alegría”, “primavera joven”), las metáforas comunes del *locus amoenus* (“altísima morada”, “¡Oh laderas de octubre tus dorados cabellos!”) y la fusión del alma enamorada con la naturaleza cómplice (“atando nuestra voz a la voz de las aves”, “cuando la luz sale riente a recibirnos”, / “Rocas y tempestades, suspiros y cadenas”, “¡Oh estación de mi vida y lugar de mis gozos”). <<

[47] Sustituimos “frente” (CC) por “fuente”. <<

[48] La parte inicial de este poemario había permanecido inédita, y sólo se publicó el último poema (“Sueño adentro”) en *Rescoldos*, Antonio Carvajal (pr.), Clara Martínez Mesa (ed. y not.), Sevilla, Point de Lunettes (“Cáliz verde”, 5), 2005, antología de inéditos y otros textos de difícil acceso hasta ese momento, bajo la temática común de la creación poética. El original, manuscrito y mecanografiado, apareció durante nuestro proceso de catalogación del archivo de Muñoz Rojas, guardado junto a los manuscritos de *Abril del alma*. El poemario, dedicado implícitamente a su abuela Teresa (cfr. 49), pertenece según el autor casi a la misma época de composición que aquél (finales de los cuarenta y principios de los cincuenta). Insistí en que los revisara y de ello resultó esta versión definitiva con algunos cambios sobre el original encontrado, por lo que se trata de una composición de aquella época con modificaciones de 2003. Se publicó únicamente uno de los poemas de la segunda parte (“Bajaban los almendros...”) en Málaga, *Caracola*, 2, diciembre de 1952. El título del libro sigue la corriente de las diversas *Consolaciones* de Séneca y Ovidio.

En *CC* sólo se incluyó el siguiente fragmento del primer poema, con numerosas variantes con respecto al original:

Mientras tus ojos sean árboles de mis pájaros,
mientras esa ternura que tienes, esa tierra
valiente de tu carne, donde crecen varones,
con mi verso te digo dónde tengo mi tierra.
¡Ay, estrecho entre mares, brazo de río, cañada
de hermosura, mi herriza por la tarde, tremenda
herriza entre olivares, verdor entre barbechos,
entre veranos fuente, en secanos ribera!
Mas, ¿la sombra, la muerte? ¿Acaso existe amante
sin espejo, sin noche? Por el río tan ligera,
parece que es su misma andadura, que el agua
cantando, sin sentirla, entre el correr la lleva.
Cuando acordamos, nada va quedando en nosotros
en donde no haya puesto su dulzura la tierra.

<<

[49] Las sombras simbolizan en toda su obra personas fallecidas que pertenecieron a una época feliz en su vida, o simplemente imágenes nostálgicas de la infancia. En este caso se trata de una evocación de su abuela materna, D^a Teresa Arrese Rojas, quien lo crió tras la muerte prematura de la madre del autor, D^a Carmen Rojas Arrese-Rojas, en febrero de 1911, cuando éste contaba sólo dieciséis meses. *Las sombras*, una de sus reeditadas obras en prosa poética, contiene la mayoría de estos melancólicos recuerdos, mientras que en *Las musarañas* se muestra la vertiente más dichosa de su infancia. <<

[50] Desde este poema hasta el final del libro se encuentran los poemas que aparecían en CC bajo el título conjunto *Consolaciones y Lugares del corazón*; se trata de la segunda parte hallada originalmente. Se ha omitido el último poema, “Los niños”, por considerarlo el autor poco valioso desde el punto de vista formal y por no guardar relación con el conjunto del libro. <<

[51] Se trata en este caso de la residencia veraniega de su familia, de su casa más añorada de la infancia, el cortijo La Alhajueta, hoy en ruinas, situado en la ladera de la sierra del Torcal de Antequera. Hay diversas descripciones de este lugar en *Las Musarañas* [Madrid, *Revista de Occidente*, 1957; *Cet âge lointain. Las musarañas*, François Pechère (tr.), Bruxelles, 1977; *Las musarañas*, Valencia, Pre-Textos, 2002] y en *La gran musaraña* (cfr. 35). De este último: “Lo que a nosotros nos hubiera gustado de verdad era pasarnos la vida en La Alhajueta, meter las manos en sus aguas corrientes, subir a la sierra, estar con los borreguillos o los chivos, porque éstos sí que eran lo que eran, y no los animalitos que nos pintaban en los libros”. <<

[52] Evocada frecuentemente en sus versos, se trata de la casa de su abuela Teresa (cfr. 48 y 49), ubicada frente a la natal del poeta, y donde transcurre su infancia; estaba situada en la calle Carrera de Antequera, entre dos conventos, el de las Descalzas-Carmelitas —templo de culto para la familia del autor— y el de la Victoria (franciscanas). En *Las Musarañas* (vid. supra) aparece descrita al detalle. <<

[53] Cfr. 51. <<

[54] Publicado como conjunto en *CC*, se trata de una selección de poemas escritos en verso sobre el campo y sus gentes, escritos todos ellos durante este periodo. Véanse los textos que han sido añadidos para nuestra edición, con los cuales se cierra el libro, incluidos los inéditos que habían quedado atrás —cfr. 62 y 71—, La Casería del Conde es residencia del autor con su esposa desde mediados de los años 40. Después se trasladaron a Madrid por motivos laborales: Muñoz Rojas comienza a dirigir la Sociedad de Estudios y Publicaciones del Banco Urquijo, de la mano de Juan Lladó (cfr. 110). Tras la jubilación del autor en 1983, la Casería se convierte en su residencia habitual hasta la actualidad. El cultivo de las extensas tierras de labranza anejas llevó a que Muñoz Rojas se familiarizara con los oficios del campo, e hiciera de ellos vastísimo terreno léxico para su obra entera.

Aparecieron en *Caracola*, 11, septiembre de 1953, tres poemas de la serie “Altos Mayos”, y en el n^o 18 (abril de 1954), otros tres, todos ellos con variantes iniciales.

<<

[55] Suprimimos el artículo “el” delante de “estío” a CC. <<

[56] En *Coplillas*, Málaga, *El Guadalhorce* (“Cuadernos de María José”, IX), 1966, aparecieron algunas de estas coplas. Son evidentes en ellas los ecos de Machado, que ya encontramos en sus poemas tempranos. Otras aparecieron en “Coplas”, *Homenaje a Ángel Caffarena*, Diputación Provincial de Málaga, 1986, pp. 58-59. La que comienza “Y agua cuando tengan sed...” presenta aquí una variante a CC: se sustituye “suerte” por “muerte”, que es lo correcto según el autor. <<

[57] Escritas a su hija mayor, Teresa. El autor gustaba de escribirles a sus hijos poemas a modo de romancillos, cuentos y villancicos que se han quedado en su mayoría en el ámbito familiar, por falta de intención editorial. <<

[58] Publicado en su mayor parte en *Cancionerillo de la Casería: (1940-1945)*, Ángel Caffarena (ed.), Málaga, *El Guadalhorce* (“Ángel”, 5), 1987. <<

[59] Suprimimos las mayúsculas para nombrar estas flores a *CC*. <<

[60] Suprimimos “de” a CC. <<

[61] Sustituimos “ni” por “mi” a CC. <<

[62] Rescatamos este soneto que sólo apareció en una publicación no venal de 47 ejemplares: José Antonio Muñoz Rojas, *Dos sonetos*, Ediciones Imperfectas (“Selección de poesía española”, Amina y Salvador López Becerra (imp.), Jesús Martínez Labrador (il.), 2006. <<

[63] Inspirado en un caso real: Ana Jurado Moscoso merodeaba por la Casería durante la juventud del poeta. <<

[64] Yegua muy querida por Muñoz Rojas. La adoración del autor por los caballos ha sido constante durante toda su vida —a esta afición dedica el poemario *Rayo sin llama*. <<

[65] Referencia a los vastos olivares que rodean la Casería. <<

[66] Evidente carpe diem, eco sobre todo de sus lecturas de Garcilaso y Aldana (“Coged de vuestra alegre primavera / el dulce fruto antes que el tiempo airado / cubra de nieve la hermosa cumbre”, Soneto XXIII de Garcilaso). <<

[67] Caso real que sucedió en las inmediaciones de su casa. El manuscrito de este poema, fechado en 1938, es uno de los primeros del *Cancionero*. <<

[68] Nicolás era un jornalero de la Casería que sabía y contaba la historia de los olivos como si fuera la ciencia más importante del mundo; le dedicó el capítulo “Nicolás el historiador” en *Las cosas del campo*, Madrid, *Ínsula*, XIII, 1952; Barcelona, *Destino* (“Áncora y Delfín”, 474), 1976; Barcelona, *Orbis* (“Grandes autores españoles del siglo XX”, 94), 1985; Martita Wiessing Oropesa (il.), Valencia, Pre-Textos, 1999; Manuel Borrás (sel.), Martín Chirino (il.), Fundación Caja Madrid, noviembre de 2006 [edición antológica de lujo de 91 ejemplares]. <<

[69] Madrid, *Correo Literario* (“Arte y letras hispanoamericanas”, 7), 1 de septiembre de 1950, p. 3. Incluido después en José Luis Cano, *Antología de la nueva poesía española*, Madrid, Gredos, 1978, pp. 330-338. Siempre quiso revisar este poema pero no lo hizo; lo considera inacabado. El título es homenaje a Virgilio. <<

[70] Sustituimos “tenderse” por “tenderme” a CC. <<

[71] Añadimos al *Cancionero* estas octavas, compuestas en la misma época, que quedaron inéditas. En ellas se transmite el más hondo homenaje a los trabajadores del campo a la vez que se labra la estrofa de Bocaccio, con Boscán y Góngora. <<

[72] *Cantos a Rosa*, Madrid, Rialp (“Adonais”, CXIV), 1954; en esta 1.^a edición se incluye, además de los 37 poemas de *Cantos a Rosa*, el libro inédito *Canciones* (incluido independientemente por CC), en el que aparecen poemas como “La madre” y “Epitalamio”. “Rosa” [poema II], aparece en *Breviario de Poesía malagueña contemporánea: (1881-1965)*, M^a Victoria Atencia y Juvenal Soto (ed.), Málaga, El Guadalhorce, noviembre de 1975; de esta edición acogemos las variantes al texto con respecto a CC y a Pre-Textos, 1999; sustituimos “pasar,” por “pesar” y suprimimos los signos de admiración ante “Oh Rosa, espera”. En CC no aparecen los poemarios “Póstumos a Rosa” ni “Novísimos a Rosa”, que sí se recogerán en 1999 y ahora. <<

[73] Se han eliminado las comillas para reproducir las palabras de Rosa o de José, ya que resultan innecesarias y entorpecen la lectura encadenada de los versos. <<

[74] Existe una grabación de este poema en la voz de Muñoz Rojas en www.cervantesvirtual.com. <<

[75] Sustituimos “aleve” (en *CC*) por “leve” (comprobado el original autógrafo). <<

[76] Traslación del *cogito ergosum* cartesiano a la filosofía propia del autor, que asevera y después pone en duda. <<

[77] “No morirá la Rosa marchitada.”: Véase la semejanza estructural y acentual, con el verso de Garcilaso (cfr. 66) “Marchitará la rosa el viento helado”. Volviendo al tópico del *carpe diem*, estos cantos reflejan un romanticismo que va más allá del paso del tiempo y de la fugacidad de lo material. <<

[78] Suprimimos “y” para que resulte el endecasílabo a CC. <<

[79] José Hernández es pintor y grabador, amigo del poeta; el poema se refiere a un grabado que le regaló éste recreando la Rosa de sus poemas (vid. 109). <<

[80] Sustituimos “que” por “qué” a *Cantos a Rosa*, 1999. <<

[81] Suprimimos las comillas a *Cantos a Rosa*, 1999. <<

[82] El tema de la quema de los rastrojos aparece de forma muy similar en el texto “Arden los rastrojos” de *Las cosas del campo* (cfr. 68). <<

[83] Libro inédito hasta la edición de *Cantos a Rosa*, 1999. <<

[84] Sustituimos “porqué” por “por qué” a *Cantos a Rosa* 1999. <<

[85] En esta nota intratextual el poeta descubre sus dos mayores símbolos literarios, *rosa* y *abril*, referidos a una primavera ideal del corazón, a un estado de dicha plena que la poesía intenta reflejar en su búsqueda de la belleza. <<

[86] En *Cantos a Rosa* 1999 aparece “... mas que Rosa y Abril, ¿cuándo / qué sería de Abril...”. Compensamos esta errónea puntuación. <<

[87] Cfr. 4 y 153. <<

[88] Recogido de *La rebusca*, 1998 (cfr. 1). Se publicó la primera versión en *Caracola*, 46, agosto de 1956, presentando variantes que el autor revisó y corrigió definitivamente para aquella edición. <<

[89] En *CC y Lugares del corazón, en nueve sonetos que los celebran*, Ángel Caffarena (ed.), Málaga, Dardo [Antigua Imprenta Sur] (“Cuadernos de María Cristina”), 1962. <<

[90] Cfr. 52. <<

[91] Suprimimos la mayúscula al nombre “paz” a CC. <<

[92] Sustituimos “sigue” por “siguen” a CC. <<

[93] Cfr. 51. <<

[94] El poeta y Marilu tienen siete hijos: Teresa, Rafael, Juan Lucas, Eduardo, Gracia, Pablo y Pedro. <<

[95] [Varios textos: “La ciudad”, “Plaza Mayor”, “Madrid en flor, en flor y primavera...”], *ABC*, 14 de octubre de 1971. <<

[96] Publicado en el nº 42 de la revista *Caracola* (tomo la referencia del cuaderno donde se encuentra el original manuscrito del autor). <<

[97] Soneto inédito de los años 60 que incluimos en este libro por similitudes cronológicas y temáticas, que sólo se imprimió en un pliego de felicitación familiar, la Navidad de 1987. Se trata del único poema dedicado explícitamente a su madre. <<

[98] Escrito también en los años 60, no perteneciente al poemario original y sólo publicado en *Dos sonetos inéditos*, 1999 (cfr. 62). <<

[99] Selección de poemas dedicados y otros joviales, sólo aparecidos en *CC*. <<

[100] A su gran amigo Vicente Aleixandre, dedicaría varios textos: “A cielo raso. Vicente Aleixandre: *La destrucción o el amor*”, Madrid, *Cruz y Raya*, 25, 1935, pp. 135-147; “*Sombra del Paraíso*, por Vicente Aleixandre”, Madrid, *Escorial*, 43, 1944, pp. 458-463; “Vicente Aleixandre a treinta años vista”, Madrid-Palma de Mallorca, *Papeles de Son Armadans*, 22-23, noviembre-diciembre de 1958, pp. 322-323, después incluido en *Amigos y maestros*, 1992; “Carta a Vicente Aleixandre sobre amistad y poesía”, Madrid, *Ínsula*, 374-375, enero-febrero de 1978, después incluido en *Amigos y maestros*, 1992; “Testimonio”, en *Vicente Aleixandre: Primeros poemas*, Madrid, *Revista de Occidente* [Anexo al nº 44, XII, extraordinario, edición facsímil], 1985. <<

[101] “A un poeta ausente: (Emilio Prados)”, Ángel Caffarena (ed.), Málaga, Dardo, 1964. También le dedicaría las semblanzas “Memoria de Emilio Prados”, en *Cita sin límites: Homenaje a Emilio Prados en el centenario de su nacimiento*, M^a José Jiménez Tomé (coord.), Universidad de Málaga, 2001 y “A Emilio Prados en su libertad”, Málaga, *Puertaoscura*, 6, 1988, p. 46. Ambos incluidos en *Amigos y maestros*, 1992. <<

[102] Poema dedicado a Antonio Machado. En prosa escribió la semblanza “Encuentro con Antonio Machado”, Madrid, *Ínsula*, 58, octubre de 1950, p. 8; después incluido en *Amigos y maestros*, 1992. El siguiente poema (“Verano de 1928”), lo rescatamos de su sola publicación en *Antología de la poesía malagueña contemporánea*, Ángel Caffarena (ed.), Málaga, El Guadalhorce, 1960, p. 142. <<

[103] Poema escrito inmediatamente tras la muerte de Miguel Hernández. Este poema apareció en *Homenaje a Miguel Hernández*, Barcelona, Plaza & Janés, 1975, p. 174. También, bajo el título “Encuentro con Miguel”, en Barcelona, *Pliego de Poesía* [suplem. de *El Ciervo*], 70 (“Homenaje a Miguel Hernández”), 1992. Acerca de la lucha de Muñoz Rojas, Vicente Aleixandre y otros amigos por la vida del poeta, recomendamos la lectura de *Cartas de Vicente Aleixandre a José Antonio Muñoz Rojas (1937-1984)*, Irma Emillozzi (ed.), M^a Carmen Martínez Pereira (col.), 2005.
<<

[104] El poeta realizó una ponencia en Gredos bajo la tutoría de Alfonso Querejazu, para lo cual escribió *Verso y prosa de Gredos*, Madrid, Gráficas Valera, 1963, pp. 27-44. El ensayo, titulado “Carta al Padre Alfonso Querejazu sobre la perfección cristiana”, conforma uno de sus manifiestos poéticos fundamentales. Apareció después en *Rescaldos* (cfr. 1). <<

[105] “A Dámaso Alonso en sus alturas”, en *Homenaje universitario a Dámaso Alonso*, Madrid, Gredos, 1970, p. 33. <<

[106] “Homenaje a Jorge Guillén”, Excmo. Ayuntamiento de Málaga, 1983. Se refiere el autor en el poema al momento en que entregó a Guillén su primer libro, *Versos de retorno*, de cuyo título se avergonzaría años después, debido a la temprana edad con que lo compuso. Jorge Guillén le escribió: “Usted va, usted sale: ¿por qué, y de qué, retorno?”. <<

[107] El escultor Jesús Martínez Labrador es autor de tres retratos escultóricos testimoniales del autor. Éste es el único poema que incluimos en la sección “Dedicatorias” que no aparecía en *CC*. <<

[108] Aparece otro poema (“Como no había labios que acudieran a las aguas...”), también dedicado a su hermano Rafael, en Madrid, *La tentativa poética*, 1935. No está incluido en nuestra edición por considerarlo el autor mediocre en su forma. <<

[109] “Las rosas como son” es el lema del ex-libris del autor, realizado por su amigo José Hernández (cfr. 79). <<

[110] Juan Lladó fue su amigo primordial, presidente del Banco Urquijo, quien le puso al frente de la Sociedad de Estudios y Publicaciones del banco, desde donde Muñoz Rojas realizó una admirable labor de mecenazgo cultural durante la posguerra y hasta 1983. <<

[111] Poema dedicado a Juan Lladó (vid. supra), recogido de *La rebusca* (cfr. 1). <<

[112] Sustituimos el latinismo “stephanotis” por “estefanotes”, nombre popular malagueño para esta planta, a CC. <<

[113] Id., 22. <<

[114] Id., 22. <<

[115] Id., 22. <<

[116] Id., 22. Marilu nació el 8 de Abril de 1919; con la expresión “cuarenta de abril” celebra su cuadragésimo cumpleaños. <<

[117] “Romance de don Sebastián, rey de bastos”, Ángel Caffarena (ed.), Málaga, El Guadalhorce (“Cuadernos de María José”, LXVIII), 1984. <<

[118] Debido a que no publicó el autor libro alguno de poesía durante estos años y, sin embargo, sí escribió con fecundidad, bajo este título se recoge su producción poética completa de este periodo. El título pertenece al de los tres poemas dedicados a J. L. Aranguren. <<

[119] Sustituimos “mil” por “mis” a CC. <<

[120] Cfr. 47. <<

[121] Sustituimos “posa” por “pasa” a CC. <<

[122] Los cinco poemas, que permanecían inéditos, pertenecen a mayo de 1970 y los rescatamos en *Rescoldos* (cfr. 1). Los incluimos como la parte novena de esta serie de *Oscuridad adentro*, por coincidencias cronológicas, temáticas y formales; los autógrafos originales aparecieron junto a los de los poemas que en el libro aparece justamente antes. <<

[123] No incluido en *CC*, sólo aparece, como texto inédito, en *Textos poéticos (1929-2005)*, Rafael Ballesteros, Julio Neira y Francisco Ruiz Noguera (ed.), Madrid, Cátedra (“Letras Hispánicas”, 583), 2006 (antología de textos poéticos en verso y prosa). <<

[124] “El brezo y las sombras”, Antequera, *Galeote*, [“A Pablo García Baena”, edición especial de los nn.] 5-6, enero de 1990. <<

[125] Sustituimos “la” por “las” a CC (cfr. 1). <<

[126] “Oscuridad adentro (a José L. López Aranguren)”, Madrid-Palma de Mallorca, *Papeles de Son Armadans*, XVI, julio de 1957, pp. 71-75. <<

[127] En *CC*: “y las pompas las pincha...” (añadimos “que”). <<

[128] En cuaderno manuscrito del autor, fechado en 28 de febrero de 1968; reescrito tres veces, se trata de uno de los poemas más extensos de su producción, de temática profundamente metafísica. Se publicó en Ángel Caffarena (ed.), Málaga, El Guadalhorce (“Cuadernos de María Isabel”, X), 1970, y su versión definitiva, con nuestra corrección, en *Rescoldos* (cit. 1). <<

[129] Sustituimos “oirte” por “óirte” a CC. <<

[130] Vocablo que al autor le resulta familiar debido a su oficio bancario. <<

[131] Reminiscencias de Antonio Machado, cfr. 4 y 153. <<

[132] Sustituimos “oir” por “oír” a CC. <<

[133] José Hernández (grab.), Real Maestranza de Caballería de Ronda, Julio Soto (imp.), Ana Jessen (ene.), marzo de 1993; se trata de una edición de lujo de 95 ejemplares, con grabados de José Hernández y poemas de Muñoz Rojas sobre la temática ecuestre. <<

[134] Valencia, Pre-Textos, 1997; íd., 1998 (2.^a edición, corregida y aumentada); después se han realizado dos reimpresiones: en septiembre de 2000 y en julio de 2002. <<

[135] El modo gráfico para los signos de interrogación del autor es, en muchas ocasiones, el inglés, sólo al final del enunciado; en los libros *Objetos perdidos*, *Entre otros olvidos* y *La voz que me llama* hemos respetado esta peculiaridad, por haberse hecho así en las ediciones de Pre-Textos. <<

[136] Sustituimos “pierdes” por “pierde” a *Objetos perdidos*, 1997 (cfr. 134), por tratarse de un error de concordancia. <<

[137] Sustituimos “por qué” por “porque” a *Objetos perdidos*, 1997 (id.), por tratarse de una ultracorrección. <<

[138] Referencia al poema de William Yeats “The lover tells of the rose in his heart”, cuyo primer cuarteto dice:

All things uncomely and broken, all things worn out and old,/The cry of a child by the roadway, the creak of a lumbering cart, /The heavy steps of the ploughman, splashing the wintry mould,/Are wronging your image that blossoms a rose in the deeps of my heart.

<<

[139] Mujeres que se encargan de cuidar la Casería y de atender al autor y a su familia.
<<

[140] Cita del poema “To his Coy Mistress”, de Andrew Marvell. <<

[141] Sustituimos “saber” por “saben” a *Objetos perdidos*, 1997 y 1998 (cfr. 134). <<

[142] Referencia intratextual al primer verso de su poema “La ciclista”, de *Canciones*.

<<

[143] Sustituimos “di” por “di” a *Objetos perdidos*, 1998 (cfr. 134). <<

[144] Dante, *Divina Comedia*: “En la sua volontate é nostra pace”. <<

[145] En la 1.^a edición se titulaba “La ocasión perdida”. <<

[146]

Cuántas veces ahora
se viene a la memoria
el instante perdido para siempre,
nunca recuperado.
Fue súplica en el quicio
tu palabra? Qué sordera o ceguera
la dejó en el aire morir,
caer como una rama seca,
eso sí, para siempre,
el instante perdido.

Ésta era la versión que existía inicialmente en *La voz que me llama*, pero finalmente se añade aquella versión en la ed. ampliada de *Objetos Perdidos* (cfr. 134). Aparece en la antología *Yo sólo sé nombrarte* como texto inédito por entonces. <<

[147] Sustituimos el signo de exclamación por el de interrogación a *Objetos perdidos* 1997 y 1998 (cfr. 134). <<

[148] Texto añadido en la edición aumentada (cfr. 134). <<

[149] Valencia, Pre-Textos (“La Cruz del Sur”, 542), 2001. <<

[150] Éste iba a ser el título del libro, pero finalmente, por consejo editorial, se optó por *Entre otros olvidos*. <<

[151] Cfr. 150. <<

[152] Sustituimos “en” por “de” a *Entre otros olvidos*, 2001 (cfr. 149). <<

[153] La pasión por caminar es compartida con sus dos maestros primordiales, Machado y Fray Luis (vid. 4 y 102). <<

[154] Suprimimos el signo de admiración a *Entre otros olvidos*, 2001 (cfr. 149). <<

[155] “Alguien me ha hablado ...” Estepa, *Los papeles mojados de Río Seco*, 4 (*No cabe soledad donde la aurora: Homenaje a Antonio Carvajal*), primavera-verano de 2001, p. 25. El autor recitó este poema en homenaje al poeta granadino, en el acto de presentación de dicho homenaje. <<

[156] Cfr. 85 y 86. <<

[157] Suprimimos el signo de exclamación a *Entre otros olvidos*, 2001 (cfr. 149). <<

[158] Cfr. 85 y 86. <<

[159] Cfr. 85 y 86. En este libro, ambos símbolos se juntan e intercalan en un guiño intratextual al final de su producción poética. <<

[160] Sustituimos “el” por “al” a *Entre otros olvidos*, 2001 (cfr. 149). <<

[161] Referencia al poema “Nao sei” de Eugenio de Andrade, lectura del autor en el momento de creación de este poemario: “Nao sei porque diabo escolheste/ janeiro para morrer: a terra/ está tão fria”. <<

[162] Única variante de *Entre otros olvidos*: en la reimpresión de 2001 se sustituye “mayor” por “menor”. <<

[163] Valencia, Pre-Textos (“La Cruz del Sur”, 722), 2005. El título original del poemario era *Versos*, palabra sola con que el autor pretendía cerrar el ciclo de su producción poética, iniciada con *Versos de retorno* en 1929. <<

[164] “Compasión”, en *Madrid, Once de Marzo: (Poemas para el recuerdo)*, Eduardo Jordá y José Mateos (ed.), Valencia, Pre-Textos/Librería Rafael Alberti (“Poesía”, 698), 2004, p. 122. Pertenecía al borrador de *La voz que me llama* pero no se incluyó en su edición (cfr. 163) por tratarse de un poema escrito después de la entrega de originales. <<

[165] Referencia a la casa de su infancia (cfr. 52). <<

[166] Añadimos el pronombre original (“lo”); fue ultracorrección en *La voz que me llama*, 2004 (cfr. 163). <<

[167] “Dos poemas inéditos [“Eternidad” y “Elegía de la Alhajuela”], El País (“*Babelia*”), 2 de febrero de 2002, p. 3 [en el monográfico sobre el autor “José Antonio Muñoz Rojas: La memoria y el olvido”]. <<

[168] Id. 167. <<